

cim

Centro de Investigaciones
en Mediatizaciones
Facultad de Ciencia Política y RRH - UNR

CONVERSACIONES EN PANMEDIA

Comp. Sandra Valdettaro

13/5

15 hs. (Arg)

geografías,
espacios e interfaces
en tiempos
de panmedia

Scolari, Fernández, Tobi
Coord: Valdettaro

20/5

15 hs. (Arg)

la vida en redes
y plataformas
durante la panmedia

Rodríguez Amat,
Fernández, Fausto Neto
Coord: Biselli

27/5

16.30 hs. (Arg)

narrativas
y metáforas
en panmedia

Cingolani, Francescutti,
Raimondo Anselmino
Coord: Gindin

3/6

15 hs. (Arg)

violencias
y segregación
en panmedia

Schaufier, Camusso, Diviani
Coord: Maestri



/mediatizaciones



@CIM_UNR



UNR

EDITORA

UNR

Universidad
Nacional
de Rosario

CONVERSACIONES EN PANMEDIA

Sandra Valdettaro (Compiladora)

Carlos Scolari

Ximena Tobi

Mariano Fernández

José Luis Fernández

Joan Ramón Rodríguez-Amat

Antonio Fausto Neto

Gastón Cingolani

Pablo Francescutti

Natalia Raimondo Anselmino

María Laura Schaufler

Ricardo Diviani

Mariángeles Camusso



Conversaciones en PanMedia / Carlos Scolari ... [et al.] ; compilado por Sandra Valdetaro.- 1a ed.- Rosario : UNR Editora. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-702-395-4

1. Comunicación. 2. Redes Sociales. I. Scolari, Carlos. II. Valdetaro, Sandra, comp. CDD 302.231

Diseño de tapa: Mariángeles Camusso

Diseño editorial: Milena Moyano

© 2020 · UNR Editora

ISBN 978-987-702-395-4

ÍNDICE

Presentación 6

SECCIÓN 1

GEOGRAFÍAS, ESPACIOS E INTERFACES EN TIEMPOS DE *PANMEDIA*

Capítulo 1

Carlos A. Scolari: Las interfaces de nuestra sociedad están en crisis y llegó la hora de rediseñarlas 10

Capítulo 2

Ximena Tobi: Del espacio público al espacio mediatizado 18

Capítulo 3

Mariano Fernández: Un orden dislocado. Mediatización de las interacciones sociales en tiempos de confinamiento 27

Chat correspondiente a la Sección 1

Scolari, Tobi, Fernández, M. 34

SECCIÓN 2

LA VIDA EN REDES Y PLATAFORMAS DURANTE LA *PANMEDIA*

Capítulo 4

José Luis Fernández: Complejidad e incertidumbre en *Panmedia*/Pandemia 38

Capítulo 5

Joan Ramón Rodríguez-Amat: Monstruos y plataformas del Dataceno 45

Capítulo 6

Antônio Fausto Neto: Trajetórias discursivas do Coronavírus55

Chat correspondiente a la Sección 2

Fernández J.L., Rodríguez-Amat, Fausto Neto64

SECCIÓN 3

NARRATIVAS Y METÁFORAS EN *PANMEDIA*

Capítulo 7

Gastón Cingolani: El fracaso de las metáforas. Una narrativa metonímica de la pandemia.....67

Capítulo 8

Pablo Francescutti: Conspiraciones sanitarias: narrativas de la sospecha en la pandemia.....74

Capítulo 9

Natalia Raimondo Anselmino: Inquietudes sobre la circulación de información a través de WhatsApp en tiempos de pandemia82

Chat correspondiente a la Sección 3

Cingolani, Francescutti, Raimondo Anselmino91

SECCIÓN 4

VIOLENCIAS Y SEGREGACIÓN EN *PANMEDIA*

Capítulo 10

María Laura Schaufler: La retícula de la discriminación.....94



Capítulo 11

Ricardo Diviani: Violencias y malestares en la cultura mediatizada en el marco del Covid 19: Velocidad, circulación, tecnologías y pos-pandemia.....103

Capítulo 12

Mariángeles Camusso: Violencias - #PanMedia110

Chat correspondiente a la Sección 4

Schaufler, Diviani, Camusso.....118

Cierre

Sandra Valdetaro: La pandemia en clave *panmedia*: una lista de propuestas e inquietudes.....121

PRESENTACIÓN

En este libro presentamos las transcripciones de las intervenciones realizadas en el ciclo de encuentros del CIM (Centro de Investigaciones en Mediatizaciones de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina), realizado mediante la plataforma meet, y que denomináramos *Conversaciones en PanMedia*.

Ante todo, nuestro agradecimiento a Mariana Ferrarelli, de cuyos trabajos académicos tomamos, en complicidad, la noción de “*panmedia*” aludiendo a esa mixtura y superposición de discursos, canales, actores, etc., que tan bien reseña Mariana en sus investigaciones.

PanMedia nos permitía, así, un juego de desvíos de lo trágico a lo crítico-irónico -en sus múltiples formas-, de la aprehensión de y la aprensión a la *PanDemia*.

Bajo esta simple demanda de entrar en conversación en épocas de aislamiento convocamos, entonces, a nuestros colegas del CIM e iniciamos, de tal modo, el diseño de una agenda de preocupaciones en común que va señalizando nuestra creciente inquietud.

Los debates se desarrollaron mediante exposiciones de diez minutos por orador/a, con una segunda vuelta de otros diez minutos por cada uno/a, debate con el público presente, y preguntas o comentarios vía el chat de la plataforma meet.

Se organizaron cuatro sesiones entre el 13 de mayo y el 3 de junio de 2020, de aproximadamente dos horas y media de duración cada una.

En la sesión 1, titulada “Geografías, espacios e interfaces en tiempos de *panmedia*”, llevada a cabo el 13 de mayo de 2020 a las 15 hs. de Argentina, participaron como

expositores Carlos Scolari (Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, España), Ximena Tobi (Universidad de Buenos Aires, Argentina) y Mariano Fernández (Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de las Artes, Argentina), bajo la moderación de Sandra Valdetaro (CIM-UNR). Puede verse en <https://www.youtube.com/watch?v=3zvT4O7iAcs&feature=youtu.be>

La sesión 2, “La vida en redes y plataformas durante la *panmedia*”, realizada el 20 de mayo de 2020 a las 15 hs. de Argentina, debatieron José Luis Fernández (Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina), Joan Ramón Rodríguez-Amat (Sheffield Hallam University, Reino Unido) y Antonio Fausto Neto (Unisinos, Brasil), bajo la moderación de Rubén Biselli (CIM-UNR). Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=9n3fcLfa2lw>

El tema de la sesión 3 fue “Narrativas y metáforas en *panmedia*”, y se llevó a cabo el 27 de mayo de 2020 a las 16,30 hs. Argentina, con la participación de Gastón Cingolani (Universidad Nacional de las Artes, Argentina), Pablo Francescutti (Universidad Rey Juan Carlos y Universidad Complutense, España) y Natalia Raimondo Anselmino (CIM-CONICET, UNR), con moderación de Irene Gindin (CIM-UNR). En <https://www.youtube.com/watch?v=-HJXNDI9wAc>

La 4ta. y última sesión, realizada el 3 de junio de 2020 a las 15 hs. de Argentina, sobre “Violencias y segregación en *panmedia*”, contó con la participación de María Laura Schaufler (Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina), Ricardo Diviani (CIM-UNR) y Mariángeles Camusso (CIM-UNR, bajo la coordinación de Mariana Maestri. En <https://www.youtube.com/watch?v=1YJgn9g5tWA&t=22s>

Presentamos, a continuación, las distintas intervenciones organizadas en dichas tres secciones con los comentarios de los chats correspondientes, y, al final, a modo de cierre provisional, algunos comentarios a cargo de la compiladora del volumen, Sandra Valdetaro.



Deliberadamente quisimos conservar, en el pasaje a la escritura, el tono coloquial y flexible de los encuentros virtuales, y dejamos constancia de las principales intervenciones del público en el chat para que los expositores y expositoras tengan a la vista dichas inquietudes a los fines de que continúen la conversación si así lo desean.

Sandra Valdettaro

Compiladora

Rosario, Argentina, durante la pandemia del año 2020

SECCIÓN 1
**GEOGRAFÍAS, ESPACIOS E INTERFACES
EN TIEMPOS DE *PANMEDIA***

Capítulo 1

Las interfaces de nuestra sociedad están en crisis y llegó la hora de rediseñarlas

Carlos A. Scolari

Universitat Pompeu Fabra. Barcelona, Cat., España

Voy a hablar de las interfaces, un concepto que vengo utilizando desde hace bastante tiempo, pero con una perspectiva diferente a la de la tradicional “interfaz de usuario”. Hago una breve síntesis. La idea de “interfaz” ya tiene más de un siglo (nació a finales del siglo XIX) pero se popularizó en los últimos 40 años a partir de la aparición del primer Macintosh en 1984, el cual significó una revolución debido, precisamente, a su “interfaz gráfica”. Desde ese momento la “interfaz” es todo esto que está delante de la computadora: el ratón, los iconos en la pantalla y la gramática de interacción que regula los intercambios entre el sujeto y la máquina digital. Hay una disciplina, la Human-Computer Interaction (o Interacción Persona Ordenador), que se encuentra muy desarrollada y propone una serie de metodologías cuantitativas y cualitativas para estudiar los procesos de interacción que pasan en la interfaz. Por otra parte, hay un recorrido paralelo, el Interface Design (Diseño de Interfaces), que incluye propuestas sobre cómo diseñar interfaces de usuario y mejorar su performance. Ya en los años 1980 se vio que, por más que el software fuera muy bueno desde el punto de vista de sus funciones y de su código, si no tenía una buena interfaz estaba destinado al fracaso comercial: la gente no lo entendería y dejaría de utilizarlo. En esos años surge con mucha fuerza el discurso (y la práctica) de la usabilidad, el cual plantea la necesidad de diseñar buenas interfaces de usuario que “desaparezcan” en el uso, que se vuelvan “naturales” y le permitan al usuario concentrarse en sus tareas -modificar una foto, escribir un texto, jugar un videojuego- y no quedarse atrapado en los problemas de la interfaz.

A la hora de hacer mi tesis doctoral en Italia, decidí trabajar la semiótica de las interfaces. A partir de esta tesis publiqué un libro, que se llama *Hacer clic* (Gedisa, 2004), donde analizo desde un punto de vista semiótico-cognitivo el proceso de interacción entre el sujeto y la máquina. Casi al final del libro dejé caer una idea: algún día este modelo de análisis se podía escalar y, en vez de hablar de “interfaz de usuario” como un micro-intercambio entre el sujeto y la máquina, el concepto de interfaz se podría llevar más allá para analizar procesos y situaciones macrosociales. Podría decirse que en los últimos quince años mis investigaciones sobre la ecología y la evolución de los medios tienen mucho que ver con esta concepción ampliada de las interfaces.

Es en *Las leyes de la interfaz* (Gedisa, 2018) desarrollé con mayor extensión esta idea. En ese volumen defino a la interfaz, con un ojo puesto en la Teoría del Actor-Red de Bruno Latour, como una red de actores que mantiene relaciones y donde se dan una serie de procesos. Por “actor” me refiero a actores humanos individuales (diseñadores, usuarios, etc.), institucionales (empresas, ministerios, leyes, reglamentos, gramáticas de interacción, etc.) y tecnológicos. Como se puede observar, de esta manera nos alejamos de la clásica “interfaz de usuario” y nos adentramos en otra dimensión mucho más grande e interesante, dado que, por ejemplo, podemos pensar a la escuela como una interfaz, o sea como un lugar de interacción entre diferentes actores humanos, tecnológicos e institucionales. En este caso estaríamos hablando de una “interfaz educativa”. Otra posibilidad es considerar a los partidos políticos o a los parlamentos como “interfaces políticas”. De la misma manera, hay “interfaces gastronómicas” (un restaurante, una mesa familiar, etc.) o “culturales” (un museo, un espacio expositivo, etc.). Muchas de estas interfaces, desde la escuela pública hasta los museos o los partidos políticos, fueron creadas entre los siglos XVIII y XIX. Podría decirse que son interfaces diseñadas para una sociedad industrial que ya no existe. Por ese motivo todas ellas se encuentran en crisis desde hace varias décadas. Los reclamos en favor de un cambio en la educación se suceden desde hace años, por no hablar de las quejas ciudadanas por

la falta de representación de las estructuras políticas. Son interfaces que se han vuelto obsoletas.

La pandemia no ha hecho otra cosa que hacer aún más visible la crisis de muchas interfaces creadas en la Modernidad. El COVID19 ha expuesto sus debilidades y limitaciones, tanto de las interfaces educativas como de las políticas o sanitarias. Y ha evidenciado la necesidad urgente de rediseñarlas y adaptarlas a la sociedad del siglo XXI.

Veamos con más detenimiento el caso de la escuela. La escuela pública obligatoria fue creada en el siglo XVIII en Prusia con el objetivo de formar ciudadanos en el marco de los estados nacionales. A finales de ese siglo la Revolución Francesa extendió los valores que debía inculcar la escuela, y poco después se fueron agregando las necesidades de la Revolución Industrial. En esa escuela de la moderna sociedad industrial los niños entran en fila al aula cuando suena una campana después de rendir pleitesía a los símbolos nacionales. Los horarios están claramente marcados -igual que en una fábrica- y todos reciben la misma formación, como si se tratara de una línea de montaje fabril. Es obvio que esa interfaz diseñada hace dos siglos hoy se encuentra incapacitada para dar respuesta a las necesidades educativas del siglo XXI. Si bien esta interfaz educativa ya estaba en crisis, la cuarentena la ha abierto en canal y puesto en evidencia todas sus limitaciones.

Durante la crisis muchas interfaces, desde las escuelas hasta los hospitales o los parlamentos, tuvieron que ser rediseñadas de urgencia, entre gallos y medianoche, para seguir cumpliendo, aunque sea mínimamente, con sus funciones. En el caso de las escuelas (y las universidades, otra interfaz educativa que debería ser rediseñada), el hecho de pasar a un sistema de enseñanza-aprendizaje semipresencial o directamente en línea en pocos días puso en evidencia todas sus limitaciones: por ejemplo, los actores individuales no estaban preparados para este cambio ni tenían los instrumentos para realizar sus tareas. Si bien una buena parte

del alumnado tenía una cierta facilidad para moverse en el mundo digital, el resto de los actores humanos que participan de la interfaz educativa no estaban preparados (pienso sobre todo en el cuerpo docente y las familias). Respecto a los actores institucionales, ni las escuelas ni los ministerios tenían protocolos para gestionar esta situación. Una anécdota sirve para ilustrar esto: al comienzo de la cuarentena, algunos profesores de una escuela secundaria en Rosario tuvieron que ir al establecimiento para recibir escritos los trabajos de los alumnos y poder evaluarlos... Y si hablamos de los actores tecnológicos, durante la cuarentena emergió con claridad la gran brecha digital que todavía existe, incluso en Europa. En Barcelona las universidades tuvieron que prestar equipos a jóvenes que no tenían computadoras, mientras que otros alumnos tuvieron que robar conexión WiFi a los vecinos para poder seguir los cursos en línea.

En esta primera parte de mi intervención quería focalizarme en las interfaces educativas y compartir con ustedes una imagen: en la Universitat Pompeu Fabra, en Barcelona, el año pasado habilitamos unos nuevos espacios educativos que incluyen salas de coworking, pequeños espacios para mantener reuniones de trabajo y lugares de uso flexible para el estudiantado de nuestro campus. Estos espacios fueron inmediatamente conquistados por los chicos y chicas de todas las carreras que ahí se cursan, desde periodismo hasta publicidad, pasando por comunicación audiovisual, ingeniería o traducción. En esos espacios pueden preparar sus proyectos, planificar cortometrajes o diseñar una campaña. Son lugares colaborativos muy inspirados en los espacios de empresas como Google. Ahora bien, esta mañana tuvimos una reunión en línea con varios colegas y nos dimos cuenta de que algunos de estos espacios, rediseñados hace menos de un año, quizá deberán ser repensados en función de las nuevas normas de distanciamiento social. A partir del curso que comienza en setiembre la universidad deberá reducir la densidad del alumnado y, por lo tanto, incluso estos espacios tan innovadores deberán ser gestionados con otra lógica.

Pero también podemos ver lo que está pasando en otras interfaces. En estas semanas muchos parlamentos tuvieron que comenzar a buscar pantallas e instalarlas para poder seguir sesionando, además de activar sistemas de voto a distancia. Obviamente, esto no va a solucionar la crisis de las interfaces políticas. Si bien muchos piensan que basta incorporar actores tecnológicos en una interfaz para cambiarla radicalmente -ese discurso está muy presente en el ámbito de la “innovación educativa”-, no es suficiente: a menudo, la incorporación de actores tecnológicos no cambia para nada el funcionamiento de una interfaz. Lo importante es transformar las relaciones y procesos de la interfaz; a veces, los nuevos actores tecnológicos pueden llegar a ser de utilidad para activar esos cambios, pero no garantizan nada por sí mismos. Dicho en otras palabras: introducir una computadora en un aula no generará de manera mágica un proceso dialógico como el que proponía Paulo Freire hace medio siglo, de la misma manera que colgar unas pantallas en el parlamento no garantizará un mejor funcionamiento de la representatividad política. Lo importante, lo repito, es transformar las relaciones y procesos de la interfaz.

Pensemos en los hospitales. Esas interfaces sanitarias tuvieron que ser adaptadas en pocos días para hacer frente a la gran cantidad de enfermos que requerían entrar en la Unidades de Cuidados Intensivos (UCI). En Madrid se montó en pocos días un hospital en un gran pabellón donde se suelen organizar ferias y exposiciones, y se desmontó apenas cayó el número de contagiados en mayo. Los especialistas dicen que, en esta nueva fase, los espacios más importantes serán los centros de atención sanitaria (distribuidos en todo el territorio) y no tanto las salas de emergencia o las UCI. Serán estos centros los principales lugares de detección y contención en caso de rebrotes. Como podemos ver, en pocos días las interfaces sanitarias mostraron sus limitaciones y, por suerte, pudieron, dentro de todo, adaptarse en términos breves para hacer frente a una situación inesperada.

Otro ejemplo. En Corea del Sur ya se están planteando cómo serán las oficinas post-pandemia. Ya están elaborando prototipos con modelos tridimensionales donde

cada escritorio está rodeado por un círculo que marca la “distancia de seguridad”, una especie de “zona de exclusión”. En los espacios públicos de las grandes ciudades ya se han instalado señales en el piso con el mismo objetivo. Por ejemplo, en el metro de Barcelona ya se indica dónde deben pararse las personas que esperan el próximo tren, y no tardaremos en ver en las escuelas indicaciones similares. Si Michel Foucault estuviera vivo, se haría un festín con todas estas medidas de seguridad e indicaciones que regulan la circulación de los cuerpos en los espacios públicos.

Otra interfaz que estaba en crisis pero se encontraba en pleno proceso de rediseño antes de la pandemia son los museos. Veamos el caso de El Prado en Madrid. Ellos estaban haciendo cosas muy interesantes en las redes, llevando el museo más allá de sus paredes, y ese proceso se aceleró durante la cuarentena. De todas formas, todavía tienen un largo camino por delante. Los museos, junto a las bibliotecas, los centros culturales o las librerías, son interfaces culturales que deben ser rediseñadas. En el caso de los museos, el modelo de las grandes exposiciones con cientos de miles de visitantes deberá ser repensado. Al igual que las escuelas o universidades, para reducir la densidad de los actores humanos los museos deberán rediseñar los espacios y la gestión del tiempo de apertura.

¿Y qué podemos decir de las interfaces urbanas? También en este caso algunos ejemplos muy recientes de rediseño urbano deberán ser repensados. En Barcelona tenemos las “super-islas”, bloques de nueve manzanas que han sido intervenidos para reducir el tráfico y aumentar el espacio de uso público con juegos infantiles, estructuras deportivas y zonas verdes. Eran espacios experimentales creados para incrementar el contacto social entre vecinos. La pandemia también obliga a abrir la discusión sobre estos nuevos espacios.

Pero así como se perderán espacios públicos en el mundo post-pandemia... ¿qué podemos decir de los nuevos espacios que se están ganando? Quizá lo que se pierde en el “mundo real” lo estamos ganando en el “mundo virtual”. En estas semanas,

donde un tercio del planeta está confinado en sus casas, quizá estemos conquistando, o incluso construyendo, un nuevo espacio digital. No pienso tanto en los jóvenes, que ya más o menos entraban y salían con una cierta facilidad de ese espacio, sino en los adultos que estos días se han visto obligados a teletrabajar y trabajar en equipo a distancia. Se trata de una o dos generaciones que dominaban WhatsApp y Facebook, quizá Tinder y Twitter, pero que de un día para el otro se vieron catapultadas al mundo de Zoom, Google Meet, Dropbox y WeTransfer.

Esta entrada de muchos adultos en el mundo digital se merece un comentario en clave antropológica. Dejo caer una hipótesis de trabajo: si en las sociedades tradicionales el rito de pasaje -por ejemplo, la entrada en la adultez por parte de los adolescentes- estaba monitoreado por los adultos, ahora el pasaje al mundo digital de los adultos parece estar monitoreado por los jóvenes. En muchos casos son los hijos e hijas los que están explicando a sus padres y madres cómo posicionar una cámara o conseguir la mejor iluminación en una videoconferencia. Si esta hipótesis se verificara, sería un cambio radical en la larga historia del Homo sapiens.

De frente a los grandilocuentes discursos que enuncian el fin del capitalismo o el nacimiento de una nueva civilización, prefiero explorar otro tipo de escenarios. Estoy convencido de que los cambios que viviremos se presentarán en experiencias colaterales, en microespacios de la vida social que hoy apenas alcanzamos a visualizar. O incluso en los discursos o imaginarios. Pensemos por ejemplo en el *branding*: si hasta ahora los productos “biológicos” o “ecológicos” gozaban del favor de los consumidores, no sería para descartar que en el futuro se agregue a la serie verde el valor de lo “aséptico” y lo “no-contaminado”, ahora marcados por el color blanco o azul. Infinidad de pequeñas transformaciones irán dándole forma al mundo post-pandemia.

Para terminar, me gustaría resaltar esta idea: esta crisis ha puesto en evidencia lo que ya se percibía, el agotamiento de una serie de interfaces, políticas, educativas, culturales o sociales que había sido diseñadas para una sociedad que ya no existe.



El desafío es enorme. ¿Cómo vamos a rediseñarlas? ¿Con cuáles recursos? ¿Será un proceso *top-down*, desde arriba? ¿O el rediseño será el fruto de un proceso *bottom-up* colaborativo y abierto? Los que me conocen saben mi rechazo a todo tipo de discurso predictivo. Solo puedo decir que esta crisis tan trágica es una oportunidad que no podemos desaprovechar para encarar el rediseño de las interfaces.

Capítulo 2

Del espacio público al espacio mediatizado

Ximena Tobi

Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Argentina

Socia Fundadora de Semiotica Studio

Este texto surge como un punteo para ordenar las ideas que compartí en la primera charla de la serie “Conversaciones en Tiempos de Pandemia”, que organizó el CIM en mayo 2020. Fue un honor para mí participar de la sesión inaugural de la serie de conversaciones y compartir el living virtual con Carlos Scolari, Mariano Fernández, coordinados por Sandra Valdetaro. Un verdadero lujo.

Las observaciones que comparto a continuación surgen de mis vivencias durante la cuarentena, vistas con ojos de investigadora sobre medioambiente y comunicación. En ese sentido, planteé dos recorridos del tema de manera inversa: primero, de la geografía a la interfaz; luego, de la interfaz a la geografía.

De la geografía a la interfaz

Me interesó mucho cuando me llamaron para participar conversando sobre “Geografías y espacios en interfaces” porque las primeras observaciones que me surgieron en estos tiempos de cuarentena tienen que ver con la modificación abrupta del espacio vivido de las personas.

El concepto de espacio vivido viene de la geografía humana (Lusault, 2015; Lindon y Hiernaux, 2006) y tiene que ver con que:

- El espacio no es un receptáculo, sino una dimensión constitutiva del individuo.

- Se refiere a un espacio cargado de valores y simbolizado por los individuos en sus mismos usos e interacciones, es entonces, un espacio apropiado.

A mí me interesa la cuestión de la espacialidad porque vengo trabajando en mi investigación doctoral sobre la dimensión ambiental y comunitaria de la universidad pública. Cabe aclarar que en el equipo de investigación de la UBA en el que trabajo hace años venimos estudiando la relación entre los medios y el espacio urbano.

Desde que empecé a estudiar lo ambiental y lo comunitario observé que la relación de los individuos con cualquier espacio o ambiente geográfico, sea urbano, plena calle o institucional, como es el caso de mi investigación sobre la universidad, está indefectiblemente articulada con el espacio mediatizado, de maneras muy diversas, algunas de ellas son:

- Por representación: fotografías, ilustraciones
- Por referenciación: grupos de Facebook de instituciones, como los que yo estudio de la comunidad de la facultad
- Por previsualización: apps de mapas, cómo llego, Google Street
- Por yuxtaposición: caminando por la calle con el móvil

Trabajando sobre esta interconexión entre espacio urbano y espacio mediatizado me encontré con nociones como la de:

- “Habitar como una práctica comunicativa” -de Massimo Di Felice en su libro *Paisajes Posturbanos* (2012)-, que se va modificando con el advenimiento de las diversas mediatizaciones, algo que también postuló Mc Luhan (2009), refiriéndose a los medios como extensiones del hombre. Solo pensemos en los mapas para conocer lugares desconocidos.
- “Funcionamiento en cadena entre plataformas y espacio urbano”, ambos son “conectores-de-afectos-en-vivo”, acertadísima descripción de nuestra coordinadora de conversación Sandra Valdetaro (2012), al analizar el funcionamiento de las movilizaciones en el espacio urbano.

Entonces, ¿cómo afectó la pandemia del Covid-19 esta relación espacio urbano-plataformas?: el espacio urbano “se apagó”, salió de la ecuación.

Y acá quiero centrarme en un caso puntual: la universidad. Para ello, retomo un concepto que acuñamos con mi compañera de investigación y docencia Beatriz Sznaider: el de institución expandida. Hace ya casi 10 años -creo que en el primer coloquio del CIM- hicimos una presentación sobre nuestra investigación de aquel momento: fan pages de Facebook de instituciones (marcas, empresas, etc.). Veíamos que a partir de las redes sociales como Facebook, las instituciones empezaban a tener un espacio de contacto con sus públicos 24/7 y todas las implicancias comunicacionales que eso tenía.

Lo que ocurrió con la pandemia fue que muchas instituciones y empresas cerraron su sede geográfica y el único espacio de contacto con sus públicos pasó a ser su “sede mediatizada”. En ese sentido digo que el espacio geográfico se apagó, se anuló, se restringió.

Vamos al caso de la universidad. Aquí, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde yo trabajo, la cuarentena empezó exactamente la semana que empezaban las clases, por lo que de un día para el otro, docentes y estudiantes quedamos impedidos del encuentro en el espacio geográfico de cada facultad; en cambio, fuimos obligados por las circunstancias a encontrarnos en el espacio mediatizado. Fuimos obligados a navegar la interfaz. Si bien la universidad tiene un campus virtual, no todas las materias lo usan, por falta de entrenamiento, por privilegio de la presencialidad, por falta de incentivo institucional, quién sabe...

En consecuencia, no había una plataforma unificada en la que docentes y estudiantes se pudieran contactar. Lo cierto es que docentes y alumnos empezamos a buscarnos mutuamente en las redes sociales, particularmente en grupos de Facebook no oficiales administrados por estudiantes, que son los más populosos. Incluso algunos estudiantes crearon espontáneamente grupos de WhatsApp para agrupar a los estudiantes inscriptos en cada materia, y estar informados de las

resoluciones que tomaran el equipo de profesores de la materia.

Todo esto generó un gran debate que se ha multiplicado en muchas otras universidades en distintos países, sobre:

- Las diferencias entre cursos presenciales y cursos online.
- Si entre ambos hay solo cambio de soporte o también hay cambio de lógica.
- Quedaron a la vista muchas falencias, en particular de los docentes, por su escasa preparación para esta circunstancia... pero nos tranquilizamos diciéndonos “y bueno, la cuarentena nos agarró de sorpresa”.
- Y un largo etc.

Yo tenía la intuición, y lo comprobé leyendo artículos de expertos que enseguida empezaron a circular, que la enseñanza o cualquier otra práctica online tiene una lógica distinta de cuando se realiza cara a cara, pero en esta oportunidad quiero focalizar en las continuidades entre espacio geográfico y espacio mediatizado.

Cuando estamos online:

- Estamos en un espacio: un sitio web. Acá me remito a la ley 1 de las leyes de la interfaz de Carlos Scolari (2018): la interfaz es un lugar de interacción.
- Estamos en un espacio que hay que recorrer, navegar. Siempre que doy clases sobre este tema les digo a mis alumnos que los links son puertas para recorrer los distintos sectores de un sitio web.

Como cuando llegás por primera vez a la universidad o a cualquier otro edificio y no sabés dónde queda el aula o la oficina a donde tenés que ir, empezás a recorrer hasta llegar.

Esa intuición espacial es la que a veces falla en el contacto con las interfaces digitales, y hay que alimentarla clickeando todo, como leí en el primer artículo de un curso de entornos virtuales de enseñanza aprendizaje, total, existe control z.

Les cuento una mini anécdota reciente: una colega estaba entrando por primera vez al sistema de información de alumnos de la universidad desde el cual podría comunicarse con los alumnos inscriptos de su comisión de trabajos prácticos. Apenas logró acceder al sistema, me escribió por WhatsApp y se produjo el siguiente diálogo:

- Mi colega: "Entré y no hay nada"
- Yo: "¿Clickeaste?"
- Mi colega: "¿Dónde?".

Me di cuenta entonces que no había clickeado en ningún lugar, que estaba quieta contemplando la interfaz, esperando que ésta le mostrara los datos que ella había entrado a buscar. Acto seguido, le expliqué paso a paso el recorrido que debía hacer para encontrarlos.

Les pregunto: ¿cómo hacen cuando se encuentran con una interfaz digital nueva por primera vez? Yo empiezo por recorrerla. Más que nunca se pone en juego la habilidad de los usuarios para manejarse bajo la lógica *pull* que propone Henry Jenkins (2008), cuando habla de medios de atracción -ir a buscar y traer hacia uno- vs medios de *empuje* -cuyos discursos llegan al público lo quiera o no. Hoy tenemos que vivir en *pull*. Buscar, buscar, buscar, porque todo está allí, solo hay que encontrarlo.

De la interfaz a la geografía

Como dije más arriba, la primera observación que me surgió a partir de la cuarentena fue la abrupta modificación del espacio vivido y la consecuente reconfiguración entre espacio mediatizado y espacio geográfico.

Enseguida emergieron estas preguntas:

- ¿Cómo va a ser cuando se termine la cuarentena?

- ¿Cómo vamos a volver a interactuar en el espacio urbano?
- ¿Cómo van a volver a ser las interacciones cara a cara?
- ¿Sobre todo: cómo se desenvolverá la tensión sobre el espacio físico entre espacio añorado vs espacio de riesgo?

Aún no podemos contestar esas preguntas, pero sí hipotetizar. El otro día pensaba en todo lo que seguirá siendo digital aún pasada la pandemia. Más compras online, más reuniones online. ¿Para qué guardaremos la pervivencia de lo físico? ¿Qué objetos o interacciones no cederemos a la virtualidad?

Y pensando en el retorno a la interacción de los cuerpos en presencia, me estuve dedicando en detectar indicadores de corporalidad en el espacio digital en el que estamos permanentemente en estos días: para conversar, trabajar, estudiar, comprar y hasta para hacer actividad física. Observé dos modalidades:

1. Videoconferencias: ver el cuerpo del otro en directo ahí del otro lado de la pantalla.

Volviendo al ejemplo de la universidad, si lo pienso en comparación con mis clases en el aula, los cuerpos en el espacio físico, su movimiento o sus acciones comunican; yo me doy cuenta del alumno que se aburre, el que está en otro lado, el que se durmió, el que está atento. Y podría suceder de alguna manera también en mis clases por Zoom, si prendieran la cámara, cosa que hacen solo 3 de 37 alumnos en mi clase.

2. Juegos online: mi cuerpo moviéndose e interactuando con otros en otro espacio, los avatares.

Tenemos a nuestros hijos jugando a Fortnite y Roblox en donde existe un escenario de juego y cada jugador elige un personaje -al que puede personalizar en mayor o menor medida-, y lo maneja con los comandos de la computadora o la Play Station.

Pero con la realidad virtual en desarrollo, ¿cuándo llegarán los juegos y encuentros online en un escenario tridimensional en el que nuestros avatares no se muevan a través de un joystick sino por nuestros propios movimientos corporales?

No puedo negar que, aun siendo investigadora de mediatizaciones, me resulta un tanto distópico pensar un mundo con esa posibilidad, a la Black Mirror.

Si post pandemia ganara la lectura del riesgo (o de la conveniencia) sobre el espacio de las interacciones cara a cara, éstas serían cada vez más escasas, difíciles de conseguir. Eso me hizo recordar la película de 1973 *Soylent Green*, que narra un futuro en el año 2022, en el que la comida real es algo casi inexistente, a lo que apenas unos pocos privilegiados pueden acceder. En cambio, todos comen Soylent Green, un alimento industrializado que no cuento de dónde venía para no spoilear la película. Y esto me lleva a mi último punto, porque esta película presenta un escenario distópico producto de la superpoblación y la contaminación.

¿En qué medida la vida digital de la cuarentena sumada a la evidencia de la dimensión planetaria de nuestra vida actual puede llevarnos a resignificar nuestra relación con el espacio geográfico y el medio ambiente en que vivimos?

Yo creo y deseo que esta pandemia abra esa posibilidad, a más largo plazo. Por ahora, estamos en una etapa higienista, todavía asociada al riesgo, donde ya no es suficiente con limpiar, sino que hay que desinfectar e inclusive hemos incorporado un nuevo verbo: sanitizar. Estamos buscando controlar otras interfaces, las ligadas al tacto, nuestras superficies de contacto: la piel y los materiales.

Yo creo que la pandemia trae la gran oportunidad de entender la interconexión, y por tanto interacción, que no solo existe en el espacio mediatizado, sino también en el espacio geográfico. Claramente, hemos podido verificar que un evento biológico-ecológico -desforestación > contacto animales silvestres/humanos > transmisión de Covid-19-, que sucedió en un punto del mundo, tardó pocas semanas en expandirse al resto del mundo.

La interconexión social y comercial expresada en los millones de viajes en avión diarios en el mundo pre pandemia, era también una interconexión biológica, pero no nos habíamos percatado. Esto lo describe muy bien un libro que descubrí hace unos años: *La vida de las plantas. Fenomenología de la mixtura*, de Emanuele Coccia:

“Si vivir es respirar (...) estar-en-el-mundo significa hacer una experiencia de inmersión trascendental (...) se define como una inherencia o una imbricación recíproca. (...) imposible liberarse del medio en el que se está inmerso. (...) Inspirar es hacer venir el mundo a nosotros y expirar es proyectarse en el mundo en el que estamos” (2017: 71).

Siguiendo esta conceptualización, podríamos decir que nuestro sistema respiratorio, por el que entra el corona virus, es nuestra interfaz de vida, siguiendo la definición de Pierre Levy de interfaz como aquello que pone en contacto dos ambientes heterogéneos. Gracias!

Referencias bibliográficas

Coccia, E. (2017). *La vida de las plantas. Una metáfora de la mixtura*. Buenos Aires, Miño y Dávila.

Di Felice, M. (2012). Paisajes posurbanos. El fin de la experiencia urbana y las formas comunicativas del habitar. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Ediciones Del Copita.

Jenkins, H. (2008). "En busca del unicornio de papel: *Matrix* y la narración transmediática". En *Convergence culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.

Lindon, A. y Hiernaux, D. (2006). "Geografías de la vida cotidiana" en *Tratado de geografía humana*, México, Anthropos Editorial.

Lussault, M. (2015). El hombre espacial. La construcción social del espacio humano. Buenos Aires: Amorrortu.

Mc Luhan, M. (2009). Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano. Barcelona: Paidós.

Scolari, C.A. (2018). Las leyes de la interfaz. Diseño, ecología, evolución tecnológica. Barcelona, Gedisa.

Valdettaro, S. (2012). "Fuego-Revolución-Tecnologías. La *masa* te pasa a buscar". En Carlón, M. y Fausto Neto, A. (comps.) *Las políticas de los internautas. Nuevas formas de participación*. Buenos Aires: La Crujía.

Capítulo 3

Un orden dislocado. Mediatización de las interacciones sociales en tiempos de confinamiento

Mariano Fernández

Universidad Nacional de La Plata - Universidad Nacional de las Artes, Argentina

1. Desplazamiento y discontinuidad

Una de las consecuencias más evidentes de las medidas de confinamiento adoptadas a escala global como respuesta a la expansión del COVID-19 fue la mediatización casi absoluta de nuestra experiencia de vida, la reorganización - circunstancial, aunque intensa- de nuestras interacciones sociales bajo formas mediatizadas.

Propongo pensar ese efecto como dislocación, es decir como desplazamiento y discontinuidad. Desplazamiento, porque fue necesario cambiar cosas de lugar, trasladar nuestras actividades de un lugar a otro. Discontinuidad, porque se produjo una interrupción breve, un cortocircuito en los criterios de valoración de los comportamientos individuales y colectivos, en particular en el espacio público. El desplazamiento encontró casi de manera automática un arreglo provisorio en la mediatización. Sobre eso voy a reflexionar en los próximos apartados. Quisiera, antes, referirme a la discontinuidad que, a mi entender, nos colocó frente a test morales casi permanentes.

Las medidas de confinamiento, aislamiento o cuarentena, más allá de sus razones sanitarias, produjeron inevitablemente una radiografía sociológica. Esa intervención drástica sobre el tejido de normas y hábitos, más o menos visibles o invisibles, que modela nuestras interacciones cotidianas ha expuesto esas reglas informales de la civilidad (el uso del tiempo, el uso del espacio urbano, el uso del cuerpo) sobre las

que se sostiene el tráfico ordinario de personas y cosas, dentro y fuera de los hogares.

En el orden de lo privado, el encierro obligó a una adaptación abrupta a la vida intramuros, al uso constante de espacios domésticos habitualmente utilizados para actividades transitorias. Las consecuencias de este movimiento de reclusión forzada sobre las subjetividades, los lazos familiares, las relaciones sexo-afectivas, la economía familiar, las amistades, etc., abre un evidente abanico de problemas de los que nada voy a decir aquí.

En el orden de lo público lo que sucedió es que se reformularon, de manera igualmente abrupta, las reglas con las que "medimos" nuestro comportamiento y con las que predecimos el comportamiento de los demás. Y eso abrió un espacio de incertidumbre: ¿cómo debo comportarme? ¿Cómo debo juzgar el comportamiento ajeno? Las prohibiciones originales y las posteriores variaciones más o menos estrictas de uso del espacio público ofrecieron, cada vez, un criterio de valoración general sobre lo correcto y lo incorrecto, pero en ningún caso indicaron cómo gestionar nuestras ponderaciones frente a las micro-rupturas o adaptaciones cotidianas de esas reglas.

En cualquier caso, es lógico que sobreviniera algo así como una incertidumbre emocional, como si, sobre todo al inicio de las cuarentenas, hubiera sido necesario un período más o menos breve para sintonizar normas y comportamientos y rearmar algo parecido a un orden. Pero esa sintonización es un juego inestable, porque no consiste en adaptarse a un saber infalible, incontrovertible, sino más bien empujar o ser empujado por la necesidad -económica, emocional, psíquica- y la conveniencia colectiva enunciada por el discurso estatal.

2. La mediatización como reemplazo funcional

Decía que, por contraste con la discontinuidad normativa, la dislocación de las interacciones sociales encontró un arreglo provisorio pero efectivo. A diferencia de

lo que ocurre con las luxaciones de nuestro cuerpo, que inutilizan los movimientos hasta tanto los huesos no son repuestos en sus articulaciones, en este caso la dislocación halló rápidamente una solución funcional, porque la nuestra es una sociedad funcionalmente mediatizada. Podríamos decir que la respuesta sanitaria a la pandemia -el confinamiento o cuarentena de las poblaciones- produjo el tipo de mundo para el cual nos estuvieron preparando los dispositivos y plataformas de comunicación, es decir un mundo hecho de interacciones mediatizadas, puramente digitales. (Curiosamente, o no, es el tipo de mundo que muchos intelectuales precoces, capturados por un pensamiento lineal, imaginaron como *efecto* de las tecnologías).

Buena parte del trabajo colectivo de reorganización de los órdenes de vida -el trabajo, la familia, la educación, las amistades- consistió en un acomodamiento a partir de y en las plataformas, que como siempre y más que nunca se revelaron como eso que la semiótica llama “dispositivos”, es decir, como un ensamble de restricciones y posibilidades. Un aprendizaje al respecto: los dispositivos de comunicación no son algo que se interpone entre las personas, sino sistemas en lo que las personas entramos para relacionarnos y que, por lo tanto, modifican nuestra relación con el mundo y con los otros. No son, por sí mismos, mediaciones disruptivas. (Hay que cuidarse, por eso mismo, de calificar a las tecnologías de comunicación por reducción a sus usos patológicos tanto como de convertir el análisis de la experiencia de los usuarios en una réplica especular de la lógica comercial que gobierna las plataformas digitales que sirven de soportes a nuestras redes sociales).

Así como pudimos adaptarnos rápidamente al dislocamiento gracias a los dispositivos, pronto encontramos también sus limitaciones: nuestro bienestar es irreductible a una lógica funcional. Algo aprendimos: no serán las tecnologías las que nos lleven hacia una forma de vida desencarnada, contra-comunitaria. Más bien lo que vemos es que la suspensión (provisoria) de los lazos situados interpersonales sobrevino por una fuerza “externa” a las posibilidades tecnológicas y a la voluntad

de las poblaciones. Nadie quiere sexo sin cuerpo, es decir, sin tacto; todos, en cambio, ansían, necesitan eso que Michel Maffesoli denominó “la pasión comunitaria”, que, tanto como el sexo, no puede realizarse sin cuerpos compartiendo tiempo en un espacio común no mediatizado.

3. Desfases

Vuelvo sobre esta idea: vivimos en sociedades funcionalmente mediatizadas, lo cual no equivale a decir que la mediatización sea una solución funcional (aunque a veces lo parezca). Sociedades mediatizadas, es decir, sociedades atravesadas por una simultaneidad de cortes espaciales, temporales e intersubjetivos -y por diferentes formas de combinaciones entre esos tres niveles- facilitados, causados o reparados por dispositivos tecnológicos de comunicación, en escalas de amplitud variables (más o menos colectivas y masivas) y en órdenes de publicidad también variables (más o menos públicos).

En términos estructurales, hay mediatización cuando la introducción de un dispositivo tecnológico en los vínculos interpersonales produce, en grados y escalas variables, situaciones marcadas por un desfase entre el espacio, el tiempo y la intercorporalidad. Vivimos inmersos en esos desfases. Un rápido ejercicio fenomenológico de revisión de un día cualquiera de nuestras vidas podría consistir en contar la cantidad de veces que recibimos un mensaje de WhatsApp -de amigos, de grupos de amigos, de colegas-, la cantidad de veces que ingresamos a Twitter, a Instagram o a Facebook, o que revisamos un sitio de noticias...en fin, la cantidad de veces que interrumpimos el flujo del devenir de nuestra pequeña esfera de existencia para ingresar en tiempos, espacios y vínculos tecnológicamente mediados.

En cualquier caso, vivimos en un mundo que o bien facilita o bien nos prepara para esas interrupciones. Disponemos -lo hacíamos antes de la pandemia- de una compleja infraestructura -cables, aparatos, pantallas, aplicaciones- y de una serie de

saberes adquiridos, bien dispuestos para religar lo que la evolución de la vida en sociedad tiende a separar.

Que la mediatización haya oficiado de salvoconducto para una dislocación tan abrupta de las interacciones sociales es un fenómeno evidentemente novedoso por su escala, aunque previsible si atendemos a los principios sociológicos que la sostienen. Alguna vez, el sociólogo Niklas Luhmann escribió que la función primera de toda tecnología de comunicación es hacer probable lo improbable. En efecto, la mediatización -como proceso histórico- precisamente trabaja sobre las improbabilidades derivadas de los desfases en la interacción social: la improbabilidad de reunión de los cuerpos cuando el distanciamiento no permite el contacto situado; la improbabilidad de compartir cuando la distancia hace imposible la coexistencia en el mismo espacio, la improbabilidad del aquí y ahora cuando estamos separados.

A propósito de este juego de improbabilidades y probabilidades, tres apostillas sobre esos desfases:

a. El cuerpo a distancia

Más por comodidad semántica que atendiendo a la necesidad de precisión conceptual, en las primeras semanas de confinamiento predominó en muchos países la idea de que se trataba de un “distanciamiento social”. Sin embargo, el distanciamiento sanitario es un distanciamiento espacial. Por eso coloca al cuerpo en el centro de la escena. El cuerpo, primer mediador en la interacción comunicativa, reducido momentáneamente a un operador biológico, portador y transportador del virus. El cuerpo propio obligado a una autoconciencia máxima, a controlar su inconsciente (no tocar superficies sospechosas, no tocarse la cara, no tocar...). Y el cuerpo de los demás -sean prójimos o extraños- a distancia pautada, regulada. Pero la distancia -un problema de espacio- no anula la socialidad. Por eso el distanciamiento no fue nunca *social*; antes bien, nos fuerza a interacciones descarnadas, limitadas a las posibilidades de las interfaces. Pero seguimos

socializando, y mucho, con base en las plataformas de las que ya disponíamos, con las redes de relaciones ya construidas, ansiando el momento en que el cuerpo pueda volver a tocar.

b. Topografías y pantallas

El distanciamiento es reclusión (en Argentina, el Gobierno designó al conjunto de medidas adoptadas como Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio). La reclusión convirtió a los hogares en centros de operaciones multipropósito y en el espacio límite de la vitalidad. Y luego, el paso a las pantallas. Vaciado circunstancial y necesario de los espacios públicos no mediatizados, de las topografías hechas de cruces corporales situados, y consiguiente llenado de esos otros espacios, mediatizados, que se materializan en pantallas: reuniones familiares y de amigos por Zoom o Skype, mil llamadas por WhatsApp, la necesidad de ver la cara como reemplazo modesto del cuerpo. También estábamos preparados para eso, porque ese desdoblamiento ontológico (la experiencia no mediatizada y la experiencia mediatizada de lo social) gobierna las lógicas de nuestras vidas, aunque las más de las veces no lo notemos porque está incrustado en nuestros hábitos tanto como el tic de tocarse la cara.... Puede que, a fin de cuentas, el distanciamiento sanitario haya funcionado también como un experimento en sentido retrospectivo: esta situación muestra que el reemplazo absoluto de las interacciones off-line por puras pantallas sólo es posible por la suspensión forzada de la vida comunitaria, y en ningún caso por la fuerza inercial de las tecnologías.

c. Centro y periferia: regreso pasajero a la TV

Efecto pandémico: la fragmentación constitutiva de lo público (más mosaico o archipiélago o panel que un espacio unificado e integrado) encuentra de repente un centro temático organizador. La máquina de las redes y plataformas sociales no se detiene, por supuesto; las redes parasitan pero también producen material parasitado, más tarde, por los medios, y también ofrecen la posibilidad de una cotidianidad paralela y simultánea a las agendas mediáticas. Pero las redes no

pueden funcionar todavía como centros de concentración discursiva, y una pandemia requiere precisamente eso: más broadcasting. Es decir, más televisión. Eso no durará mucho y se desvanecerá más temprano que tarde. Pero al menos en el primer período de confinamiento, se condensaron las agendas colectivas, habitualmente compartimentadas por necesidades sociales divergentes, simultáneas por la coexistencia de plataformas y desiguales por las relaciones de poder que filtran su acceso a la atención pública. Encontrar un horizonte de convergencia sobre un tema concentra el interés colectivo pero al precio de tener que pasar (y, en este tránsito, ser regulado por su lógica) a los medios de comunicación tradicionales, sustitutos espectrales de la opinión pública. Ya estábamos acostumbrados a esto también.

Chat correspondiente a la Sección 1

Scolari, Tobi, Fernández, M.

Eduardo Pelosio: Muy buena, Carlos, la reflexión sobre los espacios en la escuela. Volvamos sobre eso. ¿Vamos a una escuela híbrida? O, mejor, ¿en interfaz permanente?

Domingo Carricart: Carlos. Quería consultar respecto a la arquitectura de las interfaces, es decir, a los materiales, disposiciones del espacio y las interrelaciones posibles entre medio/usuarios. Adquirir un conocimiento, mínimo, quizás, pero crítico al fin, de cómo están emplazadas y pensadas las interfaces, ¿no constituye una manera de aprehender nuevos lenguajes -de programación, diseño, etc.-? Y esto, en vistas de tener una mayor amplitud en la visión que tenemos frente a la tecnología y la manera de vincularnos.

Gabriela Pedranti: “Clickear todo”, qué gran metáfora para lo que nunca deberíamos perder: la curiosidad.

Arturo Estrella Osorio: Una discusión importante tiene que ver con el término de “lo virtual” que se utiliza hoy como si fuera sinónimo de digital. Entonces, hoy ¿qué es lo virtual?

Mariana Ferrarelli: Diáspora... somos inmigrantes en nuestras propias casas... exilio forzoso en lo privado. Nos convertimos en sujetos diaspóricos por este desplazamiento y dislocación.

Máximo Bontempo: Sandra, pregunta para Carlos Scolari: hablando de procesos postpandemia, hace unos días *The Guardian* publicó una nota alertando sobre los riesgos del colapso del ecosistema de información, sobre todo en términos de acceso y calidad. Me gustaría conocer su opinión, gracias.

María Elena Bitonte: Scolari: no se puede seguir pensando la interfaz educativa en términos de la oposición presencial-virtual.

Andrés Bacigalupo: Sandra, pregunta/comentario para Ximena: en eso de reconocer los espacios virtuales (a propósito de "clickear todo") qué importantes han sido las capturas de pantalla. Para mi han sido una herramienta para ayudar a la distancia a colegas pero también a padres mayores. Gracias!

Arturo Estrella Osorio: Para Carlos y Ximena: Rachel Hall habla de "...guiarse naturalmente por el entorno" y luego Thaler y Sunstein hablan de mecanismos, herramientas y planteamientos que orientan la toma de mejores decisiones, en el marco de las denominadas estrategias de rebaño, que se usan en aeropuertos, puertos, malls, bancos, universidades y recintos deportivos principalmente, en el que la simbología apoya y sustituye inclusive al "diálogo" para orientar a la gente, sea de un lugar a otro o para comprar.... ¿Cómo cambiarán estos planteamientos ahora? Tomando en cuenta, que entraremos en un escenario "express" minimalista para dirigir a los públicos.

Silvia Pampi: ¿Hay algo nuevo más allá de una gigantesca ampliación de los usuarios de los recursos digitales?

Ximena Díaz Alarcón: Pregunta para Ximena: ¿lo altruista de lo sustentable pasa a segundo plano frente al miedo al contagio? (p.e. mejor "más plástico" que protege un empaque versus menos uso de material).

Nicolás Esponda: Lo incómodo de ceder ante los espacios virtuales es la dependencia de un entorno abstracto sobre el que tenemos poco poder... un poco relacionado con la soberanía tecnológica.

Aníbal Rossi: En relación a la idea de Carlos de que agregando un actor tecnológico se transforma una interfaz... ¿lo inverso puede ser igual de cierto? Es decir que la incorporación de un actor tecnológico tampoco restituye una interfaz en crisis. Por ejemplo una clase por Zoom, etc.

Cecilia Macarena Pelliza: En relación a la primacía del discurso biológico y también matemático, en relación a los estudios de propagación, cantidad de camas, cuántos respiradores, etc, observo dos cosas: Una que parece justamente que la vida se reduce a respirar. Entonces habría que evaluar esta embestida a la subjetividad. Y lo segundo que me parece interesante es cómo los medios opositores quedaron reducidos ante ese discurso. Efectivamente no saben por dónde entrarle, porque al conservadurismo tampoco le interesa hablar de subjetividad. Y luego, en relación a la comunidad, y cómo aparece lo común en los aplausos, acá sucede algo muy particular, que es que lo empezaron a usar para todo, y uno ya no sabe muy bien para qué aplaude y en contra o a favor de qué.

Andrea Mansilla: Quisiera preguntarle a Carlos si podría citar algunos ejemplos de proyectos de redefinición del espacio público con innovación colaborativa en este contexto.

Helmunth Torres Contreras: Carlos, Ximena y Mariano, a mí me gustaría que se hablara de cómo pensar el prosumidor, las culturas colaborativas y participativas en todo este contexto en medio de la desesperanza y el querer estar afuera de esta realidad que estamos viviendo. Me inquieta que hemos dado mucha importancia al rol o a la relación de los usuarios. ¿Cómo podemos pensar que en este proceso de educación remota que habitamos esto no se da? sino que, estamos tratando de trasladar o transferir esta interfaz con dislocaciones a la estructura digital.

Sobre la intervención de Ximena Tobi a favor de disolver la división teórico/práctico:

Gustavo García Lutz: Totalmente de acuerdo contigo Ximena. Hay que repensar la interacción, eso es fundamental.

Silvia Karina Lanza: Coincido con la mirada de Ximena, ojalá sepamos hacer de esta LA oportunidad. La cuestión teórico/práctico es un resabio decimonónico y de clara influencia de las ciencias naturales... hay una cuestión epistemológica en esa distinción.

SECCIÓN 2

LA VIDA EN REDES Y PLATAFORMAS

DURANTE LA *PANMEDIA*

Capítulo 4

Complejidad e incertidumbre en *Panmedia/Pandemia**

José Luis Fernández

UBA-UBACyT-UNTREF, Argentina

La orientación de esta presentación no es hacia el futuro sino hacia cómo se entrecruzan lo que hemos investigado y lo que observamos en esta época de crisis inesperada. Es que la dimensión mediática de la pandemia, en sus diferentes modalidades de confinamiento no puede ser negada en cada momento de nuestra vida.

Se ha dicho, tal vez con demasiada frecuencia, que nada será igual en la vida social luego de que el virus sea dominado por algunas de las alternativas que se suponen. Es verdad que el entusiasmo pronosticador lleva a las exageraciones, pero pensar un mundo en un futuro cercano sin capitalismo, sin religiones, sin crisis familiares, sin información y ficciones en broadcasting, on demand o por streaming, sin problemas ambientales, más que predicción parece un delirio.

Se dirá que exagero sobre las exageraciones, pero el trabajo cuasi-intelectual que exagera para luego matizar, es muy adecuado para las mediatizaciones que gustan confundir las diferencias entre las discursividades política, periodística y científica, pero no para aliviar la inevitable incertidumbre acerca de cuándo va a terminar la hegemonía virósica y cuáles serán sus resultados posteriores.

* Se respetó la secuencia y el tono coloquial de la presentación original (aunque debo aclarar que prefiero mi oralidad escrita a mi oralidad transcrita), se agregaron algunos apuntes sobre discusiones del momento del encuentro original, y otros que siguieron hasta el momento en que escribo, en diversas plataformas.

La propuesta es contribuir a que los lectores y sus redes puedan disminuir su incertidumbre con algunas herramientas para enfrentar la complejidad del momento, en muchos aspectos previa a la pandemia. De paso, seguimos discutiendo los temas que nos entretienen y ocupan desde hace años. ¿La hipótesis? Quien comprenda mejor la complejidad, procesa mejor la incertidumbre. Por supuesto, es una hipótesis más moderna que posmoderna, pero como se va viendo, no es el único rasgo de *asincronicidad* de época.

Hasta ahora, en las exposiciones de Scolari, Tobi y Fernández, M. se ha puesto el foco en la complejidad de las convivencias entre lo mediático y lo no mediático y en la interfaz como concepto articulador y operador. Es decir, como primer aporte desde la reunión anterior, hay diferentes procesos que vienen desde antes de la pandemia, que actúa frente a ellos expandiendo o profundizando; los fenómenos de complejidad e incertidumbre están entre ellos.

Para enfrentar los fenómenos de complejidad de la vida social, esquematizando, hay tres caminos habituales: *por arriba*, el de filósofos, pensadores o gurúes, que proponen una imagen general, con casos ejemplificadores que justifican sus perspectivas apocalípticas o integradas y sus respectivos matices; *por abajo*, la casuística que, con terminología técnica sólo confirma lo verosímil o lo sospechado, es decir, que se reencuentra con filósofos y gurúes, pero cuidando los respectivos trabajos. En la reunión anterior, como cada vez que nos reunimos en el CIM, se emprendieron caminos intermedios que, a pesar de que todo, cultivaron enfoques *micro*, pero, como dice Scolari, en lo micro está lo complejo, porque lo micro no es del nivel del caso, sino que es su reconocimiento como parte de un sistema.

Partimos de la base, entonces, de que la incertidumbre y la complejidad de la *Panmedia* son temas previos a la *pandemia*, y que son producto de la *hiper*, la *trans* y la *multimediatización*.

Hasta aquí, para nosotros, el nombre de la complejidad mediática que estudiamos es la del *postbroadcasting*: ese sistema o, mejor dicho, ese funcionamiento mediático, que sospechamos como sistemático, y que consiste en la convivencia en tensión del *broadcasting* (pocos emisores para n receptores) y *networking* (todos tienen posibilidad de emitir para todos). En la práctica de recepción de medios masivos o de interacción en las plataformas generalistas, tipo Facebook y Twitter, es imposible intercambiar en uno, sin que se le aparezca el otro. Además, si se percibe un film o una serie en una plataforma de streaming, fenómeno con aspectos de broadcasting, la plataforma constantemente nos recuerda que estamos en red.

Pero la complejidad del postbroadcasting no se agota en esos intercambios vinculados a lo discursivo. Si debemos decidir un lugar para hacer turismo en la postpandemia ¿de acuerdo a qué criterio decidiremos? ¿Volveremos a confiar, regresivamente, en una agencia, o en nuestro *influencer* viajado, o deberemos consultar a un especialista de turismo en Twitter o, como viejazo, a un gran diario internacional? Es lamentable, pero tal vez no sea tan fácil decidir sobre el norte o el sur de Italia, o sobre las playas o sobre las ciudades de México.

Desde el punto de vista de la investigación, la complejidad también se resiste a ser domada. Mariana Ferrarelli, nuestra inspiración terminológica aquí, dice que *panmedia* "supone mezcla, pero también una superposición de mensajes, canales y actores" (<http://sangrre.com.ar/2020/06/03/practicas-panmedia-diasporas-que-se-abren-y-parentesis-que-se-cierran/>). Le consulté si su término podría reemplazar al de postbroadcasting y me responde en TW: "no hay que confundirlos, deben convivir, hay que seguir pensando". Pienso entonces un poco más: panmedia es el modo de describir con detalles el todo, la estrategia para estar preparado a usar o a investigar lo que se presente y postbroadcasting, en cambio, es el *frame*, el marco, que te permite la inmersión en los diversos sistemas de intercambio de cada

plataforma mediática o textualidad de medios masivos. Recordemos que, en Goffman, el frame es el intercambio teatral, no la sala teatral.

Esa complejidad de la convivencia en tensión, sin resolución, se advierte como en muchas conversaciones con Scolari, cuando una alumna de Semiótica, en una clase no presencial, pide que precise mejor las diferencias entre plataforma e interfaz. Respondo con un nuevo juego de tensiones: dado un fenómeno como la pantalla compleja de Facebook, si quiero comprender cómo me relaciono con la plataforma y sus redes en su conjunto y con las diversas realidades, mediáticas o no, a las que me permite acceder, trato a la pantalla como interfaz; si me interesa, en cambio, describir los muy diferentes sistemas de intercambio que coexisten en el mismo espacio de la pantalla, la estoy enfocando como plataforma. Las interfaces representan relaciones entre contextos, las plataformas son contextos para muy diversos sistemas de intercambio.

Accedemos allí a un nuevo nivel de complejidad: las plataformas, en la medida en que maduran por parte de nuevas propuestas de uso de sus diseñadores, pero también por iniciativas exitosas de sus usuari@s, dejan de definirse por *un* tipo de uso o *un* tipo de intercambio: son espacios complejos en los que conviven, frecuentemente sin relacionarse entre sí, intercambios diversos: afectivos o comerciales, políticos o apolíticos, privados, públicos o semipúblicos, interindividuales o grupales, serios o humorísticos y la lista sigue creciendo. Conviene insistir: esta descripción no es un hallazgo de investigadores, sino que forma parte de cualquier sentido que se le dé a la noción de *experiencia de usuari@* (UX).

¿Y qué pasa con nosotr@s, investigadores de mediatizaciones, cuando enfrentamos esta complejidad? Lo venimos discutiendo, así que lo resumo en un listado que no conceptualizaré. Supongamos que queremos enfocar las relaciones entre panmedia y pandemia ¿por dónde comenzar? Seguramente nos tentaremos por comenzar por lo que ya conocemos, pero suspendamos un poco el saber y listemos:

la tecnología y sus usos, la información, sus aplicaciones y las opiniones, géneros y estilos atravesados por y atravesando la pandemia, consultas, recomendaciones y curaduría, perfiles psicológicos y estilísticos exacerbados u ocultos, algoritmos de selección de accesos a contactos, o a contenidos, modos de producir, reproducir y denunciar complots, resultados cuantitativos de encuestas de opinión pública, de estudios infectológicos y de big-data, modo de representar los resultados de un modo comprensible pero ajustados a esos resultados, decisiones sobre pandemias, hojaldres, nubes, convergencias, divergencias y dislocaciones. ¿Y dónde poner las *cookies*? Dejo ahí, y en cada lector la lista se prolonga más. Y todos sabemos que esa idea falsa pero exitosa, de que podíamos ser considerados *especialistas en una mediatización*, se muestra como insostenible.

Tanto para l@s usuari@s como para l@s investigadores esa complejidad que nos trae la pandemia en panmedia, pero que la excede, es una complejidad *aditiva* y fenoménica como la que propone Rolando García, al que no por casualidad varios estamos releendo, que obliga a lo pluridisciplinario. Es un fenómeno específico de las nuevas mediatizaciones, que enfrentan en principio de la misma manera usuari@s e investigadores. Eso que obliga a l@s usuari@s a aprender constantemente para utilizar una nueva aplicación, dentro o fuera de la plataforma en la cual les gusta convivir. Eso que obliga a l@s investigadores a estar nuevamente reexplicando y resituando a sus objetos de estudio.

Hace diez años aproximadamente, Antonio Fausto Neto nos anunciaba la imperiosa necesidad de incorporar la dimensión *circulación*, parcialmente expulsada por Eliseo Verón, para comprender los intercambios discursivos en la Web. Ese campo que se abría como un nuevo objeto frente a nuestros ojos, en una década se ha convertido en una intrincada trama de niveles y tipos de intercambio a reformular, pero ya definitivamente del lado de lo enciclopédico, en el sentido de Umberto Eco.

Si se tiene la posibilidad de leer los trabajos que viene publicando Rodríguez-Amat y colegas sobre espectáculos musicales complejos y actos políticos en movimiento, se verá que, por un lado, trabaja fenómenos de circulación, aunque ya no puramente mediáticos. Sin excluir los intercambios discursivos, obliga a pensarlos en diversos planos con resultados de big-data y geolocalizaciones. ¿Convergencias o divergencias? ¿Hojaldres o dislocaciones? El caso local de *Rosario sangra* está en ese camino.

Nuestra propuesta para el ordenamiento de la práctica de usuari@s e investigadores, para poder manejar mejor la incertidumbre generada por la panmedia, es difundir la noción de *sistema de intercambio discursivo mediático*. Como se ve, no se trata de una novedad que no se venga reformulando en las ciencias sociales desde Marcel Mauss.

Que se enfoque en el sistema de intercambio quiere decir que, ante cada fenómeno textual que enfrentamos, conviene reconstruir el sistema en el que se ha producido y hacia dónde se dirige para completarse. Deben describirse diferenciadamente los dispositivos técnicos que constituyen su materialidad y buena parte de su sentido, el sistema genérico-estilístico en el que se inscribe, y los tipos modos de uso, comunicacional o no, que propone. Además, es muy importante registrar diferenciadamente diferentes funciones que se hacen presentes en los intercambios, entre ellas: reciprocidad, redundancia, presuposición, implicatura, interacción y enunciación. No hace falta para l@s usuari@s definir muy rigurosamente cada uno de estos niveles y funciones. A nosotros, en cambio, nos obliga a recorrer el largo camino previo de investigaciones sobre discursos y mediatizaciones.

Lo importante es, antes de concluir o responder, describir y reconstruir. ¿Es difícil? Sí, pero la incertidumbre frente a la complejidad desbordada es peor.



¿Se agotan así todos los fenómenos que hemos mencionado? Buena parte no, pero quedarán ordenados y situados contextualmente. Para utilizar una fórmula popular en este momento político: 'Con el sistema de intercambio no alcanza, pero sin el sistema de intercambio no se puede'.

Capítulo 5

Monstruos y plataformas del Dataceno

Joan Ramón Rodríguez-Amat

Sheffield Hallam University, Reino Unido

Hola a todxs. Estoy encantado, José Luis, de hablar después de ti, porque hay un par de cosas en las que me puedo enganchar, y otras de las que puedo salir huyendo, en el sentido más deportivo de la fórmula. Y me gusta esta idea de esquivar la noción de medios, y utilizar un concepto que nos ayude a evitar esa trampa conceptual en la que nos meteríamos si estudiáramos la radio online o la radio no online. También me gusta esta idea que propones de esquivar para encontrar lo que estábamos buscando, como un objeto en movimiento que nos rehúye mientras lo estamos intentando concebir y comprender. Para eso quisiera tener más tiempo después: para discutir, en este frente, sobre lo estadístico y cómo lo estadístico, de alguna forma, se queda atrás frente al Big Data; y cómo lo estadístico se queda a medio camino, cuando empezamos a hablar de máquinas que aprenden, del sistema de inteligencia artificial, de sistemas de recolección y de gestión y procesamiento de datos, que de alguna forma van más allá de lo que la estadística podría permitir. Aunque empiece en el mismo sitio el big data genera una cantidad de categorías enorme. Sin embargo, antes de llegar ahí, quisiera volver a donde más o menos tenía pensado empezar para encontrar un poquito de certeza, o de suelo. Así que me gustaría volver a la cuestión clave, fundamental si quieren, remota, e íntima, que es la cuestión política.

Si yo estudio algo que tiene que ver con los medios, de alguna forma, es porque he llegado a ellos; pero también es porque lo que me interesaba, era antes de estos medios; y era la cuestión política; y la cuestión política tiene que ver con lo que me va a llevar a la pregunta general que no voy a poder resolver aquí.

Así que, en primer lugar, muchas gracias por la invitación. He entrado así, un poco sin mirar atrás, disculpen. Muchas gracias, Sandra, muchas gracias a la gente del CIM por organizar esto que es muy muy interesante.

Me gustaría empezar con este pequeño texto de Marina Garcés que es una de mis filósofas favoritas. Garcés le escribió una carta a Jordi Cuixart en Abril de 2018 cuando entraba en prisión por haber intentado organizar un referéndum. Y ella le escribía para decirle, entre muchas otras cosas interesantes y amables y preciosas, las ganas que teníamos de decirnos.

“No callarem perquè tenim coses a dir-nos: moltes. Tenim ganas de dir-nos les ganas de viure, malgrat que ens condemnen a l'apocalipsi i al no-futur. Tenim ganas de dir-nos l'estima i l'afecte que ens tenim, malgrat que ens aboquin a la guerra de tots contra tots. Tenim ganas de dir-nos les històries que no ens han volgut explicar, malgrat la censura dels mitjans majoritaris i dels intel·lectuals a sou. Tenim ganas de dir-nos que sí que en sabem, de crear i de compartir, malgrat que ens obliguin a produir i a consumir. Tenim ganas de dir-nos totes les preguntes que no ens deixen fer. Preguntes radicals en forma de referèndum, de consulta, de rap, de vinyeta, de vers o de llibre de filosofia. Tenim moltes coses a dir-nos perquè el temps corre i no volem morir a poc a poc, calculant els costos i les pèrdues de l'angoixa. No tenim res a perdre, excepte la por” (Garcés, 2018).

Esto escribió Marina Garcés en 2018; y para mí señala justo la raíz de lo que me interesa estudiar y de lo que me preocupa en términos de investigación y en términos de trabajo. Esta idea fundamental de “tenemos ganas de decirnos” concentra todo el poder, toda la lucha contra el poder, toda la posibilidad de autogestionarse como comunidad, toda la posibilidad de organizarse en la interacción de lo social, y toda la posibilidad de trabajar en unos espacios comunes que son materiales, que son físicos, que son las infraestructuras, que son el territorio, que son las ciudades, que son los espacios marcados por las vallas en un

concierto, que son también los espacios de interacción, definidos por la interfaz de las plataformas de medios sociales, y de alguna forma son estos tres aspectos: la comunidad, la legitimidad que se construye desde una ley, y que es producto del hablar entre nosotros; y el lugar donde esta ley puede ocurrir. Entonces, si tenemos en cuenta estos principios que de alguna forma son los que articulan mi trabajo, mi preocupación académica; se entiende mejor esta idea de intentar esquivar los medios, como un lugar sólido y compacto, y se entiende que intente evitarlos para alcanzar una práctica social; para alcanzar una forma de dinámica, yo creo que profundamente política, y profundamente humana, que es vivir en grupo y organizarnos en grupo. Para ello tenemos que hablar. Y hablar y comunicarse se convierten en las formas fundamentales de la política, y de lo humano, y de lo social. Y para mí, este es el punto de partida.

Dicho esto, si entendemos este marco, cuando nos preguntamos sobre las plataformas, en seguida me viene la respuesta sobre lo que es la salida fácil, y a la vez la salida complicada: preguntarse si las plataformas son espacios que permiten estas tres cosas. Permiten la construcción de comunidad, permiten la construcción de una ley común propia para esta comunidad. ¿Puede esta comunidad autorregularse, con unas gramáticas propias? y ¿establece la plataforma unas pautas de materialidad en las que se circulará de unas determinadas formas? Para mí, la trampa fue que en una primera instancia nos creímos que sí, que las plataformas eran espacios para la creación de comunidades y espacios para la discusión / confrontación política -desde las que empujar nuevas leyes y nueva política. Y esta fue una trampa terrible, que, por allá en 2011, cuando ocupábamos Wall Street, y cuando nos hacíamos los indignados, por todas partes, y cuando justo algo después cuando en París se pasaban la noche en pie; y cuando todas estas movidas de lo social reclamando y utilizando a la vez esas plataformas, nos lo creíamos. Esta era una creencia que ya venía desde el Seattle 98, cuando se utilizaron estas mismas plataformas para construir revolución. De alguna forma, no nos dábamos cuenta, ilusos, de la paradoja en la que nos habíamos metido: las

plataformas pertenecen a alguien, las plataformas son lugares no neutrales que en realidad están altamente normatizados, altamente establecidos, altamente moderados, y además altamente vigilados; y desde esta operación de vigilancia es la que hay que analizarlas.

Porque las plataformas, de alguna forma, desactivan de manera preocupante todas las posibilidades que tenían; y dislocan lo social-político de “las ganas que tenemos de decirnos”. Las plataformas son espacios de complacencia, de conversación fática, en las que uno hace “like” para decir cosas, que al final no dice; y en última instancia, con este tipo de prácticas sólo se construyen más y más y más datos para que sean después interpretados, procesados, discutidos, y combinados con otros datos que al final, establecen nuevas pautas de comportamiento, y de anticipación. Para determinar lo que está permitido, lo que es normal.

Dicho esto, qué es lo que pasa cuando entramos en pandemia, pues nuestra vida social es mutilada por precisamente la entrada en masa en las plataformas digitales, en las que nos convertimos en generadores insaciables de datos, y perdemos todos estos espacios de comunidad, de conquista, de trabajo mutuo, de organización social, que habíamos conquistado. Esos espacios que eran las calles, las plazas, o los otros lugares; y ahí estoy viendo ahora mismo Anonymous Cataluña publicando en Twitter y en sus canales de Telegram sobre manifestaciones que no pueden ocurrir ahora mismo, en el centro de Barcelona. Son manifestaciones que la policía está vigilando. Actuaciones policiales que impiden y que retan y que no dejan que todos estos espacios de interacción social que para mí son fundamentales de lo humano, están controlados hasta el punto de que las manifestaciones no pueden ni ocurrir. Hay unas fotos aquí de la PlaCa de la Virreina en la que la gente intenta mantener distancia social a la vez que están intentando manifestarse; lo dejo aquí como como una especie de pérdida, como un reclamo primero, y después podemos hablar de posibles soluciones, y posibles vías de desarrollo y alternativas a este escenario.

Primera parte

Oyendo a Fausto Neto y el combate del que hablaba en el enfrentamiento entre los epidemiólogos y los políticos, y el juego de los discursos, yo creo que hay un enlace ahí -que me devuelve, o al menos me vuelve, a lo que estabas diciendo, Jose Luis, hace un momento, y que tiene que ver con todo este escenario de discusiones o de frentes abiertos. Y es cierto, dejo el frente abierto porque prefiero pensar que el objeto necesita ser definido en cada acción; no es algo que está ahí para que nosotros le demos un nombre, y se quede dentro del nombre que le hemos dado. Y en esta operación precisamente hay un coraje hacia lo móvil, y aceptarlo como móvil, y como complejo que creo que es fundamental en las ciencias sociales. Sin embargo, también tengo la sensación de profunda pérdida. De profunda pérdida de tiempo en relación con todo lo que se está hablando y discutiendo -no aquí- sino en las ciencias sociales, en general. Cuando nos damos cuenta de que la misma acción con la que te refieres a los políticos, que creen que tocando la guitarra van a conseguir votos o van a conseguir popularidad; pues tengo la misma sensación respecto a las ciencias sociales y es terrible. Terrible porque tengo la sensación de que mientras hay un saber construido en un modelo de estado, de infraestructuras universitarias en las que este saber está completamente integrado; de repente aparecen estos espacios de concentración de datos, que son datos que han generado ellos mismos, datos que procesan ellos mismos, procesos que pasan al margen de todo; y te das cuenta de que los políticos compran, buscan la forma de acceder a estos datos, para tomar decisiones. Precisamente Brexit pasó y se basó en una diferencia clave entre la cantidad de personas con perfil en 'Facebook' y una cantidad de personas que no estaban registradas para votar en Inglaterra en 2016. En esta diferencia se encontraba un grupo de gente que fueron los millones de votantes que dieron el sí al Brexit. La campaña fue directa a estas personas que de alguna forma se habían escapado a los registros censales tradicionales, y por supuesto, a la investigación sobre la intención de voto. Y de ahí voy a la cuestión epistemológica: el problema que había con la discusión sobre la estadística, ha ido

reapareciendo la cuestión fundamental de lo que es la estadística; y la estadística nació como producto de la figura del estado, para controlar, para gestionar la población del censo, la población ciudadana. Era una forma del estado para establecer todas estas estructuras, no de gestión, de organización, sino de control como espacio de lo político.

Bien, cuando nos damos cuenta de que la figura del estado no alcanza, de que las estructuras políticas no alcanzan, porque se presentan como interfaces caducas que es lo que estaba diciendo Scolari la semana pasada, que es lo que está apareciendo, cuando nos damos cuenta de que en lo político las calles ya no valen, las representaciones en los partidos no sirven; los políticos, en gestión, les preguntan a los epidemiólogos si tienen suerte; pero en realidad no son los que mejores datos tienen, porque los que tienen los datos de verdad son los que gestionan Facebook y nos ven interactuando y diciendo que tenemos fiebre o utilizando las apps de Google para decir si tenemos o no taquicardias.

En este proceso yo quiero creo que hay un desplazamiento epistémico -y que es hora de empezar a pensarlo y empezar a pensar, si debemos no anunciarlo ya- hacia un escenario de *dataceno* (si vamos a ponerle un nombre) en el que precisamente las estructuras de poder y las estructuras de saber se han desplazado del entorno tradicional del estado hacia unos espacios externos a los que no alcanzamos a llegar.

Entonces cuando vemos este escenario, y nos preguntamos otra vez qué pasa con nuestra conversación, qué pasa con lo político del gestionarnos a nosotros mismos, y respondemos dándonos cuenta de que en realidad nuestra conversación, aunque sea en Facebook y muy agitada, no deja de ser en Facebook y no tiene peso político otro que el que Facebook decida darle, entonces es cuando tenemos que empezar a darnos cuenta de que en algún momento, en algún lugar, se ha perdido algo profundamente humano, que es la politización de esta conversación, y de lo social.

Digo esto también porque has mencionado, Jose Luis, que Facebook en muchas formas se convirtió en internet; y esto lo decía Manovich hace ya unos años, se hablaba de la de “la *softwarization* de todo” (Manovich, 2013). Pues el sistema operativo Facebook es para mucha gente lo mismo que internet; pero en realidad Facebook es un parásito de internet. Facebook creció dentro y alrededor de internet, no es internet mismo, porque Facebook es un espacio privado. Internet era un espacio que en principio no era privado, que cuando se construyó, no se hizo para que se privatizara. Cuando pasa esto, estamos otra vez en el mismo lugar: se han perdido los espacios comunes, los espacios públicos, los espacios de interacción libre, para terminar, jugando como niños, dentro de un parque encerrado, protegidos por papá Facebook, que decide lo que debemos saber y lo que podemos hacer; y cuando esto pasa pues algo profundamente político también se nos va de las manos.

Segunda parte

No creo que veamos datos cuando encuentren la capa del *dataceno*. Lo que vamos a encontrar son infraestructuras de saber y de poder, y estas infraestructuras van a consistir en grandes almacenes de procesamiento de datos que van a pertenecer, que van a ser propiedad, de unas determinadas entidades que no son entidades gubernamentales reconocibles en el sistema político corriente. Vamos a encontrar infraestructuras de minerales, vamos a encontrar redes de cables submarinos, vamos a encontrar una multitud de antenas y teléfonos móviles que nos van a hablar de estos datos y de quién tenía la autoridad para interpretarlos, para generarlos, para almacenarlos y para procesarlos; y se verá que estas autoridades no son las mismas que las que había cuando en la época de la estadística había archivos nacionales, museos nacionales, y teatros nacionales. Lo que quiero decir con lo del *dataceno* tiene que ver con esto: los datos no dejan de ser impulsos eléctricos o impulsos electrónicos rebotados por grandes imanes; la cuestión es que este escenario desplaza el saber del lugar donde lo buscábamos; y cuando desplaza

el saber del lugar donde lo buscábamos lo único que nos pasa es que estamos trabajando en círculos intentando utilizar viejas teorías para entender algo que ya no está donde lo estábamos buscando; y este es mi punto de partida, es decir, lo que necesitamos en este momento tiene que ver con abrir este nuevo espacio de pensamiento en el cual discutir el *dataceno* (es que no quiero llamarlo el *dataceno* porque no quiero ni apropiarme de él) pero lo que tenemos que ver es cómo esta infraestructura de saberes, de poderes, de redes de conocimiento, de alguna forma hacen la doble operación: desplazan los modelos anteriores y a la vez instaura un sistema de regulación, un sistema de comportamiento, un sistema de entendimiento, y lo hacen porque hay una autoridad que puede traducir: que decide lo que es dato, y lo que no es dato; decide en qué se datifica un determinado gesto, y en que no hace falta mantenerlo o conservarlo; decide las categorías de nuestra ficción, decide nuestras categorías de población y de organización social; decide nuestras formas de categorizarnos en grupos, o en comunidades, o en territorios, porque hace nuevos mapas, hacen nuevos grupos, hacen nuevas audiencias, hacen nuevos sistemas de reconocimiento, de entendimiento del mundo. Lo que tenemos que hacer es intentar entender esos escenarios, no como viejos reflejo de un sistema estadístico que era cuando menos insuficiente. Aquí Carlos está llamando la atención, y yo me callo.

Sí, cierro; bueno, cierro, al menos cierro mi recorrido, al menos, para dar cancha, es cierto, con lo de los monstruos, es cierto, con donde la reificación de la que hablaba Carlos, el monstruo de los grandes grupos comunicativos de los que habla Fernández; y no lo discuto, al contrario, estoy de acuerdo. Y es precisamente allí donde -como académicos, como pensadores, como escritores, como analistas, como empíricos-, tenemos que buscar el espacio de negociación. En última instancia, vamos a seguir conquistando lo mismo que pasaba en Barcelona hace un momento cuando había estas manifestaciones que estaban hipercontroladas por la policía y que venían ahora mismo -estoy hablando de hace media hora-, la gente salió a los balcones a dar con los botes y las ollas, y de alguna forma ahí sigue

habiendo las ganas de decirnos, en última instancia; y creo que es nuestra función, nuestro rol. Nuestro esfuerzo tiene que ir precisamente en conquistar estos espacios. Entonces, cada vez que cerramos el pensamiento porque de alguna forma nos acomodamos, a desmarcarnos de lo Big Data, a desmarcarnos de este rol de las plataformas, obviando este rol que tienen en convertirse en controladoras sociales, este juego que tienen las plataformas en inutilizar a nuestros políticos, al despolitizarlos porque estábamos hablando de Bolsonaro, estábamos hablando de Argentina y de la mediatización de la política, pero es que es como si estuviéramos hablando de Boris Johnson que no fue a los meetings de COBRA hasta que pasaron 4, y hasta que todo dios estaba contaminado, y era demasiado tarde. Este mismo desprecio a los de epidemiólogos, este mismo desprecio a lo científico, lo hemos visto en estas figuras que *desrepresentan* lo político, *desrepresentándolo*, vaciándolo, y funcionando como seres dataficados, si quieren, seres despolitizados; porque han entrado precisamente en este juego. Entonces creo que como académicos no podemos señalar al monstruo y volver a lo que hacíamos, tenemos que señalar algún otro yo, para enfrentarlos tenemos que mirarle a los ojos, tenemos que mirar sus formas de calcular sus pesos y sus dimensiones, y creo que estamos en el momento de hacerlo y reconocer este proceso de récords de recolección de datos y cómo este juego de colección, de gestión de gobierno, nos está dejando de lado, cómo los estados dejaron a las minorías étnicas, cómo los estados dejaron a las minorías poblacionales, y cómo las estrategias de colonización... estoy ahí abriendo un espacio de lucha porque éste es otra vez el lugar en el que estamos intentando, y tenemos muchas ganas de decirnos cosas y hacer las cosas distintas, y para eso lo primero es darse cuenta de que Facebook está parasitando la política; Facebook y tantas otras plataformas están despolitizando los espacios comunitarios, y esto respondiendo a Helmut que está hablando y que está escribiendo, y me preguntan de las plataformas... pues yo lo que haría es leer a Nick Couldry (Couldry & Mejias, 2018), acaba de publicar (Couldry & Mejias, 2019) un libro con Ulises Mejías que es un profesor en la universidad de Nueva York, y ambos están escribiendo sobre el

colonialismo de datos por ejemplo y así. Quiero dar gracias a todos, es muy interesante.

Referencias

Couldry, N., & Mejias, U. (2018). Data Colonialism: Rethinking Big Data's Relation to the Contemporary Subject. *New Media Television*.
<https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/1527476418796632>

Couldry, N., & Mejias, U.A. (2019). *Couldry, N: Costs of Connection*. Stanford Univ Pr.

Garces, M. (2018, abril). Carta de Marina Garcés a Jordi Cuixart: "Res a perdre excepte la por" [Cultural Association]. Òmnium Cultural.
<https://www.omnium.cat/ca/carta-de-marina-garces-a-jordi-cuixart-res-a-perdre-excepte-la-por/>

Manovich, L. (2013). *Software Takes Command*. Bloomsbury Academic.

Capítulo 6

Trajetórias discursivas do Coronavírus

Antônio Fausto Neto

UNISINOS - CISECO, Brasil

A. Introdução

Nas últimas décadas do século passado, irrompia no tecido social a AIDS, cuja disseminação deixou suas marcas não apenas no corpo dos indivíduos, inscrevendo-se também na própria organização social. Seu “modo de existência” manifestava-se através de trabalho significativo dos `mass medias` destacando-se como “elos de contato” entre instituições e os atores sociais. A natureza da mediação da AIDS por parte de processos midiáticos lhe conferiu a condição de uma “doença da atualidade” (Fausto Neto, 1999).

Trinta anos após, e em um cenário de midiatização em processo, desponta o Coronavírus, disseminando-se segundo trajetória planetária. Permeia o tecido social através de complexos entrelaçamentos de circuitos e de acoplamentos discursivos de sistemas sociais. Ao mesmo em que seus rastros se manifestam através de marcas sobre milhares de vítimas, circulam segundo sentidos enunciados segundo os discursos sociais diversos.

Examinamos a sua circulação do corona vírus no contexto brasileiro, segundo o funcionamento de discursos (político, saúde, jurídico e midiático) nos quatro primeiros meses de sua ocorrência. Nosso objetivo é recuperar algumas marcas sobre discursos em embates que se travam em um cenário de interpenetrações de sistemas sociais (Fausto Neto, 2016).

O discurso médico-sanitário lança instruções de contenção que enfatizam o isolamento social, restringindo a circulação dos indivíduos. O discurso político

combate esta diretriz por entender que, além de ser ameaça para atividade econômica, distancia as pessoas dos assédios de suas mensagens exortativas. Disputas entre discursos se dão em um cenário de mediação no qual práticas comunicacionais operam como co-gestoras de circulação de sentidos sobre o vírus. Inclusive, aquelas enunciadas pelo sistema jurídico com objetivo de regular interpenetrações de discursos, especialmente em circunstâncias de conflito.

B. Discursos em cooperação

O discurso médico-sanitário é fonte do desencadeamento de discursos que se contrapõem ao discurso de combate, de natureza anti-instituição, enunciado por uma modalidade de discurso político que se dissemina desde as eleições de 2018 aos tempos atuais. No contexto das manifestações do corona vírus, o discurso médico-sanitário se enuncia através de apelos de cooperação entre saberes, práticas sistêmicas interpenetrantes.

Intercâmbios entre atores, especialistas de vários campos, vão além de consultórios e laboratórios específicos, ensejando mistura de saberes, gerando novos modos de relatos sobre o vírus. Conexões entre saberes proporcionaram diálogos de diversas naturezas, exibindo conhecimentos de várias referências visando combater o vírus.

Enunciações de várias medias se somam às narratividades das políticas sanitárias. Suas vozes e suas gramáticas misturam-se aos diversos “lugares de falas”: saúde, enfermagem, educação, serviço social, pedagogia, música etc. Ocorrem transformações nas rotinas radiais, televisivas, jornalísticas, digitais, gerando novas possibilidades de “caçada ao vírus”, segundo a circulação de “palavras flutuantes” que, possivelmente, jamais se “acoplariam” noutras circunstâncias. Se, de um lado, segmentos da população têm desrespeitado normas pró-isolamento (cujas causas merecem ser estudadas), por outro, muitos coletivos têm participado de experimentações comunicacionais que dão voz a diferentes atores que, segundo “saberes próprios”, compartilham saberes sobre a pandemia. Muitos imaginários se expressam e se visibilizam de diferentes maneiras, irrompendo em circuitos de

mediatização, ensejando novas articulações entre produtores e receptores de mensagens. Nas filas de pessoas que se aglomeram à busca de serviços essenciais (médicos, hospitalares, financeiros etc.) difunde-se mensagens sobre o Coronavírus. Nas mídias populares narradores dos antigos e novos *pliegos sueltos*, vendidos nas feiras populares de cidades longínquas, circulam folhetos, em forma de poesia, relatando o “Coronavírus”, em convergência com lógicas e gramáticas das populações rurais. Profissionais da saúde se valem também desta modalidade de comunicação para compartilhar instruções de combate ao vírus (Coronavírus em Cordel - Anna Karolynne, Poetisa e Enfermeira).

C. Discurso de combate

O principal concorrente ao discurso médico-sanitário, é o discurso de combate, enunciado através de falas presidenciais. Destaca-se, pelo seu caráter exortativo enunciando “palavras de ordem”, dirigidas aos seus seguidores, mas que vão além deste “mercado discursivo”, uma vez que tem como alvo diversos discursos mediacionais (jornalístico, médico, jurídico). A enunciação presidencial menospreza mídias “tradicionais” jornalísticas e concentra nas redes digitais suas formas de comunicação com a sociedade. Tira de cena seu “porta voz” como instância de mediação, e ingressa pessoalmente, nas redes. E com aplicativos a tiracolo, faz trajetórias buscando contato direto com os atores sociais. Ignora prescrições sanitárias, sai sem máscaras pelas ruas, ingressa em lanchonetes, padarias e farmácias, disputa abraços e fotos com o “homem ordinário”; sobrevoa, ainda, via helicópteros, manifestações, em seu favor. E neste rápido e fugaz corpo-a-corpo que põe em marcha seu combate anti-vírus, o qual, antes de tudo, é uma modalidade de “estratégia de contato” direto com seus coletivos, etc.

A meta do presidente ao buscar meios para não perder o contato com as ruas, maximiza as redes para desenvolver sua prédica contra os discursos pró isolamento social. E por isso se vale, também, do Twitter para mediatizar sua mensagem. Esta se vale de argumentos que se expressam através de retórica belicista, dirigida aos

seguidores e pretensos adversários. Mas as estratégias de combate ao discurso médico-sanitário se fazem também além das redes, através de dispositivo físico nomeado como “cercadinho”. Trata-se de espaço reservado, nas imediações do palácio presidencial, onde recebe saudações de seguidores, mas também trava complexo contato com jornalistas, segundo declarações enunciadas em tom ironia e de agressividade.

D. A retórica do “Discurso de combate”

Abaixo, destacamos fragmentos de falas do presidente extraídos do contexto de entrevistas concedidas no contexto destes quatro meses de trajetória do vírus.

1. Já nos primeiros dias de circulação do vírus, o presidente em discurso de caráter denegativo, relativa o seu potencial, discordando dos discursos midiático e sanitário: “A questão do Corona não é isso tudo que a mídia propaga (...)” (FSP, 10/03/2020);
2. A titulação universitária do diretor da OMS é por ele questionada: “O pessoal fala tanto de seguir a OMS... O diretor presidente da OMS não é médico” (BBC 23/04/2020);
3. Ataca a modalidade de isolamento defendida pela OMS: “O mal que teremos com o isolamento horizontal será muito maior do que o mal que teremos com o vírus” (FSP, 25/03/2020);
4. De modo avaliativo, comenta fechamento de serviços: “Muita gente, para dar satisfação ao seu eleitorado, toma providências absurdas. Fechando shopping, tem gente que quer fechar a igreja, que é o último refúgio das pessoas” (FSP, 26/03/2020);
5. Nomeia o vírus segundo várias designações: “é uma pequena crise que, no meu entender, é muito mais fantasia (...)” (Terra, 10/03/2020) (...) “Depois da facada não vai ser uma gripezinha que vai me derrubar não, tá ok?” (Terra, 20/03/2020);

6. Elege e anuncia seus adversários: “Brevemente, o povo saberá que foi enganado, né, por esses governadores e por grande parte da mídia nessa questão do Coronavírus” (Terra, 22/03/2020);
7. Coloca-se no centro dos efeitos do Coronavírus: “Já pensou que prato feito para a imprensa se eu tivesse infectado. Não estou. É minha palavra. A minha palavra vale mais do que um pedaço de papel (...) Não mentiria para o povo brasileiro. Mas não estou acometido. Acho que há (...) ingerência desproporcional na vida do ser humano” (BBC, 26/03/2020, 1º/04/2020);
8. Prediz efeitos do vírus: “parece que está começando a ir embora a questão do vírus. Mas tá chegando e batendo forte o desemprego” (Terra, 12/04/2020);
9. Denega seu lugar de responsabilidade sobre elevação dos índices de mortes: “Ah, ô cara, quem fala de... eu não sou coveiro, tá? Não sou coveiro” (Terra, 20/04/2020). E ironiza o destino das vítimas: “E daí? Lamento. Quer que eu faça o quê? Eu sou Messias, mas não faço milagre” (Terra, 28/04/2020);
10. Naturaliza os índices e “psicologiza” formas de enfrentamento: “Essa é uma realidade, o vírus tá aí. Vamos ter que enfrentá-lo, mas enfrentar como homem (...) Não como um moleque. Vamos enfrentar o vírus com realidade. É a vida, todos nós iremos morrer um dia” (Globo/G1, 20/04/2020);

Explica o afastamento do ministro da Saúde: “minha visão tem que ser mais ampla, dos riscos maiores. Eu tenho o dever de decidir, não posso me omitir,

1. Tenho que buscar aquilo que o povo que acreditou em mim quer” (Valor Econômico, 17/04/2020);
2. Ataca pergunta de jornalista, em tom injuntivo e os efeitos de sua enunciação, vão além da fronteira linguística: “Cala a boca! Cala a boca!” (FSP, 10/05/2020).
3. Ataca a enunciação de jornalista, como modo de evitar resposta: “A pergunta é tão idiota que não vou responder” (FSP, 29/04/2020);

4. Esquiva-se de resposta e direciona pergunta para outro destinatário: “A imprensa tem que perguntar ao Dória porque mais gente está perdendo a vida em São Paulo. Não adianta a imprensa botar tudo na minha conta” (FSP, 29/04/2020);
5. Coloca-se como o “*expert*” que vai decidir sobre uso de medicamento para tratar pacientes: “Estou exigindo a questão da cloroquina agora também. Se o Conselho Federal de Medicina decidir que pode usar cloroquina desde os primeiros sintomas, por que o Governo Federal, via ministro da Saúde, vai dizer que isso só em caso grave? Eu sou o comandante, presidente da República, para decidir, quando chegar para qualquer ministro e falar o que está acontecendo. E a regra é essa” (Terra, 14/05/2020);

Inferências

A queda de dois ministros da saúde transforma políticas sanitárias de combate aos vírus, que vinham sendo fonte de conflito com o discurso político. Abandona-se foco de compartilhamentos de conhecimentos, e o ministério da saúde elege como orientação, ênfase na logística. Em convergência com esta orientação, tentou mudar política de tratamento de dados (sobre enfermos e óbitos), mas por determinação judicial é obrigado a retomar emissão de boletins sobre ocorrência de casos, segundo a metodologia que abandonara, por alguns dias. Um vazio momentâneo do sistema faz com que “consórcio de mídias”, além da noticiabilidade, se responsabilize com a gestão de coleta e de circulação de dados.

Nos rol dos efeitos das mudanças, registre-se fracasso da única ação sanitária voltada para testagem de casos, junto a população. Ministério da Saúde é indiferente à missão ao não prevenir os gestores sobre sua realização. No mesmo contexto, mensagem falsa é veiculada por redes sociais, advertindo as “populações-alvo” do teste para não abrirem suas residências a pessoas suspeitas que se apresentariam como os aplicadores das teses. Mesmo apresentando credenciais e

insumos para a missão, ao chegarem aos locais os técnicos são impedidos de executá-la. Pressionados pelos poderes locais, técnicos são submetidos a interrogatórios e seus equipamentos são recolhidos.

O discurso de combate inclui em sua metodologia ações fiscalizatórias. O presidente exorta seus seguidores para exercer funções de fiscais em hospitais onde pacientes estão sendo tratados. Mas, se eles não fossem posteriormente contidos por ações judiciais, deveriam capturar imagens dos hospitais, pois segundo o presidente “Muita gente tem feito isso, mas gente, tem que fazer para mostrar os leitos ocupados ou não. Se os gastos são compatíveis ou não, isso ajuda. Tudo que chega para mim pelas redes sociais, a gente faz um filtro e encaminha para Polícia Federal ou ABIN” (Nexo/O GLOBO 11/06/2020).

“Coletivos” ensaiam conter o périplo combatente, tentando situar o presidente em contexto de diálogo. Uma mulher, ex-militante bolsonarista, aproveita ocasião em que seguidores são por eles recebidos, dirigindo-lhe a palavra: “Eu estou aqui fazendo cartazinhos só com números para o senhor ver. Por que não são 38 mil de estatísticas, são 38 mil famílias que estão morrendo nesse momento. São 38 mil pessoas que estão chorando”, diz a mulher. “Eu vim aqui de todo coração. Eu sinto que o senhor traiu a população (...). A população morrendo e o senhor me ignorando (...)”. O presidente reage: “Se você queria falar, saia daqui, que você foi ouvida. Cobre seu governador. Saia daqui” (Yahoo Notícias, 10/06).

O presidente ouve o apelo da mulher, mas rompe com o protocolo por ela tentado, exortando-a, em tom imperativo, que ela se retirasse do ambiente. Falas s colaterais vindas dos atores sociais, não cabe nestes circuitos sensíveis, apenas, aos rituais de exortações. Não estão preparados para escuta e compreensão de discursos de demandas, por parte dos coletivos. Ações comunicacionais não estão em simetrias porque são diferentes os fundamentos em que se sustentam. A voz da mulher pede escuta e busca adesão do presidente, mas dele recebe “instruções” para abandonar o diálogo, sob alegativa de não ser ele o destinatário de sua demanda. Mais que

isso, o presidente diz para ela ser outro o destino, pois ali se cristaliza o discurso de combate.

Prevalece a voz do comandante que põe o corona vírus adiante, segundo suas rota e gramática. Após cem dias de sua eclosão, mais de 50 mil mortos na metade de junho. O vírus segue cercando nosso destino. “É vida que segue! Todos iremos morrer um dia” – o presidente já havia anunciado.

Referencias bibliograficas

Fausto Neto, A. (1999). *Comunicação & Mídia Impressa*. Estudo sobre a AIDS. São Paulo: Hacker.

Fausto Neto, A. (2008). “Fragmentos de uma “analítica da midiatização”, n.2. p. 89-105. São Paulo: Matrizes.

Fausto Neto, A. (2015). “Pisando no solo da midiatização”. In. SAAGUA, João; CÁDIMA, Rui Francisco (orgs.). *Comunicação e Linguagem, novas convergências*, p. 235-254. Portugal: FCSH, Universidade Nova de Lisboa.

Fausto Neto, A. (2016). Da convergência/divergência à interpenetração. In. Miége (et al. orgs). *Operações de midiatização: das máscaras da convergência às críticas ao tecnodeterminismo*. Santa Maria: UFSM.

Gomes, P. G. (2017). Dos meios à midiatização: um conceito em evolução. São Leopoldo: UNISINOS.

Luhmann, N. (2008). *Introdução à teoria dos Sistemas*. Petrópolis: Vozes.

Luhmann, N. (2015). *Teoria dos Sistemas na prática*. V. 1 e 2. Petrópolis: Vozes.

Verón, E. (1994). “Mediatización, comunicación política y mutaciones de la democracia”. In *Semiosfera*. Humanidades-tecnol: Universidad Carlos III de Madrid,

n. 2, Pp. 5-36. Espanha: Instituto de Humanidades y Comunicación “Miguel de Unamuno”.

Verón, E. (2013). *Semiosis Social 2. Ideas, momentos, interpretantes*. Buenos Aires: Paidós.

Verón, E. (1987). “La palavra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”. In Verón (et al.) *El discurso político: lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

Chat correspondiente a la Sección 2

Fernández J.L., Rodríguez-Amat, Fausto Neto

Mabel González: "Hojaldrado" ¡qué bonita metáfora para la complejidad!

Silvia Pampi: Hojaldrado... término que se usó a mediados de los 90 para estudios de la urbanidad.

Natalia Raimondo Anselmino: La idea de enunciación hojaldrada está también evocada por Metz en los 60.

Jimena Jáuregui: Sobre los expertos, en UK las primeras conferencias las dieron Boris con el asesor médico y el asesor científico (antes de que se contagiaran los dos primeros).

Planet Mab: Exacto, mucho de lo que se habla acá me hace eco con mi lectura de Latour, justo estoy revisando Reassembling the social, dejar de que se perciba lo social como un desván al cual van a parar todas las preguntas que no se pueden contestar desde los otros discursos. Ahora más que nunca, debemos mostrarle al mundo que lo social es justamente esas relaciones en estos sistemas repletos de complejidad e incertidumbre, que se han hecho tan evidentes con la pandemia.

Gastón Cingolani: Pregunta para José Luis Fernández: ¿vos decís que la mezcla de niveles de discursos es propio de las redes, o ahora se hace visible?

María Elena Bitonte: Sumo a la pregunta de Gastón sobre la mezcla de niveles para José Luis Fernández: ¿hojaldre o interpenetración?

Emiliano Vargas: No hay que olvidar que una parte importante de los datos que se producen para el big data son elaborados en base a categorías semánticas elaboradas por nativos.



Helmunth Torres Contreras: Claro, se redistribuye el espacio digital y se construyen hegemonías desde ahí.

SECCIÓN 3
NARRATIVAS Y METÁFORAS
EN *PANMEDIA*

Capítulo 7

El fracaso de las metáforas. Una narrativa metonímica de la pandemia

Gastón Cingolani¹

UNLP - UNA, Argentina

Una pandemia es un gran mal del contacto. Sin embargo, seguimos hablando de metáforas y esperando la ficción...

Es difícil no compartir [algunos análisis](#)² que señalan con sorpresa que la humanidad se haya quedado estupefacta frente a la catástrofe de escala global, considerando los diagnósticos, narrativas y metáforas que han venido anticipando que algo de esto podía suceder. Y aun así, ¿qué decir?, ¿qué se dice?, ¿qué metáforas y narrativas se ponen en juego?, ¿de qué puede ser síntoma el vacío balbuceante que nos rodea? Luego de una observación difícil de organizar (el “corpus” de materiales nos rodea, la realidad de la pandemia-distanciamiento-confinamiento nos envuelve, inunda, abraza, sin que podamos salir de ella para plantar un punto de vista externo, aunque sea artificioso), una primera evidencia, quizás demasiado obvia para ser tenida en cuenta, podría ser que pese a las anticipaciones cinematográficas o ficcionales, y a los dichos de algunos gobernantes ([Macrón](#), [Fernández](#), [Trump](#), [Merkel](#)), [intelectuales](#)³ y opinadores, no se consolidó una metáfora. Repasando los comentarios iniciales sobre la crisis, tan pronto tomaron posiciones políticas sobre las medidas gubernamentales y sus impactos a futuro, esas mismas manos -ávidas

¹ Una versión de este trabajo se envió para publicarse en [co-vies20](#). Agradezco la gentileza y los comentarios de Mariano Fernández para la preparación de la versión escrita de la exposición.

² Se destaca sobre este punto el artículo de Valdetaro, S. “El virus es el mensaje” en el libro [El futuro después del Covid-19](#).

³ El oportuno compilado [Sopa de Wuhan](#) nos trajo las tempranas semblanzas de los intelectuales de moda.

de otras descripciones- dejaron caer las metáforas para formular futuros de escala histórica, o simple impresiones sobre la inmediatez. La variación entre la [metáfora bélica](#) ("[estamos en una guerra contra un enemigo invisible](#)") y la de la catástrofe natural ([el Papa habló de una tormenta que nos sorprende en el mar](#)), en este caso parece evidenciar menos una grieta político-hermenéutica⁴ que una dificultad para la identificación de lo que está sucediendo. Tal vez allí encontremos parte de la estupefacción o la sorpresa.

Lo siguiente que quiero señalar es que, entre las metáforas que se alternaron, aparece una oposición mal planteada, si se piensa que la metáfora bélica corresponde a lo social y la de la catástrofe a lo natural. Está claro que la colonización de una especie por parte de un virus funciona al mismo tiempo como un proceso biológico (su posibilidad fisiológica de reproducirse en cuerpos como el humano) combinado con otro proceso también biológico (aprovechar la capacidad asociativa de la humanidad, que es la especie macroscópica de mayor crecimiento poblacional en los últimos cien años con máxima dependencia de su socialidad). De ahí que, ante la falta de elementos para evitar la propagación del virus en el marco de lo fisiológico, su evitación se produce en el marco de la sociabilización. Así, hemos reducido abruptamente nuestras acciones acostumbradas de reunirnos, convivir, interactuar, cooperar cara a cara, cuerpo a cuerpo. Ni una guerra ni una tormenta tienen que ver con esto.

Quiero llegar a este punto: el fracaso de la metaforización evidencia que lo que sucede es primordialmente metonímico.

⁴ Se dieron debates y publicaron trabajos sobre las inconveniencias de tratar esto en términos de metáforas, sobre todo las bélicas: Lecercle, J.-J. [Interpellation en temps de guerre](#), Saussure, L. de "[C'est la guerre!](#)", Meretoja, H. [Stop narrating the pandemic as a story of war](#), Salerno, P. y otros en el encuentro virtual [¿Por qué no debemos hablar de guerra cuando hablamos de la COVID-19?](#).

La metonimia (viene bien refrescarlo) es la figura por la cual algo cobra sentido no por sustitución a partir de comparar implícitamente algunos rasgos entre lo sustituido y lo sustituyente (así trabaja la metáfora), sino por relaciones de proximidad, de contigüidad, de encadenamientos en los que cada eslabón se conecta con otro y este a su vez con otro, y así siempre por contacto. *¡Una pandemia es un gran mal del contacto!*

Pan, total; *demos*, pueblo. Si una dimensión del pueblo se constituye por analogías o metáforas (más o menos ficcionales o épicas), hay otra no menos importante que se constituye por contacto, por los lazos. Este mal accede, se expande y vive del contacto, de la asociación. Este mal toca al lazo social, está afectando a la sociedad en su condición conectiva, metonímica, de lo colectivo.

Voy a marcar dos -tal vez tres- síntomas que se perciben en los medios (de Argentina pero probablemente también de otros países) sobre la configuración metonímica de la realidad pandémica. Por una parte asistimos diariamente al crecimiento exponencial de las cámaras hogareñas: las personas trabajan, comercian, dan y toman clases, consultan médicos, toman declaraciones judiciales, asisten a su psicoterapeuta, celebran cumpleaños, defienden sus tesis, sesionan como cuerpos colegiados, hacen todo eso conjugando cámaras hogareñas. Mientras el espacio público (urbano y mediático) queda vaciado o raleado, las cámaras apuntan y mediatizan los cuerpos y espacios domésticos, privados, ocupando la mayor parte del tiempo tanto en los medios tradicionales como en las redes. Todavía es un lenguaje poco trabajado; lo poco poético que aparece se aprecia más como una falta de dominio sobre la dimensión audiovisual del empleo del dispositivo que como una apuesta enunciativa: ojos que no aciertan a mirar a cámara, fondos estáticos que son metonimias de cuerpos contextualizados y escoltados por fotografías familiares, espacios amueblados, iluminaciones más o menos convenientes, estantes con libros u objetos; cuerpos dinámicos que subrepticamente saltan o irrumpen o hacen ruido fuera de contexto paradójicamente en su contexto. Todo metonimia. Como contracampo, los comercios, las calles, el tránsito, los edificios

públicos, con poca gente y muchos tapabocas. Los espacios físicos, soportes habituales del contacto cara a cara, muestran el vacío y las interrupciones de esas cadenas metonímicas. La metonimia está mediatizada como agregado de fragmentos, el lazo metonímico está transpuesto a esas conjugaciones de seres captados por sus propias cámaras, y las pantallas son escenarios como daderos de rostros parlantes. No es un contacto intercorpóreo: es una yuxtaposición aplanada de caras y voces.

Un segundo síntoma es el aumento de concentración de la atención alcanzada por ciertos tipos de discursos, los discursos no-ficcionales: periodísticos, gubernamentales y el retorno de lo científico. La atmósfera social (no la privada) que nos envuelve estuvo, sobre todo en los primeros días y semanas, atrayendo la atención hacia lo informativo por encima de lo habitual. A la incertidumbre se la combate con no-ficción. ¿Cómo construyeron estos discursos lo que estaba sucediendo?

Esto nos lleva a la cuestión de la narrativa. Esta crisis quizás sorprendió porque el vacío metafórico se complementa con el hecho de que no acertamos la clave narrativa que cifraba este posible presente (quizás ambas son parte de una y la misma reacción semiótica).

Al menos en Argentina, la narrativa se hizo por secuencia y conjugación de fragmentos entre múltiples voces desde múltiples espacios privados, con los espacios públicos como contracampo. Cuando uno piensa en narrativas a veces se limita a pensar metafóricamente. Así di con la dificultad de hallar cuál era la clave metafórica en la que estaba resonando el ambiente general. ¿Debemos asumir que estamos en una guerra, como insinuaron algunos al principio? ¿Estamos sufriendo una catástrofe natural repentina? Si bien es cierto que desde la guerra en el golfo pérsico casi no hemos testimoniado la mediatización audiovisual de las guerras, lo que se estuvo representando en los medios desde el inicio de la pandemia es algo así como lo irrepresentado o irrepresentable. Es evidente que la narrativa no es la

de una noticia y menos aún una película de guerra. Tampoco frente al cine catástrofe. En el [cine catástrofe](#) como en la pintura romántica⁵, vemos representada, siempre en segundo plano, la pequeñez humana, la debilidad de nuestro ser frente a la inmensidad de la naturaleza. Tampoco frente al cine catástrofe. En el [cine catástrofe](#) como en la pintura romántica⁶, vemos representada, siempre en segundo plano, la pequeñez humana, la debilidad de nuestro ser frente a la inmensidad de la naturaleza. Tampoco es cine de terror. Lo ominoso, pero sobre todo lo sublime, que protagoniza todas esas representaciones, aquí no tuvo espacio: no vemos ni lo ominoso ni lo sublime. No vemos cuerpos, ni heridas, ni escenas desgarradoras porque no hay ni lo desgarrador ni lo desgarrado... Vemos interiores de casas, ciudades semi vacías, animales con timidez retomando posiciones, y escenas limpias. Entonces, ese vacío se llena de incertidumbre. La incerteza domina porque llena y enlaza los espacios vacíos.

¿Qué hay entonces, si hay vacío? Lo que hay se asume con resignación, se presume, se intuye, se teme... es pura probabilidad acechando no se sabe ni se ve dónde.

El temor invisible, en el cine tuvo un género: no es justamente ni el terror, ni el cine catástrofe, ni el cine de guerra... Algunos paralelismos se han hecho con ciertas narrativas de las distopías tecnológicas de ciencia ficción (Black Mirror). Sin embargo, la clave es un género de la metonimia: el suspenso. Todo está postergado, diferido, pero acechando, inminente. No hay más que síntomas o sospechas, metonimias que encadenan las acciones, las invaden, transformando el ambiente en otra cosa, ahora presuntamente tomado por la causa sospechosa. Pero no está clara esa fuente. No se sabe cómo es, qué es, dónde está. Hasta tal punto que la ignorancia produce el tema. El tema es la ignorancia.

⁵ [El monje frente al mar](#) (C. D. Friedrich, 1809), [La balsa de la Medusa](#) (Th. Géricault, 1819), [El mar de hielo](#) (C.D. Friedrich, 1824), [Snow Storm: Steam-Boat off a Harbour's Mouth](#) (J.M.W. Turner, 1842).

⁶ [El monje frente al mar](#) (C. D. Friedrich, 1809), [La balsa de la Medusa](#) (Th. Géricault, 1819), [El mar de hielo](#) (C.D. Friedrich, 1824), [Snow Storm: Steam-Boat off a Harbour's Mouth](#) (J.M.W. Turner, 1842).

Los medios tradicionales ofrecen suspenso: el enemigo no solo no es perceptible, sino que además la distancia narrativa es equivalente a la de la novela psicológica o al del suspenso cinematográfico: personaje y espectador saben lo mismo. En el terror o en la catástrofe, el acecho del enemigo es antes conocido por el espectador que por el personaje. En el suspenso la identificación con el personaje es creciente hasta hacerse plena. Y luego llega al punto que se empieza a revertir: uno termina adoptando la duda del personaje acerca de si la amenaza es externa o reside solo en la imaginación (la del personaje o la mía), y la angustia me ha tomado, justo allí donde el film o la novela en definitiva no ofrece ya más dudas porque está prescrita. Esa es la ficción que nos viene ofreciendo la modernidad desde hace mucho: todos los problemas tienen solución⁷ Sin embargo: no es ficción, es metonimia. Es la pregunta/reclamo que la periodista S. Mercado le hizo [el sábado 23 de mayo](#) al Presidente argentino A. Fernández sobre la angustia, y la respuesta de éste sobre la base de una carencia estatal de solución. Y entonces la amenaza cobra otro estado: ¿cuál es la amenaza: es el virus, es la pandemia como consecuencia del virus, es mi vecino de edificio o de pasillo, es mi familiar que salió a hacer compras, es el confinamiento, es la falta de remedio o vacuna, son las nuevas reglas, es la “nueva normalidad” (no se sabe en qué consiste pero ya es “normal”), es el desconocer lo que sucederá después, es desconocer si habrá un después? La amenaza va cambiando de escala y no es lo mismo que al principio. De modo que si al inicio el conflicto *parece* mitológico (tal como lo tipifica Todorov⁸ en “Los dos principios del relato”), nos requiere luchar contra un enemigo, necesitamos un héroe, luego se torna en *ideológico*, es decir, revierte sobre el propio sistema de ideas que me hago de las cosas para poder digerir lo que sucede, y yo (personaje y espectador al mismo tiempo) debo aceptar la transformación para no ser devorado. Finalmente el relato

⁷ Beck, U., “La sociedad del riesgo”, en A. Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann, U. Beck, *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona: Anthropos, 2002.

⁸ Todorov, T., “Los dos principios del relato”, en *Los géneros del discurso*, Caracas: Monte Avila, 1978.

se constituye en *gnoseológico*: no sé qué sucede, entonces el motor narrativo es la angustia de no saber y su antídoto es averiguar la respuesta.

¿Y a dónde vamos a buscar desesperadamente la respuesta? A los medios y discursos informativos. El periodístico tiene el dispositivo primordial, pivotea y cede la voz al científico y al gubernamental. Todos ellos son discursos no ficcionales, es decir, metonímicos: lo que digan afectará mi vida⁹. No producen una alegoría sobre lo que me pasa, sino que forman parte de lo que me pasa. Hasta tal punto es así que si la cadena metonímica es muy larga (sucede algo en China o en Europa), aquí, en el otro lado del mundo, me siento atento pero a resguardo. Si avanza hasta mi región o mi país, el temor aumenta. Si llega a mi ciudad o está en mi barrio, limito al extremo todos mis movimientos para no entrar en contacto.

No es una narrativa ni metafórica ni ficcional: la de la pandemia es una narrativa fragmentaria de la metonimia. Por eso no hay metáfora que tranquilice: porque la amenaza funciona en el nivel de los contagios y los contactos (en red). Y allí donde buscamos conocer la respuesta, aliviar la angustia (medios, gobiernos, ciencia) nos dicen que ellos tampoco saben. El final no está escrito.

⁹ Schaeffer, J.-M., *¿Por qué la ficción?*, Toledo: Lengua de trapo, 2002.

Capítulo 8

Conspiraciones sanitarias: narrativas de la sospecha en la pandemia

Pablo Francescutti

Universidad Rey Juan Carlos - Universidad Complutense de Madrid, España

En mi intervención hablaré de las teorías de la conspiración; más en concreto, de las relativas a la Covid-19. No creo que haga falta justificar su oportunidad: tales narrativas se han vuelto una de las maneras más conspicuas de contar la pandemia.

Mi objeto serán los discursos sobre confabulaciones de existencia dudosa o sencillamente falsa. Comenzaré por las definiciones: ¿qué entiendo por teoría de la conspiración? El verbo latino *conspirare* (*respirar juntos* y también *susurrar juntos*) alude a una sigilosa acción comunicativa de varias personas; una acción que se presume malvada o ilegal. Y la voz francesa “complot” (*plan combinado*) denomina a los planes tramados con fines *non sanctos*. Estos términos y sus equivalentes constituyen el corazón de una retórica de la conspiración que se remonta a la oratoria grecolatina y pervive en la comunicación política actual y en los discursos que examinaremos.

Aclaro que, antiguamente, al objeto que nos ocupa no se le denominaba “teoría” sino infundio, bulo, mentiras, leyenda urbana y, sobre todo, rumor (Adorno *dixit*: el antisemitismo es el rumor sobre los judíos). La etiqueta “teorías de la conspiración” se impone a raíz del asesinato de Kennedy en alusión a las hipótesis traídas de los pelos acerca de su autoría. A éstas sus promotores les conferían el rango de explicaciones probadas e incontestables, de ahí el mote irónico de “teorías”. Por decirlo con la jerga antropológica, desde el punto de vista *emic* (el de los creyentes) esas creencias son verdaderas; desde el punto de vista *etic* (el del observador externo) son falsas.

En nuestros días, asumen la forma de narraciones explicativas de una calamidad en la que nada ocurre por accidente; nada es lo que parece; todo está conectado; y la responsabilidad de lo acontecido la tiene un grupo o sociedad secreta con gran poder, que mueve los hilos en la oscuridad.

Antes de centrarme en las conspiraciones sanitarias, y dado que estamos entre estudiosos de la comunicación, me detendré en cómo han sido estudiadas tales narrativas. Parafraseando a Umberto Eco, distinguiré entre apocalípticos e integrados. Los primeros (entre los que incluyo al propio Eco) las consideran un fenómeno negativo; los segundos piensan que pueden tener efectos benéficos, léase progresistas. Entre ambos extremos se sitúan posturas matizadas que ni condenan ni reivindican y entre las cuales, en ruptura con mi pasado apocalíptico, pretendo ubicarme.

Algunos apocalípticos, en la estela del politólogo Richard Hofstadter, emplean una categoría psicológica, la paranoia, para caracterizar lo que tachan de patología política. Desde un ángulo culturalista, Fredric Jameson las definió de cartografías cognitivas de los ignorantes que intentan mediante sus brutales simplificaciones aprehender una realidad demasiado compleja. Por su parte, la mirada semiótica de Eco dictaminó que incurren en una sobreinterpretación que les lleva a afirmar que todo significa, y el significado de todo es siempre el mismo: una conspiración.

Los integrados afirman que algunos de esos discursos aportan un conocimiento útil o propician acciones movilizadoras. Haber descubierto una conjura, siquiera imaginaria, puede mover a un individuo a alzarse contra sus opresores de carne y hueso. La politóloga Jodi Dean y el historiador Nathan Jessen sostienen que la conjura plutocrática denunciada por el populismo norteamericano del siglo XIX y las historias sobre los *hombres de negro* en el siglo XX propiciaron un espíritu crítico e independiente. Dean añade que los extremos sobre los agentes del servicio secreto dedicados a ocultar los rastros de extraterrestres y sobre los atentados del 11S

expresan una visión lúcida del Estado contemporáneo y su esfera de actuación extralegal.

De la literatura académica acumulada por ambas corrientes rescataré algunas ideas y hallazgos que me parecen de utilidad en el abordaje de estos relatos.

En lo relativo a su dimensión narrativa, señalaré que muchos se inspiran en obras de ficción. *Los protocolos de los Sabios de Sión*, el supuesto complot judío para adueñarse del mundo, fueron redactados por la policía de la Rusia zarista a partir de un escrito satírico del siglo XIX (*Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, de Maurice Joly). Los préstamos suelen generar una dinámica de mutua realimentación: la teleserie *Expediente X* escenificó un repertorio de bulos y leyendas urbanas, tornándose a su vez fuente inspiradora de ulteriores teorías conspirativas.

Estas narraciones se forman y transforman a la manera del bricolaje mitológico descrito por Levi Strauss, recombinando en nuevas versiones fragmentos de relatos anteriores (véanse los elementos discursivos de los procesos de brujería visibles en las denuncias del macartismo).

Otro rasgo central es su poder performativo. Parafraseando el teorema de Thomas, podemos decir que “si las personas definen las teorías conspirativas como reales, estas tendrán consecuencias reales”. En *El Péndulo de Foucault*, Eco lo escenificó al mostrar cómo la conspiración ficticia inventada por unos editores codiciosos desencadena la creación de una sociedad secreta real.

Un dato relevante es la matriz estadounidense de la mayoría de esas narrativas. Un número importante de ellas, incluidas las relativas a la covid-19, se dieron a conocer primero en Estados Unidos y de allí se irradiaron con viralidad fulminante. Esta marca de origen debe ser tomada en cuenta a la hora de caracterizar su concepción de la historia y su andamiaje narrativo.

Lejos de ser los ignorantes e irracionales caricaturizados por los apocalípticos, sus difusores manejan una enciclopedia nutrida por la vulgata marxista, la vulgata psicoanalítica, el periodismo de investigación, el principio liberal de publicidad y la retórica de la conspiración de vieja data. A esto se añade una conciencia más o menos nebulosa de las fuerzas que controlan la sociedad y de su poder de manipulación, y de los lobbies que actúan entre las bambalinas de la democracia para sacar adelante su agenda. Una constelación de factores articulada de manera simplista y maniquea mediante una causalidad histórica mecánica y lineal, y un abuso del criterio del qui bono.

Las teorías conspirativas no se entienden al margen del sistema mediático. Si bien en los siglos XVII y XVIII, los bulos sobre confabulaciones se difundían boca a boca y en panfletos, libelos y libros, después de la muerte de Kennedy se tornaron un contenido habitual de la prensa, la televisión y el cine. Su apropiación mediática propició un cambio en su apariencia y códigos narrativos. Del periodismo de investigación adoptaron sus formatos, sus premisas políticas (en todo momento alguien conspira contra el interés común) y epistemológicos: la verdad es independiente de los seres humanos; está escondida y hay que encontrarla y exponerla a la vista del ojo público. De ahí que, a simple vista, cueste diferenciarlas de una pesquisa periodística convencional.

Gracias a sus sinergias con el sistema de medios, dichos relatos pasaron de la marginalidad al discurso público *mainstream*. Que Donald Trump, el líder de la primera potencia mundial, haya devenido Gran Conspirador en Jefe, ha dado pie a la afirmación de que vivimos en la “era de la conspiración”. Que este mandatario haya hecho de Twitter el canal difusor de sus patrañas me lleva a la segunda parte de mi intervención: las conspiraciones sanitarias en el entorno digital.

Primeramente, repasaré las principales narrativas de ese tipo y sus fuentes inspiradoras:

- la teoría del virus escapado de un laboratorio chino: recrea el argumento de *Los ojos de la oscuridad* de Dean R. Koontz, *thriller* de 1981 que versa sobre un virus desarrollado en un centro de investigación en Wuhan, China.
- la del virus creado como arma biológica por los chinos: amalgama los rumores sobre el origen del virus del Ebola en un laboratorio que Estados Unidos gestionaba en Sierra Leona con el tópico del “peligro amarillo”, imaginado por un novelista inglés a finales del siglo XIX y convertido en un bulo racista que emerge cada vez que Estados Unidos siente peligrar su supremacía en Asia.
- la del virus creado por las multinacionales farmacéuticas con la intención de lucrarse con sus vacunas y test diagnósticos, ya ventilada en ocasión de la gripe porcina del año 2009 (una variante acusa a Bill Gates y al consorcio GAVI de preparar una vacuna que inyectará en los desprevenidos usuarios microchips dirigidos a controlar sus cerebros a la distancia).
- la del daño celular provocado por las antenas de telefonía 5G, aireada recientemente por el cantante español Miguel Bosé: retoma viejos bulos sobre la perniciosidad de las radiaciones del microondas, de los teléfonos celulares, de las líneas de alta tensión...
- la del virus pergeñado por el gran capital internacional para librarse de los ancianos, difundida por Evo Morales: recicla extremos de los años '80 y '90 acerca del sida como el producto de un plan genocida de los supremacistas blancos para eliminar a los negros, las mujeres y los gays.
- la del virus diseñado por una élite clandestina internacional encabezada por Bill Gates o George Soros para imponer un sistema de control total: recombina las conocidas fabulaciones acerca del Nuevo Orden Mundial promovido por la Comisión Trilateral o el Club Bilderberg.

Nuestro breve catálogo ilustra el mecanismo del bricolaje al tiempo que aporta un criterio práctico de identificación: cuando una explicación extravagante sobre la

autoría de un hecho infausto repite, con mínimas variaciones, una narrativa previa, es muy probable que sea una teoría conspirativa.

Notemos que la inflación de complots ocurre en medio de incertidumbres de todo tipo: científicas, sociales, económicas, políticas, etc. De resultas de la ignorancia reinante, la realidad y los hechos sufren una desestabilización. La visión conspirativa puede entenderse como una reacción defensiva que nos conduce a la tierra firme de los hechos incuestionados con un significado unívoco y tranquilizador. Se da la paradoja de que a esta configuración social rica en incertidumbres se la denomine “sociedad del conocimiento”. Pese a sus grandilocuentes promesas, el aumento del conocimiento se distribuye de manera muy desigual entre sus miembros, acrecentando las diferencias de capital intelectual y académico preexistentes. De la conciencia de esa desigualdad nace en parte el resentimiento de los creyentes en las conspiraciones contra los “saberes del establishment”, sus portavoces, los expertos, los *media* y las verdades oficiales.

Descrito el telón de fondo del fenómeno que nos interesa, me ocuparé de su retórica. Sabemos que, debido a su escasa proyección pública, muchos de los internautas difusores despliegan argumentos del ethos para ganar credibilidad: la cualidad personal que les autoriza para hablar del tema; su sinceridad; su elevado número de *followers*... En su argumentación del logos reconocemos los tropos y topoi que desde Cicerón se vienen utilizando para desvelar conjuras reales o irreales, desde el llamado a “arrancar las máscaras de los impostores” a las alertas izquierdistas contra “las fuerzas ocultas de la reacción al acecho”. Todo ello adobado con enunciados emocionales que exhortan a destapar la verdad oculta reproduciendo su mensaje.

Otro rasgo habitual es la invocación del “derecho a la información veraz”, que conjuga el ethos periodístico con la ideología informacionalista de la Red. En línea con lo apuntado por Gastón Cingolani con respecto de la proliferación de discursos científicos en la pandemia, los rumores de conspiraciones sanitarias adoptan el

formato y el léxico de la divulgación: la suya es una “divulgación alternativa” con profusión de hipervínculos a presuntos documentos avalistas de sus afirmaciones. Su uso conspicuo del lenguaje científico y de sus modos de prueba y de testimonios expertos deja entrever que no cuestionan a la ciencia como al monopolio de la palabra científica.

Citemos, por último, su componente icónico (muchos relatos se difunden por YouTube): la apelación a la imagen persuasiva busca compensar las debilidades de su argumentación verbal.

Para el análisis resultan tan relevantes los relatos sobre conspiraciones como los discursos acerca de aquellos (el punto de vista étic). Por lo común, ese discurso es el propio del pánico moral, vale decir, una exagerada reacción ante la amenaza supuestamente planteada a la sociedad por un colectivo determinado (gitanos, pandilleros, drogadictos, adictos a la televisión, conspiranoicos...). Los pánicos morales los desatan quienes ven amenazados su estatus (educadores, curas, padres...) y son amplificadas por los medios. Teorías conspirativas y *fake news* han suscitado escándalos de ese cariz, con la peculiaridad de que aquí los estamentos denunciadores son los mismos medios de comunicación y la clase política, alarmados por la pérdida de su monopolio del discurso público. Su discurso apocalíptico presenta no obstante un matiz oportunista, pues al tiempo que atacan sin piedad a las narrativas de la sospecha les dan difusión para generar tráfico en sus webs.

En tanto fenómeno comunicativo, los relatos de maquinaciones demandan un abordaje que trascienda el nivel del mensaje. Investigaciones con usuarios de las redes han identificado las motivaciones de los propagadores: deseos de diversión, búsqueda de notoriedad o ansias de empoderamiento (el poder que confiere conocer los entretelones de la realidad y abrirles los ojos a los demás). Pero lo más jugoso nos espera más allá de los usos y gratificaciones: en la semiosis interminable de las narraciones que se hacen y deshacen y en las estrategias de veridicción

aplicadas al armado de verdades “alternativas” capaces de oponerse a las oficiales con éxito.

Haciendo abstracción de los contubernios denunciados por Trump y sus archienemigos, el ayatollah Alí Jamenei y Evo Morales, en el discurso que corre por las redes constatamos el movimiento democratizador observado en otras áreas de la esfera pública digital. Las usinas del rumor confinadas a la periferia han sido sustituidas por legiones de usuarios de las TIC que adhieren, resignifican y diseminan las narrativas de la sospecha. Que esa democratización discursiva y los patrones interpretativos de la realidad ofrecidos por ellas redunden en beneficio de la opinión pública y de la *inteligencia conectiva* es algo que a la investigación le toca dilucidar. Pronto tendrá una oportunidad de hacerlo: las inminentes vacunas contra el coronavirus le darán ocasión de medir el impacto de esos discursos en la actitud de la población ante la vacunación, toda vez que el rechazo a la inmunización es recurrente en algunas de las teorías sobre la pandemia.

Pequeña bibliografía de consulta

Dean, J. (1998) *Aliens in America: Conspiracy Cultures from Outerspace to Cyberspace*, New York: Cornell University Press.

Eco, U. (1989) *El péndulo de Foucault*. Barcelona: Lumen.

Fabbri, P. (2006) “El rostro oscuro de la comunicación”, *Punto de Vista*, n.º 86.

Francescutti, P. (2006) “Imperialismo y ficciones paranoicas”, *Punto de Vista*, n.º 84.

Hofstadter, R. (1965) *The Paranoid Style in American Politics*, New York: Knopf.

Jameson, F. (1991) *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial*. Barcelona: Paidós.

Capítulo 9

Inquietudes sobre la circulación de información a través de WhatsApp en tiempos de pandemia

Natalia Raimondo Anselmino

CIM - CONICET, UNR, Argentina

Primera parte

Empiezo mi intervención haciendo dos confesiones. La primera consiste en admitir que me costó bastante ceñirme al título dispuesto para la tercera sesión de las “Conversaciones en panmedia” del CIM y que, ciertamente, no voy a versar sobre “narrativas y metáforas en panmedia” en un sentido estricto o restringido. Me permito ese desliz porque narrativas y metáforas son, en sentido amplio, dos términos que nos ubican en el proceso de producción de sentido, es decir, en las operaciones semióticas a partir de las cuales producimos sentido socialmente y construimos un discurso (sobre la pandemia, en este caso) aunque no sea propiamente hablando un discurso de tipo narrativo. La segunda confesión es que, honestamente, lo que sigue a continuación no es producto de una reflexión verdaderamente sesuda ni de un análisis sistemático al respecto; lo que expongo en estas líneas son, más bien, algunas inquietudes que me vienen rondando sobre la circulación de información -o de discurso de información- en torno al COVID-19 a través de la plataforma de WhatsApp en Argentina.

Lo que haré a continuación, entonces, es recuperar algunos de los interrogantes que, particularmente, me inquietan desde, incluso, antes de esta pandemia, pero que ahora se han vuelto más urgentes. Para ello, es necesario tener en cuenta tres ejes o vectores que se imbrican y solapan:

- en primer lugar, el eje de los discursos que construyen nuestra actualidad, es decir, esa realidad inter-subjetiva a la que no podemos acceder de modo directo (Verón, 1987). Una actualidad que ha sido desde siempre mediatizada pero que, en la escena social de la cuarentena por pandemia, establece nuevas relaciones de distancia y proximidad con la experiencia vivida al interior del hogar aislado;
- en segundo lugar, el eje de la constitución de los colectivos y sus ambientes de desenvolvimiento, de los vínculos de con-fianza y el lugar que puede tener una plataforma como la de WhatsApp en tanto (como plantean Miller et al., 2016) extiende y escala cierta grupalidad y;
- en tercer lugar, el eje de las cualidades y potencialidades (perceptivas, cognitivas y socializantes) inherentes a los distintos soportes significantes de la comunicación y a su funcionamiento sociosemiótico (Biselli y Valdetaro, 2004) en la plataforma de WhatsApp en relación con los discursos que hoy nos interpelan.

Pasemos ahora a un breve *racconto*. Como es sabido, desde que dejamos de tallar palabras en piedra y pasamos a escribir sobre papiro y, luego, sobre cuero de animales (es decir, hace más de 25 siglos), fuimos buscando modos de vehicular y agilizar el intercambio de nuestros discursos sociales. Es decir, procuramos que nuestras palabras perduren en el tiempo pero, a su vez, que puedan transitar, ser difundidas, en mayor escala. Y con el derrotero de las revoluciones en las tecnologías de la comunicación humana se han ido, paralelamente, transformando los regímenes de autoridad, de acreditación del saber, las lógicas de legitimación y deslegitimación y la conformación de los colectivos sociales que se producen tanto del lado de la producción como del lado de la recepción o el consumo de los mensajes que intercambiamos.

En el marco de dicho proceso, desde mediados del siglo XX, fueron los medios de comunicación llamados “masivos” los que monopolizaron la puesta en circulación

de aquellas palabras identificadas como *discurso de información* (Cfr. Verón, 2004). Es decir, de ese tipo de discurso social cuyo objeto es una actualidad (eso que solemos llamar “realidad social”), narrada habitualmente desde un registro impersonal para un destinatario genérico ubicado en el lugar del “ciudadano-habitante”, en calidad de habitante de un país o del mundo. Este es un tipo de discurso social que Eliseo Verón caracterizó muy detalladamente, por ejemplo, en su libro *Construir el acontecimiento*.

Ahora bien, desde hace aproximadamente una década nos encontramos con que el estatuto de estas palabras y ese modo de narrar la actualidad de a poco está cambiando, de la mano de alteraciones que impactan, particularmente, en la *creencia* (la reputada credibilidad) en la que hasta hace pocos años se sostenía el “contrato” que los medios masivos tradicionales proponían a sus públicos (Cfr. Raimondo Anselmino, 2012).

Paralelamente, en el contexto de las transformaciones que en los últimos tiempos se han dado en el ecosistema de medios, se ha venido observando que la plataforma de WhatsApp (sobre la que me interesa detenerme) ocupa un lugar muy peculiar en los intercambios interpersonales mediatizados, ya sea de modo inter-individual o grupal, con consecuencias (creo yo) en la dieta informativa de la población.

Un dato duro no menor es que la tendencia del crecimiento de WhatsApp, ya presente en los años precedentes, se profundizó un poco desde la cuarentena. Por ejemplo, según un informe reciente de Telecom (mencionado en Carrier & Asociados, 2020) el uso de esta plataforma se acrecentó en un 62% tras declararse en Argentina el aislamiento social, preventivo y obligatorio, con picos de hasta +120% durante los primeros días de la cuarentena.

Volviendo a la dieta informativa, nadie podría negar, que incluso antes de este contexto inédito de emergencia sanitaria, parte de su dieta informativa (intencionadamente o no) consiste en recibir vía mensaje de WhatsApp alguna

que otra información sobre el acontecer social o un suceso más o menos reciente. Esto es, contenidos que, a diferencia de los discursos que se publican en los medios tradicionales, no atraviesan rutina de verificación alguna, están menos estabilizados y poseen una fuente de autoría usualmente inalcanzable: no es posible saber quién los produjo originalmente y, aun así, es usual que haya quienes los compartan y propaguen a través de sus redes de afinidad. Porque, como dijo una vez Verón (1987), “no es porque hemos constatado que un discurso es verdadero que creemos en él” sino que “es porque creemos en él, que lo consideramos verdadero” (p. V-VI).

¿Y en qué mecanismos se apoya esa creencia, entonces, esa confianza? Según Verón (1987: p. V), el discurso en el que creemos es aquel cuyas descripciones son las más próximas a las descripciones que nosotros mismos haríamos de un determinado acontecimiento si hubiéramos tenido de éste una "experiencia directa" que permita contarlo.

En fin, toda esta situación es la que ubica en un lugar inquietante, para mí, la pregunta por ¿cómo circula la información sobre el coronavirus Covid-19 a través de WhatsApp? Y, además, ¿por qué sucede que ciertas unidades informativas adquieren una mayor propagabilidad que otras? Y, en estos casos, (retomando una idea suscitada por Mario Kiektik) ver si es posible extrapolar la noción de sujeto-superinfectante (del inglés *super spreading*) propia de la epidemiología (Shim, Tariq, Choi, Lee, y Chowell, 2020) para pensar en unidades informativas o discursos superinfectantes o nodos (de una red) superinfectantes. Todo esto, considerando a la *circulación* en el doble sentido que podemos darle a este término en el estudio de las mediatizaciones de corte sociosemiótico, es decir, no sólo como circuito en proceso sino también como interfaz entre producción y reconocimiento; como *zona de articulación o de contacto* (diría Fausto Neto, 2010) y, entonces, como circulación de sentido. Intentando así, conocer también ¿quiénes narran la pandemia en esos discursos y cómo se la enuncia?

Segunda parte

Sobrevolando un pequeño corpus de discursos con información sobre coronavirus COVID-19 que hemos estado recolectando con compañeros de investigación a partir del 17 de mayo de este año (es decir, desde tres días antes de que comenzara la cuarentena obligatoria en Argentina) se puede observar el lugar relevante que ocupan los contenidos no oficiales (preferentemente materializados en soporte de audio pero también en imagen, video y texto escrito o en alguna combinación de estos) cuyo enunciador (es decir, quien discursivamente se hace cargo de la enunciación) es un individuo médico/ca que, circunstancialmente, brinda conocimientos sobre cuestiones vinculadas a la pandemia (a veces certeros pero muchas otras veces falsos, erróneos o, incluso, confidenciales). Y lo hace dirigiéndose un co-enunciador que (según podemos reconstruir por ciertas operaciones presentes en los discursos) son ubicados en el lugar de amigos, familiares o allegados. En estos casos, los discursos puestos en circulación tienen, entre las condiciones de producción manifiestas, el haber sido gestados en el marco de vínculos más o menos próximos, propios de la esfera privada o íntima, es decir, presentan marcas de interacción con lazos de tipo afectivo pero que, gracias a las características de los *sistemas de intercambio socio-discursivo* que se ponen en juego (tomando prestada una categoría de José Luis Fernández, 2018), terminaron teniendo un horizonte mucho más público de destinación. No es posible (y habría que ver si acaso interesa) conocer si los individuos que elaboraron y publicaron esos discursos son más o menos conscientes de ese horizonte potencialmente público. Sin embargo, sí es posible advertir que en algunos casos se trata de mensajes que van acompañados de frases interpelativas (aunque, no siempre a cargo del mismo agente del discurso al que se anexan, casi al modo de una interpolación) mediante las cuales se apela a la colaboración del co-enunciario para su propagabilidad. Por ejemplo: un audio fraudulento de una supuesta microbióloga rosarina que brindaba información sobre la epidemia en algunos casos fue acompañado de un pequeño mensaje textual que pedía “¡por favor escúchenlo atentamente y difundan!”. En

otros casos aparecen también frases como: “DIFUNDÍ A TODOS TUS CONTACTOS, NO SEAS EGOISTA. NADIE ESTÁ EXENTO DE CONTAGIARSE” o “Reenvía por favor Este Mensaje a Todos Tus contactos.” “¡¡SE SOLIDARIO!! ¡¡ESTA INFORMACIÓN PODRÍA AYUDAR A SALVAR VIDAS!!” (las mayúsculas son del texto original).

Por otra parte, los audios que se publican y comparten en la plataforma, como muchos otros contenidos que allí se ponen en circulación en diversos soportes, son como *textos embotellados* (tomando prestada esta noción de Umberto Eco, 1995) de los que se desconoce su autor y no se tiene dato alguno sobre la situación de comunicación que lo engendró; algo que suele pasar, también, con los discursos mediáticos.

Y es cierto que no podría decirse, taxativamente, que se trata de discurso de información en sentido estricto pero, no obstante, parte de su función referencial parece ser, de hecho, brindar información sobre el coronavirus COVID-19 en la voz de una persona que se atribuye determinado saber y en el marco de un vínculo de tipo complementario.

Por otra parte, lejos del registro impersonal al que nos supo acostumbrar el discurso periodístico mal llamado “objetivo”, abundan en los casos que exploramos los sustantivos axiológicos o los adjetivos afectivos o evaluativos que manifiestan una reacción emocional y que, acompañados por otros recursos prosódicos como la entonación expresiva o la voz, nombran a la situación que estamos viviendo con calificativos como “tremenda”, “desesperante”, “impresionante”, en fin, toda una “tragedia”.

Tanto los audios de enunciadores médicos como gran parte de los otros textos que circulan, se aventuran sobre el futuro próximo y hacen conjeturas en base a suposiciones muchas veces contradictorias. Evalúan riesgos, proponen medidas de prevención y cuidado, denuncian, prescriben, y anticipan el porvenir del aislamiento obligatorio, que es lo que parece generar mayor incertidumbre en la ciudadanía argentina.

Para ir cerrando, resta señalar que junto a otros colegas provenientes de distintas áreas (como la sociosemiótica, la antropología, la redología, la medicina y la ingeniería en sistemas de información orientada a la minería de datos) -algunos de los cuales han expuesto en este ciclo de conversaciones, como Ximena Tobi o José Luis Fernández-, empezamos a darle forma a un proyecto¹⁰ en el que partimos de la siguiente hipótesis de trabajo: en ocasión de la emergencia sanitaria por COVID-19, los contenidos de actualidad (sobre la enfermedad, sus riesgos, medidas de prevención, políticas públicas, control, etc.) que circulan en WhatsApp y que llegan a los usuarios a través de sus redes de afinidad tendrían un valor significativo a la hora de comprender las percepciones, comportamientos y emociones de la población al respecto.

Entiendo que todo lo expresado en esta presentación no es más que el balbuceo de un punto en una red, algo que forma parte de un tejido mayor del cual estoy sólo tirando de un hilo suelto. Y, como explica Verón (2002) en un texto muy interesante que escribió al fragor de los acontecimientos de principios de 2002 en nuestro país: “toda red semiótica conecta hoy lo cotidiano y lo mediático, y tiene por definición zonas de incertidumbre”. Y, ciertamente, el grado de incertidumbre actual se ha multiplicado tanto como los contagios, o incluso más.

Referencias mencionadas

Biselli, R. y Valdetaro, S. (2004). Medios de comunicación: ¿construcción o representación de la realidad? En *Café Científico*. Rosario: Secretaría de Cultura y

¹⁰ Se trata de una idea-proyecto titulada “Análisis y monitoreo de la circulación de información sobre COVID-19 a través de la plataforma de WhatsApp en Argentina durante la emergencia sanitaria global”, que es de carácter interdisciplinar e interinstitucional. Del mismo participan los siguientes colegas: José Luis Fernández, Mario Kiektik, Guillermo Leale, Ximena Tobi, Brenda Focás, Ana Slimovich, Diego Díaz Córdoba, Pablo Porto López, José Rostagno, Ana Laura Cardoso, Santiago Videla, Sebastián Di Giorgio, Magalí Bucasich y Aldo Iñiguez.

Educación de la Municipalidad de Rosario y Facultad de Ciencias Exactas, Ingeniería y Agrimensura de la UNR, 18 de agosto.

Carrier & Asociados (2020). Tuits selectos. Cometarios - El blog de Carrier. Recuperado de: <https://comentarios.info/>

Eco, U. (1995). *Interpretación y Sobreinterpretación*. Madrid: Cambridge University Press.

Fausto Neto, A. (2010). A circulação além das borda. En Fausto, N. y Valdetaro, S. (dirs.) *Mediatización, Sociedad y Sentido: Diálogos entre Brasil y Argentina*. Rosario: UNR Editora.

Fernández, J.L. (2018). Plataformas mediáticas. Elementos de análisis y diseño de nuevas experiencias. Buenos Aires: Crujía.

Miller, D., Costa, E., Haynes, N., McDonald, T., Nicolescu, R., Sinanan, J., Spyer, J., Venkatraman, S. y Wang, X. (2016). *How the World Changed Social Media*. Londres: UCLPress.

Raimondo Anselmino, N. (2012). Reflexiones sobre el vínculo diario / lector en la prensa online. En *La prensa online y su público. Un estudio de los espacios de intervención del lector en Clarín y La Nación*. Buenos Aires: Teseo.

Shim, E., Tariq, A., Choi, W. Lee, Y. y Chowell, G. (2020). Transmission potential and severity of COVID-19 in South Korea. *International Journal of Infectious Diseases*. Elsevier. 18 March.

Verón, E. (1987). Prefacio a la Segunda Edición. En *Construir el acontecimiento. Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Miles Island*. Buenos Aires: Gedisa.

Verón, E. (2002). La cacerola del diablo. En *Efectos de Agenda*, 3. Documento inédito, Archivo Verón, Universidad Nacional de las Artes, Argentina.



Verón, E. (2004). Prensa gráfica y teoría de los discursos sociales: producción, recepción, regulación. En *Fragmentos de un tejido*. Buenos Aires: Gedisa.

Chat correspondiente a la Sección 3

Cingolani, Francescutti, Raimondo Anselmino

Mariano Fernández: No sé si Gastón lo va a mencionar, pero a propósito del lugar del cuerpo -y el contacto- en las mediatizaciones recomiendo mucho su texto publicado en el último nro. de LIS, "Recuperaciones del cuerpo: apuntes para un trabajo analítico en mediatizaciones": <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/lis/article/view/5386>

Jorge Biancotti: Pablo, ¿no hay un salto cualitativo con las redes sociales respecto a las teorías de la conspiración, en cuanto a las posibilidades de amplificación y conexión entre sus difusores?

Viviane Borelli: Natalia, gostaria de ouvir um pouco mais sobre as estratégias discursivas de circulação de notícias via WhatsApp. Há indicadores, algumas pistas de estratégias que se repetem? Sobre as características constituintes do WhatsApp: permite falar diretamente, formar grupos de afinidade, estabelecer relações mais diretas -lógicas de um contato que pressupõe certos vínculos, relações de confiança.... Essas características permitem, no caso Brasileiro, que se seja criada uma ampla estratégia de disseminação de fake news pelo Gabinete do Ódio (formado pelos filhos do presidente Bolsonaro e por apoiadores, hoje inclusive a Polícia Federal fez buscas para investigações da CPI das Fake News. Para além da circulação de fake News via robôs no Twitter, a circulação está mais intensa no WhatsApp. Como está o monitoramento das informações sobre a pandemia na Argentina...

Cecilia Echeopar: Es super interesante pensar que lo que circula en wsp no se percibe como cualitativamente distinto a lo que circula en los medios, Nati. A fin de cuenta se recepciona todo al mismo tiempo, en un ir y venir en los mismos dispositivos, siempre mientras se hace otra cosa, como interactuar o entretenerse. Ahora eso cobra otra relevancia, ¿no?

Claudia López Barros: Algo de los audios que me parece exceden la categoría de chisme es que “respetan” cierto verosímil, como por ejemplo que el enunciador del audio es médico, el tono, son apocalípticos pero medidos, etc.

José Luis Fernández: ¿Lo audiovisual y lo hipervincular serían las novedades en los contenidos de esta época mediática?

Gastón Cingolani: Sí, en La Plata circulan audios con nombre y apellido de médicos/as conocidos... es muy complejo...

Ana Garis: ¡La academia no está exenta de la estructura paranoide!

Gastón Cingolani: La dificultad institucional-discursiva de descomponer los dispositivos, de permear de paranoia, lo que debería ser un discurso sin hipótesis persecutorias.

SECCIÓN 4
VIOLENCIAS Y SEGREGACIÓN
EN *PANMEDIA*

Capítulo 10

La retícula de la discriminación

María Laura Schaufler

UNER, Argentina

El virus en el cuerpo nacional

*El virus, como nos enseñó Derrida,
es, por definición,
el extranjero, el otro, el extraño
(Preciado, 2020).*

Ante la presencia del virus parece que la pregunta que se impone a la administración es cómo controlar el cuerpo nacional.

En el paso a la sociedad ciberoral, la sociedad digital se consagra en tiempos de pandemia mediada por un virus global y digital. En una economía industrial reducida a lo 'esencial' y una mega proliferación de economía inmaterial, líquida, y de formas de control tanto disciplinarias como microprostéticas y mediático-cibernéticas, se normalizan nuevas reglas de relacionamientos, se modulan y esparcen viejas violencias con disfraces digitales, se discriminan y segregan los mismos cuerpos en la intersección entre racismo, sexismo, clasismo.

El mapa de la discriminación

En esta tierra colonizada, poco accesible para las diversidades no funcionales al capitalismo globalizado o al patriarcado, el racismo, el sexismo, la homofobia y la misoginia continúan reproduciéndose como sentidos de odio, violencia y discriminación.

Pero entonces, las técnicas de gobierno que buscan luchar contra la discriminación, acaban por reafirmarla en su mismo movimiento. Si me permiten, voy a dar un ejemplo con el que me tocó lidiar. En 2019, la Universidad Nacional de Entre Ríos me solicitó la realización del Mapa contra la Discriminación en la provincia, al que había renunciado el equipo a cargo, gestionado por el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI), trabajo que realicé en menos de tres meses gracias a la ayuda del equipo colaborador: los licenciados en Comunicación Social María Delfina Belli y Jerónimo Cuestas y 10 estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Educación que realizaron el trabajo de campo de la encuesta en localidades de toda la provincia¹¹.

En este año, 2019, el INADI puso en marcha la aplicación de encuestas en todo el territorio nacional a los fines de relevar y analizar percepciones, representaciones y experiencias relativas a la discriminación en la ciudadanía. La encuesta pretende ser una herramienta crucial para distinguir de forma específica cómo se expresa la discriminación en cada región, provincia y/o localidad, para el desarrollo y diseño de políticas públicas para erradicarla.

Quisiera enfocarme aquí en algunas preguntas de la encuesta que me preocuparon críticamente. Una de ellas era sobre una cuestión que se volvería crucial meses después, cuando se declarara la pandemia por COVID19: “¿a quiénes no le gustaría tener como vecinos?”. Una pregunta que nos interpelaría en 2020 cuando sin preverlo nos vimos obligados a confinarnos en nuestras casas y articular nuestra vida cotidiana en el vecindario.

Lo preocupante era que la encuesta daba una serie de opciones para discriminar: personas de bajos ingresos, afrodescendientes, migrantes bolivianos, paraguayos, peruanos; indígenas; musulmanes/as; migrantes de otras provincias, judíos/as;

11 En el trabajo de campo, la labor de las y los estudiantes: Ignacio Cerrudo, Gabriel Zaninetti, Guillermina María Ferraris, Juan Ignacio Legaria, Renata Andrade Goulart, Camila Montesino Mársico, Mauro Ariel Milesi, Pablo Ríos, Juan José Kohner, Agostina Giarrosso.

gitanos/as; personas de aspecto o actitud de 'pibe chorro', 'negro' o 'villero'; prostitutas, migrantes chinos/as y coreanos/as.

10.4	Las empresas deben preferir siempre a los argentinos.	1	2	3	4	5	9
10.5	Las personas afrodescendientes rinden mejor en trabajos que exigen mucha fuerza física.	1	2	3	4	5	9
10.6	Los musulmanes y judíos ortodoxos que uno ve por la calle deberían vestirse normalmente.	1	2	3	4	5	9

11 Le voy a leer un listado de grupos de personas. ¿Podría indicar si hay algunos de ellos que no le gustaría tener como **VECINOS**?

(Leer grupos y luego leer escala)

		Me gustaría	Me es indiferente	No me gustaría	Ns/Nc
11.1	Personas de bajos ingresos / personas pobres	1	2	3	9
11.2	Afrodescendientes	1	2	3	9
11.3	Migrantes bolivianos/as, paraguayos/as, peruanos/as	1	2	3	9
11.4	Indígenas	1	2	3	9
11.5	Musulmanes/as	1	2	3	9
11.6	Migrantes internos (de otras provincias)	1	2	3	9
11.7	Judíos/as	1	2	3	9
11.8	Gitanos/as	1	2	3	9
11.9	Personas de aspecto o actitud de "pibe chorro", "negro", "villero"	1	2	3	9
11.10	Prostitutas o personas en situación de prostitución	1	2	3	9
11.11	Migrantes Chinos/as / coreanos/as	1	2	3	9

12 Le voy a leer una serie de posibles relaciones. Digame si las aceptaría, las trataría de evitar o las rechazaría.

(Leer relaciones y luego leer escala)

		Lo aceptaría	Lo trataría de evitar	Lo rechazaría	Ns/Nc
12.1	Que en tu barrio haya personas que ejercen la prostitución	1	2	3	9
12.2	Que la niñera de tus hijos sea una persona travesti o trans	1	2	3	9
Pensando en migrantes...					
12.3	Vivir en un barrio con migrantes.	1	2	3	9
12.4	Que a la escuela de su hijo vayan muchos niños migrantes.	1	2	3	9
12.5	Que un migrante sea su médico de guardia.	1	2	3	9
12.6	Que su hijo/a se case con una persona migrante.	1	2	3	9
Y ahora pensando en personas indígenas...					
12.7	Vivir en un barrio con personas indígenas.	1	2	3	9
12.8	Que a la escuela de su hijo vayan muchos niños indígenas.	1	2	3	9
12.9	Que una persona indígena sea su médico de guardia.	1	2	3	9
12.10	Que su hijo/a se case con una persona indígena.	1	2	3	9

Cuestionario Mapa Contra la Discriminación INADI 2019

Estas figuras instigaban algunas preguntas en sordina para quienes eran encuestados: si bien la población entrerriana en su mayoría no se cruza con musulmanes, ¿debería discriminarlos? Las identidades políticas allí nombradas según orígenes territoriales parecían sobre todo esencializar y asentar figuras y cuerpos para discriminar.¹²

12 Respecto a la serie de opciones referidas a grupos o personas que pueden ser discriminadas, los casos encuestados en Entre Ríos respondieron mayoritariamente que a las mujeres se las discrimina bastante (39%), como a lxs migrantes latinoamerinaxs (30,25%), a lxs adultxs mayores (32,75 %) y a descendientes/pertenecientes a pueblos indígenas (29,5%). Sostuvieron que es menor la discriminación a activistas y militantes sociales y políticos, a africanxs y afrodescendientes o asiáticxs, a practicantes de la religión judaica o musulmana. Me atrevo a pensar que es porque no tienen personas de estas características cercanas a la población de las localidades entrerrianas. En cambio, respondieron que la mayor discriminación la sufren personas con discapacidad (50%), sobrepeso/obesidad (54,5%), personas trans (51,25%) y personas que no viven bajo la heteronorma (47,00 %), de bajos ingresos (46,75 %) y en situación de prostitución (33,25 %). Prevalcen los prejuicios de clase y culturales que asocian la vestimenta o aspecto de las personas a fórmulas como 'pibe chorro o villero (60,50 %). Si bien respondieron que se discrimina poco en torno al estado de salud de las personas, esto no sucede con el

Si bien la encuesta obligaba a tomar una actitud políticamente correcta, instalaba preguntas políticamente incorrectas: ¿qué identidades se discriminan por sentido común, aunque este sentido no sea común a quienes vive en Entre Ríos? ¿Cómo se esencializan identidades y sujetos en relación a la discriminación y cómo se sedimenta la propia discriminación contra la cual se pretende luchar?

Otra pregunta del cuestionario indagaba los sentimientos de ‘simpatía’ o ‘antipatía’ por migrantes de otras provincias y de determinados países vecinos: bolivianos, paraguayos y peruanos, por personas de raíces indígenas o africanas, asiáticas, y por divergencias culturales y religiosas como personas musulmanas, gitanas, judías.

15 ¿Podría decirme si siente simpatía o antipatía por cada uno de los siguientes grupos de personas?
(Leer cada uno de los grupos de personas y anotar la simpatía o antipatía)

		Simpatía	Antipatía	Ns/Nc
15.1	Migrantes internos (de otras provincias)	1	2	9
15.2	Bolivianos/as	1	2	9
15.3	Peruanos/as	1	2	9
15.4	Paraguayos/as	1	2	9
15.5	Uruguayos/as	1	2	9
15.6	Chilenos/as	1	2	9
15.7	Asiáticos/as	1	2	9
15.8	Indígenas	1	2	9
15.9	Afrodescendientes	1	2	9
15.10	Judíos/as	1	2	9
15.11	Musulmanes/as	1	2	9
15.12	Gitanos/as	1	2	9

Cuestionario Mapa contra la Discriminación INADI 2019

La obliteración del mestizaje

La encuesta también preguntaba si la ascendencia o pertenencia de la persona entrevistada estaba ligada a algún pueblo indígena. En Entre Ríos, el 92,75% afirmó que no, sólo un 4,5% pudo reconocer ascendencia nativa. Asimismo, un 97,75% negó ser afrodescendiente.

Las cifras nos recuerdan que el mito del ‘crisol de razas’ fundante del relato del Estado Nación soterró las memorias orales y las genealogías criollas, nativas e incluido el mestizaje. Si bien, como dice María Galindo (2015), activista feminista

estigmas que padecen las personas que viven con VIH o SIDA que son, según las respuestas, muy discriminadas (32,25 %).

boliviana, el mestizaje supone blanqueamiento y violación, también implica, desde una perspectiva si se quiere más foucaultiana, la memoria de los combates, las luchas y enfrentamientos que han sido mantenidos a raya (Foucault, 2000).

El mestizaje también se oblitera en las redes algorítmicas, que reafirman lo Uno, lo Igual, lo Mismo, la Identidad, al presentar a lo Otro como enemigo, como negativo, oscuro, peligroso, amenazante, capaz de infectar lo propio.

Es así que pensar lo Otro es pensar las fronteras inmunológicas, abordar los bordes. En la vulnerabilidad, siempre hay una periferia reproduciéndose, incluso dentro de los países centrales -pues no se trata sólo de un mapa geopolítico.

Las fronteras inmunológicas nos hablan de identidades como depósitos de cuerpos otros y vidas precarias. Como sostiene Angela Davis (2017), quizás no debemos 'mejorar' los patrones, sino criticar el tipo de institución que es y qué ratifica ideológicamente una encuesta contra la discriminación que postula realidades de relacionamientos sociales.

Las vidas precarias, como dice Butler (2015), en el mundo se manifiestan claramente en épocas de pandemia, como así también los depósitos ubicables en el mapa de cuerpos en situación de pobreza, o los depósitos de personas en situación de vejez que constituyen los geriátricos.

La domesticidad siglo XXI o el depósito familiar de los cuerpos

Casualmente, la última marcha mundial del 8M tuvo como contrapartida el confinamiento doméstico, declarado por varios países occidentales unos días después. Luego que una masividad de cuerpos tomáramos la calle, una pandemia nos obligó a volver a la domesticidad como pretendido lugar 'seguro': un retorno a lo familiar, a los espacios conocidos e higienizados, limpios de impurezas de un virus, así como de lo Otro y los peligros del afuera.



Madrid, 8 de marzo 2020



Rosario, 8M 2020

El confinamiento doméstico obligatorio no es novedad para los cuerpos femeninos. Domesticidad, conyugalidad y familiaridad han definido durante todo el siglo XX a la mística de la feminidad, al reino de lo femenino, como decía Betty Friedan en los '60 y '70.

Lo doméstico y la repetición de la fórmula funcionalista del 'rol de la mujer', incluidos los estudios que se pretenden críticos -de sentido común académico- acerca del 'rol de la mujer' siguen conformando temas de discusión basados en un ridículo preconcepto de género.

En esta línea, la mencionada encuesta del Mapa de la Discriminación 2019 repite esta noción al preguntar: “¿Cuál es su nivel de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre el rol de la mujer?”; cuando bajo esta identificación sexual se ubica a la mayor parte de la población mundial, y cuyas actividades, prácticas y comportamientos resulta ridículo catalogarlos y encasillarlos en un ‘rol’.

19 ¿Cuál es su nivel de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre el rol de la mujer?							
<i>(Mostrar TARIETA 2 y leer cada afirmación)</i>							
		Acuerdo total	Acuerdo parcial	Ni acuerdo ni desacuerdo	Desacuerdo parcial	Desacuerdo total	Ni/Nc
19.1	La mujer que trabaja debe hacerlo en tareas propias de su género, tales como enfermería, trabajos de oficina y cuidado de niños.	1	2	3	4	5	9
19.2	Ante dificultades importantes, los varones tienen más valor y están mejor preparados que las mujeres para enfrentarlas.	1	2	3	4	5	9
19.3	Las mujeres que se hacen abortos van en contra de su naturaleza, una mujer de verdad siempre desea ser madre.	1	2	3	4	5	9
19.4	Es normal que los varones ganen más dinero que las mujeres, pues tienen una familia que mantener.	1	2	3	4	5	9
19.5	Las mujeres en prostitución cumplen la función social de satisfacer el impulso sexual de los varones.	1	2	3	4	5	9
19.6	Las mujeres siempre se hicieron cargo de juntar la mesa y lavar los platos, no hay que hacer tanto escándalo por eso.	1	2	3	4	5	9

Cuestionario Mapa Contra la Discriminación INADI 2019

Es discriminatorio pensar esa división funcionalista del género, cuya mención puede contrastarse al reflexionar sobre la inadecuación de una frase como ‘el rol del indígena’ o ‘el rol del gay’, ‘el rol del uruguayo’, ‘el rol del negro’. No cabe tal rol y es hora de criticar incluso las mejores intenciones que no dejan de cristalizar una representación que es ridículo seguir sosteniendo. Porque cuando hablamos de ese sexismo asentado en la fórmula ‘el rol de la mujer’ se supone que deberíamos preguntarnos ¿para qué servimos las mujeres?, o ¿a quiénes, a qué, deberíamos servir?

La respuesta abroquelada de esta servidumbre parece que es una función doméstica. Se trata del famoso trabajo doméstico, impago, la disponibilidad a demanda, que parecería ser un problema sólo de madres y amas de casa.

Ahora bien, el confinamiento en tiempos de pandemia decretó la domesticidad obligatoria para todos los cuerpos. En los sectores medios, el cuerpo disponible

cada día en el trabajo a distancia y la socialidad digital, inauguró una nueva domesticidad y vidas cotidianas *on demand*.

Aunque lo doméstico, desde mediados del siglo XX, como indica Preciado en *Pornotopia* (2010), se ha vuelto también un refugio para la masculinidad, esta tal domesticidad no se asocia a 'tareas y labores domésticas' sino al placer en la cotidianidad, un placer *Playboy* como meca del individualismo neoliberal de clase media-alta: una vida individual, un departamento individual, la conexión con Otros por placer o por trabajo, con redes digitales infiltradas en nuestra domesticidad, nuestras casas, nuestras cocinas, nuestras camas por medio de dispositivos ahora casi inmóviles, estáticos, ubicados en una retícula muy fácil de mapear, no tanto a nivel del Estado o del Gobierno, sino por las redes de la economía neoliberal.

Referencias y sitios web

Butler, J. (2007). El género en disputa. Feminismo y subversión de la identidad. Paidós, Buenos Aires.

Davis, A. y Butler, J (2017). "Conversa sob desigualdade". Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=5IYpk1Zj-SU&list=PLek6_CzanIV2A6eujshlaq4JcwspTdzug&index=5&t=0s

Foucault, M. (2000). "Clase del 7 de enero de 1976", en *Defender la sociedad*, FCE, México.

Friedan, B. (2009 [1963]). *La mística de la feminidad*. Valencia: Cátedra.

Mapa contra la discriminación INADI 2019. Disponible en: <http://www.inadi.gob.ar/mapa-discriminacion/>

Galindo María (2015). "Mujeres Creando". Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=pg8qf9NhcbM>



Preciado, B. (2010). Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en 'Playboy' durante la guerra fría. Barcelona: Anagrama.

Capítulo 11

Violencias y malestares en la cultura mediatizada en el marco del Covid 19: Velocidad, circulación, tecnologías y pospandemia

Ricardo Diviani

CIM - UNR, Argentina

Exponer algunas ideas en un momento en el cual el estado de perplejidad e incertidumbre parece ser un común denominador me genera cierta ambivalencia. Por un lado, porque es importante compartir un espacio de intercambio que permita pensar la complejidad de este nuevo escenario global, pero, al mismo tiempo, me parece que es evidente la falta de distancia con los acontecimientos. Incluso me resulta difícil encontrar palabras para poder decir algo que contribuya en el marco de lo que considero una confusión generalizada. Más de una vez se ha escuchado en estos días “qué más se puede decir”, o “qué se podría decir de nuevo”, en relación a todo lo que, de una u otra manera, ya se viene diciendo. Tal vez no se trate de decir nada nuevo sino de aprovechar este espacio para ordenar las ideas que ya existen y pululan a nuestro alrededor.

Violencias y segregación es el tema de este encuentro. Me gustaría decir algo particularmente sobre la cuestión de la violencia, no tanto sobre aquella más evidente desde el punto de vista social, asociada a la exclusión, segregación, marginalidad, pobreza, etc. En última instancia, la pandemia tiende a ensañarse con los sectores sociales que, previamente, ya sufrían todo tipo de violaciones a sus derechos. Por lo tanto, lo que hace esta crisis es profundizar lo que ya sucedía, con la gravedad que esto tiene. Quería referirme, más bien, a lo que entiendo es otro tipo de violencia, tal vez más sutil, vinculada a las vivencias subjetivas y propias de la cultura mediatizada contemporánea. Para esto propongo abrir algunas líneas

sobre las que se puede comenzar a pensar. Cuatro nudos problemáticos que, más allá de que han sido sumamente trabajados, pueden ayudar a pensar esto que estamos viviendo.

Esos cuatros nudos serían: el problema de la velocidad, el problema de la circulación, el problema de las tecnologías de lo digital y el problema de los pronósticos.

1

La pandemia que estamos viviendo tiene algunas características distintivas con respecto a otras similares ocurridas a lo largo de la historia. Una de ellas es la rapidez con la que se replica y contagia el propio virus. Otra es que la propagación a nivel mundial está directamente vinculada a los fenómenos de la globalización, es decir, el “encogimiento” del mundo producto de las tecnologías que permiten, entre otras cosas, el transporte de personas a gran escala. Un tercer aspecto es la abundante generación, circulación y reproducción de discursos y textualidades que intentan dar sentido a lo que estamos viviendo. Estas tres características tienen algo en común: son fenómenos relacionados a la velocidad. La velocidad de contagio del virus, de los transportes y de textos y de discursos que transitan a escala planetaria. La velocidad, en estos tiempos, suele ser vertiginosa. Y el vértigo, como diría Kundera, “significa que la profundidad que se abre ante nosotros nos atrae, nos seduce, despierta en nosotros el deseo de caer, del cual nos defendemos espantados.” Estos fenómenos de velocidad son de por sí violentos y sería necesario repensarlos en consonancia con la disrupción absoluta que estamos experimentando en nuestra vida cotidiana a partir del confinamiento. Obviamente, hay toda una literatura sobre la temática y este problema no es nuevo. Desde Virilio a Mc Luhan, pero también toda una tradición crítica, que va desde Marx a Jonathan Crary (cfr. *24/7. El capitalismo tardío y el fin del sueño*, Bs As: Paidós, 2015), o, más recientemente Eric Sadin, que lo ha abordado desde diferentes dimensiones. Estas últimas perspectivas, entiendo, permitirían pensar el fenómeno a partir de las

mediaciones entre lo macro (en última instancia, las características del capitalismo actual), con lo micro vinculado a las experiencias subjetivas.

2

El segundo aspecto tiene que ver con la circulación, particularmente nos interesa la circulación de discursos y textualidades diversas que se han propagado de manera impresionante en estos meses. Se calcula que el tráfico de internet a nivel mundial aumentó, en promedio, un 25 por ciento en este tiempo. Dentro de la heterogeneidad de textos, relatos, narraciones que proliferan y se reproducen, hay diversas jerarquías, ya que las palabras e imágenes no tienen el mismo peso en la trama de la vida social. Por ejemplo, el protagonismo y la autoridad que gozan los discursos de los virólogos, epidemiólogos y médicos, que han recomendado medidas de aislamiento, no es igual a los de quienes sugieren modos de ocupar el tiempo en el marco de las cuarentenas establecidas; ni el pedido de usar barbijos (más allá de las idas y vuelta, y las controversias surgidas al interior de la ciencia respecto a su efectividad) es igual a los instructivos de cómo hacerlos.

En última instancia, es a partir de la recomendaciones de la gran mayoría de los científicos, que buena parte de la población mundial ha experimentado una u otra forma de confinamiento y desarrollado prácticas ligadas a prevenir el contagio. Sin embargo, y por razones distintas, esos discursos y textos están sometidos a las mismas exigencias: el de la velocidad vertiginosa. En un caso, el apremio a actuar es demandado por la situación de crisis sanitaria -y, obviamente la necesidad y el deseo de ocupar determinados espacios de poder dentro del campo científico y político-; en el otro, lo demanda el imperativo de la “cultura participativa”. Aunque el primero no está totalmente desligado del segundo, es necesario establecer una distinción. Entre la racionalidad de la ciencia de la salud, basada en datos, números, estadísticas, proyecciones -más allá del modo en que se la juzgue epistemológicamente- y sus encuentros (y desencuentros) con la política que diseña y establece formas de reclusión, por un lado, y las respuestas que esas medidas

provocan, afecciones, malestares, emociones, percepciones, por el otro, hay grandes distancias y también matices.

La respuesta del campo científico a la pandemia no es novedosa: la idea del distanciamiento y del confinamiento social como método para evitar la propagación del virus no es la primera vez que se aplica, tampoco el uso del barbijo y el lavado de manos, que ya estuvieron presentes en la gripe española, por ejemplo. Lo que sí parece novedoso es el modo en que se experimenta, ya que, dada determinadas condiciones socio-históricas, se trata de una pandemia nueva, una pandemia mediatizada. En este sentido, vivimos una especie de “sincronización de las emociones” de un modo inédito, retomando lo propuesto por Virilio, producto de esa velocidad en la circulación. Y estas emociones compartidas son de una violencia ambivalente. Es claro que ante la irrupción de un acontecimiento inesperado, casi catastrófico, que altera la vida cotidiana de modo radical, de consecuencias difíciles de predecir y en la que sobresale el desconcierto, este debe ser “exorcizado” a través de la producción de discursos y relatos que le den sentido. Pero, al mismo tiempo, la velocidad con que se realiza deja poco margen para la reflexión y la experiencia se transforma en puramente vivida y vomitada como un modo rápido de resolver la conflictividad que esta genera. Como diría Sadin, el tiempo humano de la comprensión y de la reflexión pierde protagonismo en la época de las “tecnologías de lo exponencial”.

3

Obviamente, las condiciones socio-técnicas previas ya obturaban la posibilidad de procesar determinadas vivencias. Las tecnologías digitales (y “las tecnologías exponenciales”) basadas, entre otras cosas, en la preponderancia de la velocidad, están en consonancia con la llamada cultura participativa o interactiva, en la que el silencio y la no exposición no son plausibles. Tecnologías en última instancia que han apuntalado la tendencia del capitalismo a disminuir o directamente eliminar el llamado tiempo muerto. O, como se suele decir, la tendencia a construir un tiempo homogéneo en donde la distinción entre ocio, recreación, trabajo y descanso se

desdibuja -obviamente, también una transformación en el espacio: piensen cómo la pantalla se ha transformado en un lugar para los vínculos con amigos, el trabajo, las relaciones familiares, el ejercicio de la sexualidad, etc.- Como dice Crary: “Miles de millones de dólares cada año en investigar cómo reducir el tiempo necesario para tomar decisiones, cómo eliminar el tiempo inútil dedicado a la reflexión y la contemplación. Esta es la forma de progreso contemporáneo: la implacable apropiación y dominio del tiempo y la experiencia” (Crary 2015: 67). En este sentido, la interpelación dominante ha estado orientada desde hace tiempo a la constitución de individuos que sean capaces y tengan la destreza para estar hiper-conectados en variadas pantallas, respondiendo diversas demandas y manteniendo múltiples comunicaciones interactivas. Por eso se pondera como una de las grandes virtudes de las y los más jóvenes la capacidad de ser multitask. Obviamente, fluctuamos entre “al menos existe internet, si no qué haríamos aquí encerrados, cómo haríamos con el trabajo, etc.”, y el “basta por favor de esta hiperactividad por medio de pantallas porque es agotador”. Es necesario, en este sentido, abordar a las tecnologías como parte de una relación social que no escapa a la matriz del modo de producción capitalista (por lo tanto, las tecnologías son fuerzas productivas) que no quiere dejar resquicio sin colonizar. De ese modo, se evita caer tanto en miradas apocalípticas como utópicas, al ubicar el desarrollo de las tecnologías en el marco de procesos de más amplio alcance.

4

Resulta interesante, llegados hasta aquí, volver al texto *El malestar en la cultura* de Freud, de 1930. Entre otras cosas, porque allí aparecen dos cuestiones de gran actualidad. Por un lado, la problemática del desasosiego constitutivo que significa vivir en la cultura, pero que adquiriría otra dimensión en aquel contexto alemán, y por el otro, una suerte de preocupación por el devenir inmediato que se deja traslucir en el texto. Para Freud, el sufrimiento amenaza por tres lados: desde el propio cuerpo condenado a la decadencia y destrucción; desde las fuerzas exteriores de la naturaleza, y desde las propias relaciones con otros seres humanos.

La actual pandemia condensa estas tres fuentes de amenaza. La muerte está presente en todos lados; el virus que circula ahí afuera es una fuerza hostil que pone en entredicho el poder del hombre sobre la naturaleza; y esto ha complicado sobremanera las relaciones entre las personas. Tanto desde el punto de vista subjetivo como social nos vemos violentados por un acontecimiento nuevo e inesperado. La proliferación discursiva y textual, que intenta exorcizarlo, satura, desestabiliza, genera angustias y miedos. El “cuerpo”, por tanto, es violentado de muchas maneras. No solo por estar encerrado o confinado; sino también por la propia velocidad de las hipermediaciones.

Freud sumaba, al malestar constitutivo de las relaciones humanas, su preocupación por el futuro cercano. En momentos en que el nazismo avanzaba en Europa, cuando Hitler se erigía como la encarnación de un superyó despótico amenazante, planteaba que el final estaba abierto, que se trataba de una lucha eterna entre Eros y Tanatos. Ya conocemos aquel desenlace. Hoy, también forma parte de las angustias del presente la mirada sobre la etapa pos-pandemia. Se suelen cuestionar, con cierta razón, los discursos de gurúes y profetas. Pero es casi inevitable que, en un contexto en el que pareciera que la vida se ha detenido o interrumpido violentamente, se hagan pronósticos sobre qué va a suceder después de que esto pase. Es más, podríamos aventurar que en este escenario, donde predomina la estupefacción y la extrañeza, sería más factible permitirse pensar radicalmente. Sin embargo, advierto que la tendencia es pensar conservadoramente. No solo quienes tienen el poder político y económico para proyectar formas de vida futura (por ejemplo, lo que ha descripto Naomi Klein como el “New Deal de la pantalla” en el que están embarcados los gigantes de las tecnologías y el gobernador de New York, Cuomo), sino también una parte del campo académico y científico. Resulta que, ante esta coyuntura, parece que lo único alentador que habilita imaginar futuros más auspiciosos son las tecnologías que supuestamente eliminan las distancias y las llamadas de quinta generación.

Tomemos como ejemplo el ámbito educativo. Es sintomático, y al mismo tiempo no deja de llamar la atención, que el futuro que se proyecta es el del avance irrefrenable de la educación mediada por tecnologías. Aclaro que no estoy en contra de esa alternativa, es decir, de la educación a distancia o la educación virtual (todo lo contrario, me parece una opción fantástica en determinadas situaciones), sólo que, en esta etapa de confinamiento, se lo piensa como una oportunidad para avanzar sobre la presencialidad. Como si lo presencial y las distancias fueran formas antagónicas o que estas tecnologías fueran una panacea en sí mismas. Es extraño que en un momento histórico en el que lo que más se extraña es el contacto somático con el otro, se insista en imaginar un futuro donde los cuerpos no se acerquen. Según he leído, se calcula que aumentará un 20 por ciento el llamado teletrabajo. No sé si será así, pero hay un imaginario dando vueltas sobre eso. Y parece que hubiese un consenso en que el futuro va por ahí: teletrabajo, educación inteligente y diversas formas de virtualización de la vida. Claro que después, sobre ese consenso, se abren valoraciones, para algunos un episodio más de Black Mirror, para otros un mundo promisorio. Estos últimos afirman que si aún persisten temores y reparos es porque todavía estamos atados a ciertos humanismos que habría que abandonar, a fundamentos ya perimidos o que deben dejarse atrás. Creo que estas cuestiones sería necesario debatirlas o volver en algún momento sobre ellas, como para encontrar formas de defender aspectos de la vida que han significado, desde mi punto de vista, conquistas históricas para las personas.

Capítulo 12

Violencias - #PanMedia

Mariángeles Camusso

CIM - Secretaria de Género y Sexualidades, Facultad de C. Polít. y RRH, UNR, Argentina

Primera parte

1. Hoy es 3 de Junio, se cumplen 5 años de la primera marcha Ni Una Menos, y es la primera vez en estos 5 años que no vamos a marchar masiva e intensamente. La coincidencia entre esa fecha tan significativa para el fenómeno que damos en llamar 4ta Ola feminista y esta sesión de #Conversaciones en Panmedia es ciertamente azarosa, pero no por eso es menos significativa. No hubiéramos estado aquí, al menos hoy, al menos yo, si no hubiera sido por el ASPO. A esta hora estaríamos preparando carteles, organizando juntadas, poniéndonos glitter y pañuelo.
2. Aunque #NiUNAMenos surge como impulso vital y furioso de un grupo de periodistas mujeres, la imposibilidad de la marcha de hoy podría constituirse en un didáctico ejemplo de la diferencia entre mediático y mediatizado. Como alguna vez se ha señalado, en conversaciones previas, la cuarta Ola es un **fenómeno mediatizado**, lo que no quiere decir, que sea un fenómeno mediático. #NiUNAMenos crece al calor de las redes, pero no es un producto de las redes, tal es que hoy, pese a la imaginación desplegada por todas y cada una de las organizaciones para hacerse presentes, la performática de la marcha agiganta su ausencia. #NiUNAMenos crece al calor de las redes, pero -como la energía del mundo de Monster Inc- se debilita sin el combustible de los cuerpos en la calle, sin los gritos y las pancartas y las coreografías...y genera varios interrogantes sobre los vínculos complejos, creativos y novedosos entre calles y redes. ¿Son las performances el alimento

de las redes? ¿No hay performance sin redes? ¿No hay redes sin performance?

3. Nuestro eje es **Violencias** y el fenómeno más evidente es que, con marcha o sin marcha, con ASPO o sin él, la VDG es otra pandemia, que no declina. Hasta el 28 de mayo hubo 57 femicidios en Argentina, además de un incremento del 40% en las denuncias por violencias, demuestran una vez más que para las mujeres no hay lugar más peligroso que “casa”.
4. Ahora bien, ¿qué sucede con las mediatizaciones de esas violencias? Si bien una observación a vuelo de pájaro podría dar cuenta que esta Pandemia -la de la violencia- perdió puntos o espacios en los entornos conversacionales de la **PanMedia**, en los espacios de atención, de gestión o de militancia se incrementaron las preocupaciones y las ocupaciones para dar respuestas a una demanda que estuvo lejos de disminuir y que implicó imaginar herramientas y modalidades urgentes para atender, acompañar, sostener las violencias habituales, pero también otras de nuevo cuño, que, aunque conocidas, no se habían manifestado con esta intensidad. Vale como ejemplo la súbita y masiva preocupación por el ciberacoso, la violación a la intimidad, el chantaje sexual, la estigmatización pública por identidad de género u orientación sexual.
5. Sin embargo, el punto que me interesa señalar es que si algo relevó y reveló esta mediatización forzada de la vida que estamos atravesando es la violencia estructural que las sociedades patriarcales sostienen y que se manifiesta al menos en 3 ejes sobre los cuáles los feminismos veníamos “batiendo el parche” desde hace tiempo: **la crisis de los cuidados; la crisis de los cuerpos sexuados y la crisis de la dicotomía entre lo público y lo privado.**

Segunda parte

1. Hace unos días, o unas semanas, circulaba un tweet que recordaba que en *El Malestar en la Cultura*, Freud decía justamente que el malestar del ser humano proviene de tres fuentes: las amenazas naturales, el deterioro del cuerpo y las relaciones con los otros. Y que en estos momentos estamos viviendo los tres al mismo tiempo.

Parafraseando la ocurrencia, la particularidad del tiempo que estamos atravesando visto desde un punto de vista feminista es el modo en que se revela para todos, todas y todes la violencia contenida en los tres ejes que enumerara en la primera parte de esta presentación y que también podríamos enunciar como tres malestares constitutivos de las sociedades patriarcales. Estos tres ejes, además, se entrecruzan y se retroalimentan, y tejen una red compleja que, aún deteriorada y expuesta, no deja de atrapar vidas.

2. Vamos a empezar por el eje más explotado mediáticamente, quizá porque la circulación “personal” en las redes puso de manifiesto la profundidad del malestar generado y que he mencionado como **“crisis de los cuidados”**. Una crisis de la cual estábamos hablando hace tiempo pero que ahora estalla en las primeras planas, básicamente porque los modos de cuidar que teníamos diseñados -feminizados, familiarizados, individualizados, mercantilizados y *profundamente clasistas*- no están más y su ausencia hace evidente el costo que tiene en términos físicos, económicos y temporales, la **“sostenibilidad de la vida”**, un término que aprendí de nuestra compañera de investigaciones María de los Ángeles Di Capua, pero que es un núcleo de preocupaciones de la sociología y la economía feminista. La noción de sostenibilidad de la vida se pregunta ni más ni menos, por las formas que nuestro estado actual de la civilización propone para cuidar aquello que es imprescindible para la experiencia humana, ni más ni menos que la vida

(Carrasco, 2003). A pesar de la obviedad de este enunciado, la preocupación por el modo en que se organizaban las tareas que permiten la reproducción humana pero también la reproducción de la fuerza de trabajo necesaria para que la maquinaria productiva funcione habitualmente se encuentra opacada en parte porque nuestros modos de gestión de lo cotidiano se realizan a través de operaciones de consumo, en parte por la desigual división sexual del trabajo. La famosa alianza entre capitalismo y patriarcado, en el interior de cada casa. La cuestión ha sido que, limitados los servicios comerciales -no deliverys, no rotiserías, menos comercios abiertos- y los servicios humanos destinados a realizar estas tareas -niñeras, personal de limpieza, pero también los servicios educativos formales y no formales- en las primeras semanas de aislamiento, todes y cada une nos vimos enfrentados a la necesidad de realizar estas tareas, ciertamente imprescindibles. Con un aditamento: además de generar trabajos inesperados para las mujeres trabajadoras de clases medias, muchos varones se encontraron trabajando desde sus hogares y “descubriendo” la dificultad de las tareas. Lo cierto es que, en términos de mediatizaciones, la crisis de los cuidados permite observar en torno a los cuidados al menos los siguientes fenómenos:

- a. una tematización intensa de la problemática. Con un equipo de trabajo que estamos conformando y una protoinvestigación iniciada, ya recolectamos al menos 40 notas periodísticas que incluyen temática de cuidados o palabra *cuidados* en los títulos. Sobre este eje estamos pensando como variables a atender quiénes son las personas que producen las noticias sobre este tema, qué tipo de tareas inscriben bajo el concepto de cuidado, cómo aluden a las nociones de espacios, tiempos y vínculos familiares.
- b. la presencia de la palabra *cuidados* (o formas similares *Nos cuidamos; Cuidate; Cuidémonos*) en comunicaciones públicas provenientes de áreas de diferentes niveles del Estado -estamos relevando las redes

de Ministerio de Salud, de Géneros y Sexualidades de Nación, de Municipalidad de Rosario y sus Secretarías de Salud y Género y DDHH; y de Gobierno de la Provincia de Santa Fe y CABA- poniendo en evidencia la irrupción del universo semántico del término en la esfera de la comunicación política.

- c. un marcado rasgo de género -con esto quiero decir que las que enarbolan este desasosiego son mujeres y sobre todo aquellas que tienen hijos a cargo- en el malestar generado por este aspecto de la crisis, que se comparte en redes a través de posteos personales y genera conversaciones, intercambios, memes, que dan cuenta del impacto objetivo que provoca la suspensión de lo cotidiano, pero también de la huella que imprime en nuestras construcciones subjetivas.
- d. una crisis que es “llamada por su nombre” pero con una gran imposibilidad de ser representada iconográficamente, sobre todo para el sector institucional. Las comunicaciones públicas se caracterizan por la utilización de tipografía como recurso de atracción, evitando la estereotipia que pueda colarse en las fotografías o ilustraciones. Es decir, evitan imágenes que feminicen los cuidados, que los asocien al “sentido común visual” (Caggiano, 2012) protagonizado por madres nutricias, cuidadoras, tiernas y protectoras. Esta particularidad desnuda, de algún modo, las capas de memorias visuales superpuestas que consolidaron la naturalización imaginaria entre cuidados y gestualidades maternas. Y la profunda incertidumbre que genera un campo representacional vacío.

3. La crisis de los cuidados nos sitúa de plano en otro de los ejes del malestar: el **estallido de la dicotomía entre lo público y lo privado**, que se manifiesta en la reunión en un solo, mismo e indiferenciado espacio del trabajo productivo y el reproductivo, pero también del ocio o de su imposibilidad (que no es negocio), de lo escolar, lo deportivo, lo lúdico, lo mercantil, lo deliberativo. Si intentar mantener esas esferas delimitadas requiere una energía inaudita, claudicar y resignarse a la permanente contaminación de los espacios, no alivia las tensiones. Ahora bien, la necesidad de revisar la separación -o mejor dicho la artificialidad de la separación- de las esferas públicas y privadas ha sido profusamente señalada por las teóricas feministas (Fraser, 1992) (Pateman, 1995) (Murillo, 2006) quienes argumentan -en líneas muy generales- que esta separación plantea una división sexual del trabajo que asigna esferas diferenciadas para mujeres y varones, pero además, que esas esferas han tenido históricamente desigual reconocimiento social. Con el conocido lema “lo personal es político”, las feministas hemos respondido a la artificialidad de esta dicotomía sosteniendo que las experiencias personales a través de las cuales se viven y se sufren desigualdades, inequidades y subordinaciones no son producto de la historia individual sino de una estructura social. La paradoja de este momento es que, al recluarnos masivamente en nuestros espacios privados se hace evidente el modo público en que nuestro mundo se organiza. Así es que de pronto son visibles las incomodidades de los espacios que habitamos, la dificultad para regular temporalidades por fuera de la institucionalidad, la dependencia de nuestra gestión de lo cotidiano de mecanismos de mercado, pero se hace muy notorio también cómo estas fusiones y confusiones develan, además de las diferencias de género, las de **clase**.

4. Por otra parte, estas pantallas membranosas a través de las cuales lo público y lo íntimo se penetran, nos obligan a reconstruir, a cada momento, nuevas ficciones, nuevos escenarios ficcionales, nuevos vestuarios. La exposición

permanente de nuestras casas y nuestros vínculos privados exige equilibrios incesantes que **violentan** nuestras ficciones previas y exponen nuestra vida íntima ante una mirada que no siempre - quizá las menos de las veces- es democrática y libre de prejuicios. Es interesante señalar que este aspecto ha generado innumerables consultas, denuncias y observaciones ante los diferentes protocolos de atención de las violencias de género, demostrando, una vez más que aspirar a una vida libre de violencias no se limita a preservar la integridad física de las personas.

5. Por último, pero no menos importante, **el tercer malestar es el que refiere al cuerpo en tanto cuerpo sexuado**, y al decir sexuado, decimos cuerpo en cuanto cuerpo amoroso, afectivo, sensitivo. La situación de ASPO expuso y nos expuso -a raíz de su pérdida (recuerdo aquí un poema de Borges, donde dice algo así como que puede evocar el amarillo con una intensidad que no le otorgan quienes lo ven¹³)- la corporalidad del cuerpo y la dimensión constitutiva de las sexualidades. Acá aparecen varias cuestiones:

a. por un lado la tendencia a una exploración de una sexualidad mediatizada, consistente en una retracción del cuerpo a la superficie de las pantallas, con una pérdida de todas las texturas corporales, de la piel, pero también los olores, ciertos sonidos, la exaltación de una erótica de la sinécdoque (pienso, siguiendo a Gastón Cingolani, en esa otra forma de la sustitución) pero por otro lado un desarrollo de una erótica de la palabra, en el sexting, que amplía los registros de lo puramente visual y que tal vez permita la supervivencia de la oralidad, en otro desplazamiento metonímico de las lenguas a *la lengua*.

¹³ Recordando a Borges: “*Sé que he perdido tantas cosas que no podría contarlas y que esas perdiciones, ahora, son lo que es mío. Sé que he perdido el amarillo y el negro y pienso en esos imposibles colores como no piensan los que ven*”

- b. simultáneamente a esta proliferación de una sexualidad mediatizada se expanden las violencias propias del ciberespacio y en consecuencia la necesidad de generar ciertas prácticas de cuidado, de autoprotección y de respeto -o no- por la intimidad propia y de otros. Esto implica no una reconceptualización de la violencia (ya estaban tipificados esos delitos), sino una percepción masiva, si se quiere, de los riesgos, y -volviendo al punto anterior- de la fragilidad de la privacidad.

A principios de la cuarentena, nos ilusionábamos con la posibilidad de que el aislamiento sufrido “en carne propia” tuviera como consecuencia positiva, no buscada, la comprensión de que el encierro *SI* es castigo suficiente. El affaire presos liberados -me refiero a la polémica y manifestaciones que se sucedieron en todo el país ante las recomendaciones de organismos de DDHH y de justicia sobre la necesidad de disminuir el hacinamiento en las cárceles ante los riesgos de contagio que eso provocaría- rápidamente dio por tierra con estas expectativas. Sin embargo, vale preguntarse si este retiro obligado de los cuerpos y su sexualidad, esta necesidad de inventar huecos espacio-temporales para encontrarse con alguien nos permite comprender la profunda violencia que implica vivir una vida reprimiendo, ocultando y simulando la propia sexualidad. La heteronorma dominante obligó a muchas personas a hacerlo durante mucho tiempo. Aún hoy es difícil para muchos vivir con libertad el propio deseo -los femicidios de los que hablábamos al principio y los travesticidios y otros crímenes de odio dan cuenta de ello-. Tal vez, esta mezcla de represiones y miedos permita generar algún tipo de empatía con esos cuerpos silenciados.

Chat correspondiente a la Sección 4

Schaufler, Diviani, Camusso

Patricia Martínez Dufour: ¿Por qué espanta la categoría velocidad?

Sandra Valdetaro: ... ¿habría como una situación paradójica: por un lado suspensión de la experiencia, detención, aislamiento en lo privado, sensación de nada, y, simultáneamente, velocidad de la mediatización y del contagio?

Gastón Cingolani: Qué interesante Sandra, es como una suspensión de la coordinación y a la vez una coordinación de la suspensión...

Patricia Martínez Dufour: Comprendo. Se lo asocia a espanto. Cuando ya las condiciones de desaceleramiento resultan catastróficas, por lo menos así se construye desde algunos nuevos paradigmas.

José Luis Fernández: ... ¿la sexualidad digital está en las plataformas o en sus tipos de intercambio?

Gastón Cingolani: ... depende de qué se entienda por sexualidad

Natalia Raimondo Anselmino: Me parece muy sugerente e inteligente la reflexión de Ricky Diviani. Me interpela mucho ese futuro pronosticado en pantallas del cual está hablando... me pregunto ¿cuáles son esos discursos desde los cuales se pronostica? ¿pueden distinguirse trayectorias de pronósticos iguales o divergentes según tipos de discurso?

Florencia Rovetto: Agrego que los cuidados están familiarizados y privatizados...

Cecilia Echeopar: También las limitaciones del ocio están generizadas.

Natalia Raimondo Anselmino: Casi que una actitud crítica supondría no aplicar la encuesta, tal vez...

Paula Drenkard: Pienso en qué subjetividades e identidades devienen en esta normativa de virtualización que propone la ausencia de cuerpo, siendo que la constitución simbólica precisa el juego con la “diferencia”, y eso no es posible dirimirse sin el cuerpo a cuerpo. Hablando de diversidades sexuales, de cuerpo normativo o docilización, así como la violencia desencadenante (que sobreviene también cuando algo no se puede resolver en la dimensión simbólica).

Gastón Cingolani: A lo que dice José Luis Fernández, ¿no es porque el sistema de evaluación que debe controlar eso, no falla también? ¿o cae bajo los mismos vicios??

José Luis Fernández: Es el sistema, por supuesto... está instalado en los organismos de instalación de líneas y metodologías de investigación...

Sandra Valdetaro: Tal cual... me parece que son como sistemas ideologizados... casi anti científicos.

Gastón Cingolani: Porque si no, se encuesta para el periodismo o para los partidos...

José Luis Fernández: Panelismo puro...

Paula Drenkard: El exceso (de cuerpo) tiene q ver con la intensificación de un cuerpo en estado de conectividad (escindido a lo diverso que implica un cuerpo sintiente y actuante) privado de otros cuerpos que son los que permiten su construcción...

Natalia Raimondo Anselmino: Me encanta la frase de Sandra: “un cuerpo encerrado es demasiado cuerpo”...

Gastón Cingolani: Demasiado cuerpo: ¡muy bueno!

Mariana Ferrarelli: Volvemos al dilema del tiempo.... qué tiempo vivimos... y cómo lo vivimos... fragmentado, escindido.

Paula Drenkard: No hay demasiado cuerpo si estamos 20 hs conectados a pantallas...



Mariana Ferrarelli: Cuerpo diasporizado...

Natalia Raimondo Anselmino: Y ni hablar si el cuerpo, en aislamiento, engorda jeje.

Paula Drenkard: Coincido con Ricky... la pregunta: ¿por qué vamos hacia allá? ¿Esa imaginarización no es constitutiva de la modernidad misma?

Cierre

La pandemia en clave *panmedia*: una lista de propuestas e inquietudes

Sandra Valdettaro

Como cierre provisional de estas conversaciones en *panmedia*, detallo a continuación una lista de tópicos y conjeturas planteados durante los debates -a manera de rápida sinopsis- que pueda actuar como disparador para continuar los mismos:

Dada la obsolescencia de las interfaces institucionales actuales que visibilizó la pandemia y la necesidad de su rediseño, **Carlos Scolari** propone adoptar un punto de vista semiótico-cognitivo que permita analizar el proceso de interacción entre el sujeto y la máquina, en articulación con una perspectiva ecológica-evolutiva en relación con una concepción ampliada de las interfaces. Plantea también explorar las experiencias colaterales en microespacios de la vida social que están surgiendo y que tal vez moldearán el mundo post-pandemia, como por ejemplo la instalación de imaginarios y representaciones acerca de lo aséptico. Formula visualizar, en tal contexto, qué se está ganando en el mundo virtual; preguntarnos si está surgiendo un nuevo espacio digital en el cual se modifican, incluso, los tradicionales ritos de pasaje, y afrontar el desafío del rediseño de las interfaces (Cfr. Scolari en este volumen).

Desde el punto de vista de las relaciones entre medioambiente y comunicación, **Ximena Tobi** planteó focalizar dos tipos de recorridos: de la geografía a la interfaz, y de la interfaz a la geografía. Ubicados en la perspectiva geografía-interfaz, advierte la constatación de la modificación abrupta del espacio vivido y sus diversas articulaciones con el espacio mediatizado: por representación, por referenciación, por previsualización, por yuxtaposición. La pandemia -expresó Tobi- afectó la

relación espacio urbano-plataformas: el espacio geográfico, urbano, “se apagó”, y el único espacio de contacto de muchas instituciones con sus públicos pasó a ser su “sede mediatizada”. Propone focalizarse, entonces, en las continuidades entre espacio geográfico y espacio mediatizado, con la preeminencia actual de la lógica *pull*. Desde el punto de vista interfaz-geografía y teniendo en cuenta esta reconfiguración entre espacio mediatizado y espacio geográfico, surgen una serie de preguntas acerca de cómo se volverá a interactuar en el espacio urbano cuando termine la cuarentena en un marco de posible tensión sobre el espacio físico entre espacio añorado vs espacio de riesgo; qué es lo que seguirá siendo digital y en qué pervivirá lo físico; qué cuestiones no cederemos a la virtualidad; cuáles serían los nuevos indicadores de corporalidad en el espacio digital. Tobi, a este respecto, observa dos modalidades (caso de las videoconferencias y el de los juegos on-line). Tobi apuesta a que, a largo plazo, la post-pandemia pueda llevar a resignificar nuestra relación con el espacio geográfico y el medio ambiente, aunque por ahora estemos en una etapa higienista asociada al riesgo, intentando controlar las interfaces del tacto, nuestras superficies de contacto: la piel, los materiales, y nuestra propia interfaz de vida: el sistema respiratorio (Cfr. Tobi en este volumen)

Mariano Fernández planteó pensar la reorganización de nuestras interacciones sociales mediatizadas como *dislocación*, es decir, como desplazamiento y discontinuidad. El desplazamiento -según M. Fernández- encontró un arreglo funcional en la mediatización. La discontinuidad normativa nos colocó frente a nuevos tests morales abriendo un espacio de incertidumbre emocional sobre cómo comportarse. La rápida adaptación al dislocamiento vía los dispositivos mostró, simultáneamente, las limitaciones de una vida desencarnada. M. Fernández propone, en este marco de desfases, algunas apostillas: sobre el cuerpo a distancia, que no implica distanciamiento social -ya que continuamos socializando, y mucho, en las plataformas- sino interacciones descarnadas; sobre topografías y pantallas, advirtiendo que el reemplazo de las interacciones off-line por pantallas sólo es posible por la suspensión forzada de la vida comunitaria, y en ningún caso por la

fuerza inercial de las tecnologías; sobre la vuelta circunstancial del broadcasting y su efecto temático unificado y ordenador en épocas de pandemia global (Cfr. Mariano Fernández en este volumen).

José Luis Fernández propuso partir de la base de que la incertidumbre y la complejidad de la *panmedia* son temas previos a la *pandemia*, y que son producto de la *hiper*, la *trans* y la *multimediatización*. El nombre de dicha complejidad mediática es, según J. L. Fernández, *postbroadcasting*, definiéndolo como el funcionamiento mediático, sistemático, que consiste en la convivencia en tensión del *broadcasting* y el *networking*. Propone la noción de “panmedia” como modo investigativo de describir con detalles el todo, y “postbroadcasting” como *frame* que permite la inmersión en los diversos sistemas de *intercambio* de cada plataforma mediática o textualidad de medios masivos. Las interfaces representan relaciones entre contextos; las plataformas son contextos para muy diversos sistemas de intercambio: esto supone un nuevo nivel de complejidad: las plataformas son espacios complejos en los que conviven intercambios diversos. La complejidad que nos trae la pandemia en *panmedia* es *aditiva* y fenoménica -plantea J. L. Fernández refiriendo a Rolando García-, y nos obliga a lo pluridisciplinario. Propone la noción de *sistema de intercambio discursivo mediático* y abordar esta complejidad en diversos planos a partir de resultados de big-data y geolocalizaciones indicando las distintas alternativas: ¿convergencias o divergencias? ¿hojaldres o dislocaciones?, se pregunta. Para investigar cada sistema de intercambio en situación de alta incertidumbre, propone que hay que reconstruir el sistema en el que se ha producido y hacia dónde se dirige para completarse: deben describirse diferenciadamente los dispositivos técnicos, el sistema genérico-estilístico, los tipos de modos de uso, y diferentes funciones que se hacen presentes en los intercambios, tales como reciprocidad, redundancia, presuposición, implicatura, interacción, enunciación, etc. (Cfr. Fernández José Luis en este volumen).

Rodríguez-Amat interroga la relación plataformas/comunidad. Cuestiona la creencia (post-2011) de que las plataformas permiten, efectivamente, la

construcción de comunidades autorreguladas con gramática propia. Propone visualizar que las plataformas son espacios no neutrales y están altamente normatizados y vigilados, y la necesidad de analizar estas operaciones de vigilancia. Las plataformas, dice Rodríguez-Amat, desactivan las posibilidades que tenían y dislocan lo social-político: en pandemia se produce una entrada en masa en las plataformas en las que nos convertimos en generadores de datos, y se pierden los espacios de comunidad que se habían conquistado. Plantea la necesidad de un desplazamiento epistémico hacia un escenario de *dataceno* en el que las estructuras de poder y de saber se han desplazado del entorno tradicional del Estado hacia espacios externos de datos: las plataformas y el big data parasitando la política, como control social, con efectos de despolitización y des-representación (Cfr. Rodríguez-Amat en este volumen)

Fausto Neto presenta una investigación de la circulación del virus en el contexto brasileño, tomando el funcionamiento de los discursos (políticos, sanitarios, jurídicos, mediáticos), en los primeros cuatro meses desde su aparición, recuperando marcas en un escenario de interpenetración de los sistemas sociales. El discurso médico-sanitario -plantea Neto- se caracteriza por instrucciones de contención enfatizando el aislamiento social, mientras que el discurso político combate estas directrices en nombre de lo económico. Se produce una disputa entre discursos en un escenario de mediatización en que las prácticas comunicacionales actúan como coadministradores de la circulación de significados sobre el virus. Encuentra, de tal modo, discursos de cooperación y discursos de combate con retórica belicista (Cfr. Fausto Neto en este volumen).

Para **Gastón Cingolani**, la pandemia es un “mal del contacto”, y, a pesar de ello, dice que se sigue hablando de metáforas, aunque ninguna se pudo consolidar dada la dificultad para la identificación de lo que está sucediendo. Este fracaso de la metaforización evidencia, para Cingolani, que lo que sucede es primordialmente metonímico, ya que la pandemia toca al lazo social, es decir, afecta a la sociedad en su condición conectiva. El vacío metafórico se complementa con el hecho de que no

acertamos la clave narrativa para cifrar este posible presente. Cuando uno piensa en narrativas a veces se limita a pensar metafóricamente. De tal modo se encontró con la dificultad de hallar cuál era la clave metafórica en la que estaba resonando el ambiente general. Plantea Cingolani que es evidente que la narrativa no es la de una noticia, ni la de una película de guerra; tampoco del cine catástrofe ni de terror. No vemos ni lo ominoso ni lo sublime. Vemos interiores de casas, ciudades semi vacías, animales retomando posiciones, escenas limpias, describe Cingolani. Entonces, ese vacío se llena de incertidumbre. ¿Qué hay entonces, si hay vacío?, se pregunta. Lo que hay se presume, se intuye, se teme. El temor invisible, en el cine tuvo un género; un género de la metonimia: el suspenso. Todo está postergado, diferido, pero acechando, inminente. No hay más que síntomas o sospechas, metonimias que encadenan las acciones, transformando el ambiente en otra cosa, tomado por la causa sospechosa. Pero no está clara esa fuente. No se sabe cómo es, qué es, dónde está. Hasta tal punto que la ignorancia produce el tema. El tema es la ignorancia. No es una narrativa ni metafórica ni ficcional: la de la pandemia es una narrativa fragmentaria de la metonimia. Por eso no hay metáfora que tranquilice: porque la amenaza funciona en el nivel de los contagios y los contactos en red. Y allí donde buscamos conocer la respuesta, aliviar la angustia (medios, gobiernos, ciencia) nos dicen que ellos tampoco saben. El final no está escrito, concluye Cingolani (Cfr. Cingolani en este volumen).

Pablo Francescutti expuso sobre la proliferación de discursos sobre confabulaciones articulando con una retórica de la conspiración que se remonta a la oratoria grecolatina y pervive en la actualidad. La nuestra puede ser nombrada, según Francescutti, como una “era de la conspiración”, cuyo principal vector lo encontraríamos en el uso que hace de Twitter el presidente Donald Trump de EEUU. En línea con lo apuntado por G. Cingolani con respecto de la proliferación de discursos científicos en la pandemia, plantea Francescutti que los rumores de conspiraciones sanitarias adoptan el formato y el léxico de la divulgación a la

manera de una “divulgación alternativa” con profusión de hipervínculos a presuntos documentos avalistas de sus afirmaciones (Cfr. Francescutti en este volumen).

La circulación del discurso de información en torno al virus a través de la plataforma de WhatsApp en Argentina fue analizada por **Natalia Raimondo Anselmino** detectando tres ejes de análisis: el de los discursos que construyen la actualidad; el de la constitución de los colectivos; y el de las cualidades y potencialidades inherentes a los soportes de la comunicación en WhatsApp. Su conjetura es que WhatsApp ocupa un lugar muy peculiar en la dieta informativa de la población, la cual, a diferencia de los discursos de los medios tradicionales, no atraviesa ninguna rutina de verificación y sin embargo se propaga debido a la producción de un efecto de experiencia directa. Plantea la posibilidad, entonces, de extrapolar la noción de sujeto-superinfectante (*super spreading*) de la epidemiología para pensar en unidades informativas super-infectantes o nodos de una red superinfectantes (Cfr. Raimondo Anselmino en este volumen).

Mediante asociaciones derridianas, la experiencia del virus en tanto *otro* llevó a **María Laura Schaufler** a interpelar los modos en que se administra el control del cuerpo nacional, es decir, el funcionamiento de la segregación en la intersección entre racismo, sexismo y clasismo. A partir de un análisis crítico de una encuesta realizada por el INADI en 2019, Schaufler refiere el modo en que las técnicas de gobierno que buscan luchar contra la discriminación, acaban, en realidad, reafirmandola, o, incluso, construyéndola. En tal encuesta, las opciones de la pregunta sobre la vecindad adquiere un lugar central en épocas de pandemia (Cfr. Schaufler en este volumen).

A los fines de abordar dicha cuestión ligada a la violencia, **Ricardo Diviani** delinea 4 nudos problemáticos: el de la velocidad, el de la circulación, el de las tecnologías de lo digital y el de los pronósticos. Plantea la violencia intrínseca en los fenómenos de velocidad que ocasionan disrupción experiencial y, en épocas de confinamiento,

una modalidad inédita de “sincronización de las emociones” (Virilio). Plantea la vigencia de *El malestar en la cultura* de Freud (1930) (Cfr. Diviani en este volumen).

La imposibilidad actual del contacto de masas es señalada por **Mariángeles Camusso** en relación con el #NiUNAMenos, expresión de la cuarta ola feminista que en sí misma es un fenómeno de la mediatización, la cual resulta debilitada sin los cuerpos en la calle, y plantea interrogantes sobre los vínculos entre calles y redes. Advierte también sobre la VDG durante la pandemia, y el carácter peligroso que adquiere la “casa” en este contexto, más el incremento de otros fenómenos alarmantes: ciberacoso, violación a la intimidad, chantaje sexual, estigmatización pública por género u orientación sexual. Tres crisis se visibilizan: la de los cuidados; la de los cuerpos sexuados y la de la dicotomía entre lo público y lo privado (Cfr. Camusso en este volumen).

Dejamos a disposición de los lectores, entonces, estas inquietudes, bajo la premisa de continuar reflexionando críticamente sobre nuestro incierto presente.

Sandra Valdetaro
Rosario, Argentina, julio de 2020